LA COMPAÑÍA DE MARÍA (MARIANISTAS) EN EL SURGIR DEL MOVIMIENTO CONGREGACIONAL

POR

ANTONIO GASCÓN ARANDA, S.M.

Archivo General de la Compañía de María, Roma

RESUMEN

«El historiador del movimiento congregacional francés del siglo XIX, Claude Langlois, considera que una congregación femenina de reciente fundación adquiriría «rostro social» cuando superaba las 100 hermanas. Este trabajo estudia una congregación religiosa de varones, la Société de Marie (Compañía de María, Marianistas), fundada en 1818 en Burdeos (Francia), hasta el año en que la Compañía superó la simbólica cifra de cien hermanos en el curso 1827-1828. El nuevo Instituto responde a la nueva forma de vida religiosa del movimiento congregacional, muy expandida en Francia después de la Revolución. El presente estudio explica el proceso de formación de la nueva Congregación, la motivación mariano-religiosa de su creación, su constitución interna —civil, canónica y administrativa— y la misión escolar adoptada por los primeros miembros; situándolo en el marco político, religioso y socio-cultural francés de la Restauración».

PALABRAS CLAVE: Movimiento congregacional, Marianistas, Compañía de María, Société de Marie, Chaminade, siglo XIX.

ABSTRACT

The historian of the XIX Century French Congregational Movement, Claude Langlois, thinks that a newly founded women's congregation should acquire a «Social Identity» as soon as it reaches 100 sisters in membership. This work studied a religious congregation of men, the Society of Mary (Marianists), from its foundation in 1818 in Bordeaux (France) until the year in which it surpassed the benchmark number of 100 members around the years 1827-1828. The new institute responded well to the new form of congregational religious life which spread across France in the years following the French Revolution. The present

study explains the process of forming the new Congregation, the Marian-religious motives behind its creation, its internal structure: civil, canonical and administrative, as well as the educational mission adopted by its first members. Its contextual framework is that of political, religious and socio-cultural France in the year of the post-Revolution Restoration.

KEY WORDS: Congregational Movement, Marianists, Society of Mary, Société de Marie, Compañía de María, Chaminade, XIX Century.

El movimiento congregacional surgió y se extendió con enorme vitalidad por toda Francia, después de la Revolución francesa. Los nuevos Institutos de hermanas y hermanos se caracterizan porque sus miembros emiten votos simples, hacen vida en común y se ponen bajo la obediencia directa de una superiora o superior general para ser empleados en las obras del Instituto. Las nuevas congregaciones tardaron en ser reconocidas por la Iglesia y el Estado como verdadera vida religiosa; pues a diferencia de las Órdenes monásticas y conventuales anteriores a la Revolución, los votos simples que en ellas se profesan no poseían el valor civil y canónico de los votos solemnes. Por esta razón, las nuevas hermanas y hermanos conservaron sus derechos civiles de propiedad y de herencia.

Es decir, el movimiento congregacional nació con un fuerte carácter laical. Esto laical hace que en lo social y religioso, los nuevos congregantes se caracterizan porque pretenden sostener y propagar la fe católica en la masa campesina y de menestrales de la ciudad a través de tareas e instituciones de naturaleza secular: escuelas, talleres, orfanatos, hospitales... Esto significa, por una parte, el nacimiento del catolicismo de las obras, como una nueva apologética del cristianismo ante el espíritu emprendedor de la burguesía liberal. El catolicismo se acredita por su utilidad pública. En segundo lugar, las nuevas asociaciones religiosas —ahora sin el amparo de las instituciones de la Monarquía del Antiguo Régimen— buscan la alianza con el pueblo para situar la religión en el nuevo marco civil y político de la sociedad liberal.

Claude Langlois ha estudiado las características y la difusión del movimiento congregacional en Francia para los nuevos institutos femeninos y el hermano marista P. Zind ha hecho lo propio para los institutos masculinos docentes. Entre nosotros, ha sido Cristóbal Robles quien ha definido el contexto jurídico, cultural y político, así como la experiencia religiosa y espiritual que contiene esta nueva forma de vida consagrada que se multiplica en la Iglesia católica —en Francia sobre todo— después de la Revolución y durante los años de la Restauración. El claretiano Eutimio Sastre ha estudiado el proceso canónico por el que estas nuevas asociaciones religiosas pasaron de ser congregaciones de naturaleza laical en la legislación civil y canónica a ser reconocidas por la Santa Sede en el Código de 1917 como verdadera for-

ma de vida religiosa en paridad de derechos y deberes con las antiguas Órdenes¹.

No obstante los numerosos estudios, sigue siendo la obra de Claude Langlois el texto necesario para comprender los elementos constitutivos de esta nueva forma de vida religiosa en la Iglesia católica, cuyo origen incipiente hay que buscarlo antes de la Revolución; si bien, se configuró a lo largo del siglo XIX. De tal forma que, según Langlois, el movimiento congregacional alcanzó su madurez entre los años 1878 y 1959; para entrar después del Concilio Vaticano II en un tiempo de mutación en el que es difícil predecir su futuro desenvolvimiento en la Iglesia².

Considera Langlois que cuando una congregación femenina de reciente fundación superaba las 100 hermanas adquiría «rostro social» y había salido de la zona de inestabilidad. En este trabajo vamos a presentar una congregación de varones, la Compañía de María (Marianistas), fundada en 1818 en Burdeos (Francia). Nuestra intención es explicar el proceso de su formación, constitución interior y misión escolar hasta el año en que superó la simbólica cifra de cien hermanos, en el curso 1827-1828, diez años después de su fundación. Lo haremos situando el nuevo Instituto religioso en el contexto del movimiento congregacional y en el marco político, religioso y socio-cultural francés de la Restauración donde nació y se extendió.

El interés por la Compañía de María radica en su temprana fecha de fundación; pues fue la primera congregación religiosa masculina que nació en la ciudad de Burdeos después de la Revolución. Su fundación, en 1817, aconteció bajo el reinado de Carlos X, en plena recuperación del sentimiento religioso y de la Iglesia católica en Francia, dentro del marco político y cultural de la Restauración. Pero la fundación de la Compañía de María no fue un hecho aislado. La Francia de la primera mitad del siglo XIX conoció un portentoso auge de la vida religiosa, tanto en la restauración de las antiguas Órdenes como en la fundación de nuevos Institutos de votos simples, agrupados bajo la denominación de movimiento congregacional. El extraordinario desarrollo de las congregaciones religiosas durante el siglo XIX, es un fenómeno formidable en la Iglesia católica, que debe ser comprendido dentro del esfuerzo para recristianizar la Eu-

* Siglas:

EF: *L'Esprit de notre Fondation d'après les écrits de M. Chaminade et les documents primitifs de la Société*, I y II (Nivelles-Belgique, 1910-1916), 29-50 y II.

LCh: *Lettres de M. Chaminade*.

¹ Claude LANGLOIS, *Le catholicisme au féminin. Les congrégations françaises à supérieure générale au XIXe siècle*, Paris Cerf, 1984; P. ZIND, *Les Nouvelles Congrégations de frères enseignants en France de 1800 à 1830*, Saint-Genis-Leval, 1969, 3 vol.; Cristóbal ROBLES, *Las hermanas del Ángel de la Guarda. 1839-1890*, Madrid, CSIC, 1989, y Eutimio SASTRE, *El ordenamiento de los Institutos de votos simples según las Normae de la Santa Sede, 1854-1958*, Roma-Madrid, 1993.

² Claude LANGLOIS, o.c., p. 217.

ropa postnapoleónica, por medio de la educación de la juventud y de múltiples iniciativas asistenciales a favor de la infancia, la mujer, enfermos, ancianos... De 1800 a 1860 se habían fundado en Francia más congregaciones religiosas que en los dieciocho siglos anteriores de cristianismo. Una encuesta del Gobierno francés, en 1878, arrojaba una cifra de 135.000 religiosos, de los que 20.787 estaban dedicados a la enseñanza de la infancia y juventud. El movimiento congregacional difundió la figura de la «hermana», o mujer consagrada en medio de una actividad secular fuera del claustro, y del «bon frère»³.

LA COMPAÑÍA DE MARÍA EN EL MOVIMIENTO CONGREGACIONAL

El origen de la Compañía de María se debe a la determinación del sacerdote Guillermo José Chaminade, Perigueux, 1761-Burdeos, 1850, y un grupo de congregantes de la Congregación mariana de Burdeos que él mismo había reconstituido en 1800, a su regreso de su exilio en Zaragoza⁴. El señor Chaminade no sólo fundó la Compañía de María, también es cofundador de un Instituto religioso femenino, las Hijas de María de Agen, en 1816, en colaboración con la señorita Adelaida de Batz de Trenquelléon, *chateau* de Trenquelléon, parroquia de Feugarolles, 1789-Agen, 182. Estuvo también en el origen de otro Instituto femenino la Misericordia de Burdeos), fundado por la señorita Teresa Carlota de Lamourous (Barsac, 1754-Burdeos, 1836), quien a instancias de Chaminade tomó en 1801 la dirección de la Casa de la Misericordia destinada a rehabilitar prostitutas en la ciudad de Burdeos⁵. Las dos congregaciones feme-

³ Bertier DE SAUVIGNY, «La Restauración», en ROGIER y AUBERT, *Nueva Historia de la Iglesia*, IV, 407-412; el mismo fenómeno descrito por SIMLER, *Chaminade*, 383-384; sobre la Restauración, Bertier DE SAUVIGNY, *La Restauración*, Madrid, 1980; H. DE L'ÉPINOIS, *Histoire de la Restauration (1814-1830)*, París, 1973; G. CHOLVY, *Christianisme et société en France au XIXe siècle. 1790-1914*, París, 2001.

⁴ Las biografías y estudios sobre el sacerdote Guillaume-Joseph Chaminade son muy numerosos; los más importantes son: Joseph SIMLER, *Guillaume-Joseph Chaminade, chanoine honoraire de Bordeaux, Fondateur de la Société de Marie et de l'Institut de Filles de Marie (1761-1850)*, París, 1901; Joseph VERRIER, *Jalons d'histoire sur la route de Guillaume Joseph Chaminade*, Vol. I-IV, París, 1979; una buena síntesis actualizada, Eduardo BENLLOCH, *En los orígenes de la Familia Marianista. Apuntes de historia marianista desde el nacimiento hasta la muerte del beato Chaminade*, Madrid, 2001.

⁵ Bibliografía crítica sobre Adelaida de Batz de Trenquelléon en J. VERRIER, *Adelaidis de Bath de Trenquelléon, in religione Mariae a Conceptione, fundatrix Familiarum Mariae Immaculatae (Marianistarum)*, Positio super introductione causa et virtutibus ex officio concinnata, Typis Polyglottis Vaticanis (Romae, 1974); Henri ROUSSEAU, *Adèle de Trenquelléon, fondatrice du l'Institut des Filles de Marie Immaculée, et son oeuvre (1789-1827)*, París, 1921; Joseph STEFANELLI, *Adèle. A biography of Adèle de Batz de Trenquelléon*, Dayton, 1989; Eduardo BENLLOCH, *El don de la amistad. Adela de Batz de Trenquelléon (1789-1827)*, Madrid, 1999; E. BENLLOCH, *En los orígenes de la Familia Marianista*, 65-67; *Lettres de Adèle de Batz de Trenquelléon*, I-II, Roma, 1985 y 1987. Teresa de Lamourous había nacido el 1 de noviembre de 1754 en una familia noble de Barsac. Chaminade trabó amistad con ella

ninas responden a las características definidas por Langlois para este género de nuevas sociedades religiosas: p. e., el origen de ambas fundadoras en la baja nobleza rural; su formación católica en el hogar familiar; la vinculación espiritual desde la juventud con sacerdotes celosos de su ministerio; la preocupación por enseñar el catecismo a los niños, visitar enfermos y encarcelados, socorrer a los ancianos y familias campesinas de las aldeas cercanas a sus casas solariegas; congregar para estas obras de misericordia a un grupo de amigas y de discípulas que están en el origen de la fundación del nuevo Instituto...

a. *Una nueva forma de vida religiosa*

En el siglo XIX, en Francia hubo una nueva experiencia del catolicismo: la Iglesia, sin el amparo del Estado, sólo podía subsistir entre la masa popular del campesinado y menestrales de la ciudad. Terminado el régimen de cristiandad del antiguo régimen, en la sociedad liberal la Iglesia debe basar su vida y misión en la vivencia testimonial del evangelio por parte de sus ministros y de los fieles, reunidos en asociaciones laicales, nuevas formas de vida religiosa, parroquias... Fuera de las instituciones del Estado, los católicos comprenden que la Iglesia subiste en los humildes y a este pueblo se debe dirigir con su misión recristianizadora y asistencial. Para esta misión, se reúnen seglares entusiastas en torno a un celoso sacerdote o a un seglar, hombre o mujer, de profundas convicciones espirituales y misioneras, y forman asociaciones dedicadas a la instrucción religiosa de los niños, al cuidado de enfermos, de ancianos, ayuda material y moral a la mujer, instrucción escolar elemental a los hijos de las familias campesinas, colaboración con los párrocos en la catequesis... En poco tiempo, estos seglares asociados dan forma estable a su congregación y a su tarea pastoral y asistencial mediante la profesión de votos simples; y se dan reglamentos y estatutos para organizar su vida en común y el desempeño de la misión a la que se han entregado. Nacieron, entonces, nuevos institutos religiosos que recibieron el nombre de *congregaciones*, por constituirse como una congregación de hermanos: una asociación religiosa de mujeres o varones que mediante compromisos privados se unían para unos fines de valor social en el campo de la educación o de la asistencia. A estas formas de asociacionismo seglar responden la *Congregación mariana de Burdeos* restablecida por el señor Chaminade en

durante la clandestinidad de los tiempos del Terror para ser, desde entonces, su director espiritual hasta la muerte de su dirigida acontecida el 14 de septiembre de 1836. La causa de beatificación de la Srta. de Lamourous fue introducida en Roma el 14 de noviembre de 1923. Vid. F. POUGET, *Vie de mademoiselle de Lamourous, dite la bonne mère, fondatrice et première supérieure de la maison de la Miséricorde de Bordeaux*, Lyon-París, 1843; J. VERRIER, *Beatificationis et canonizationis Servae Dei Mariae Teresiae Carolae de Lamourous, fundatricis Instituti Sororum a Misericordia (+1836), Positio super virtutibus*, Romae, 1978.

1800 y la *Pequeña asociación* de la señorita de Trenquelléon, creada en 1805, en el marco rural del departamento de Lot-et-Garonne. De estas congregaciones de seglares surgirán dos congregaciones religiosas con votos simples, como una nueva forma de vida religiosa.

Las congregaciones nacieron de un nuevo despertar evangélico, caracterizado por la recientemente descubierta espiritualidad del cristianismo social o de las obras, y de la vivencia de la fraternidad entre iguales. De manera pública, pero discreta, los hermanos y hermanas con votos simples, reunidos en pequeñas comunidades dispersas por el territorio rural francés, dirigen sus obras a las clases pobres, al cuidado de los enfermos y ancianos, de los niños abandonados, instrucción escolar de la infancia, promoción de la mujer... Con estas prácticas de la caridad hicieron realidad la nueva sensibilidad religiosa de un cristianismo reconocido por su utilidad social. El trabajo docente y asistencial de las congregaciones responde a un fuerte impulso misionero en la propagación de la fe. Pero una vivencia de la fe que valora la dignidad del trabajo manual y el deseo de contribuir a la mejora moral y de las condiciones de vida del campesinado y de la clase trabajadora. En este sentido, las nuevas congregaciones fueron producto de la nueva sensibilidad religiosa, volcada sobre el testimonio de la caridad de las obras con valor social, del trabajo manual, de la fraternidad y de lo secular. Se puede decir que en la espiritualidad y la misión de los fundadores y fundadoras se produjo una revolución religiosa en la sociedad moderna, en correspondencia con la revolución política liberal y la revolución económica industrial.

No obstante esta nueva sensibilidad religiosa, adaptada al nuevo *ethos* burgués, el origen de las nuevas congregaciones tiene su prehistoria en las formas de asociación religiosa de clérigos regulares y mujeres consagradas, muy difundidas a lo largo de los siglos XVII y XVIII⁶.

En las congregaciones surgidas después de la Revolución sus miembros conservaron su estado laical, gracias a la naturaleza de los votos simples; por lo tanto, las mujeres se vieron liberadas de la clausura y del hábito monásticos. Sólo emitían unos votos simples, privados o públicos, que expresando la consagración a Dios, les permiten dedicarse a la tarea asistencial de la asociación y practicar un reglamento espiritual y de vida común. Las nuevas asociaciones se regulan por unas simples ordenanzas (Constituciones o Estatutos). Ordenanzas que permitieron a la mujer consagrada salir de la clausura para desempeñar una actividad socio-apostólica. En lo que respecta a las congregaciones de varones, sus formas de vida y apostolado ahondan sus raíces en las sociedades clericales de vida apostólica, aparecidas en los siglos XVII y XVIII.

⁶ Jesús ÁVAREZ, *Historia de la vida religiosa*, vol. III, Madrid, 2002, pp. 462-463; T. VIÑAS, «Congregación», en APARICIO y CANALS (eds.), *Diccionario teológico de la vida consagrada* (Madrid, 1989), pp. 339-341; C. ROBLES, *Las Hermanas del Ángel de la guarda. 1940-1970* (Madrid, 2002), p. 2.

A una de estas sociedades sacerdotales perteneció el joven Guillermo José Chaminade, que se formó en la *Congregación de sacerdotes y eclesiásticos de San Carlos Borromeo*. La Congregación de San Carlos regentaba el Colegio-seminario de San Carlos Borromeo, en Mussidan⁷. El Colegio fue fundado en 1744 y los clérigos de San Carlos formaban una sociedad sacerdotal dedicada a la educación católica de la juventud. Guillermo J. Chaminade ingresó en el Colegio en 1771, a los diez años de edad; y en 1776 fue recibido como miembro de la Congregación, con votos privados; más tarde estudió la teología en el Seminario de San Sulpicio en París en el curso 1782-1783. De regreso al Colegio fue ecónomo y profesor de matemáticas hasta su supresión y desamortización por el Estado revolucionario en 1791. Chaminade, entonces, marchó a Burdeos para ganarse la vida y allí le sorprendió el terror revolucionario. Las nuevas congregaciones surgidas después de la Revolución francesa fueron continuadoras de estas formas de vida apostólica.

El movimiento congregacional fue mayoritariamente laical: de los 625 Institutos nacidos en siglo XIX, el 82% de ellos fueron laicos, frente al 17,8% formado por sacerdotes. La Compañía de María se caracteriza por la convivencia de hermanos sacerdotes y hermanos laicos en igualdad de derechos (salvados los que emanan del sacramento del orden); esto le confiere un rango de Instituto mixto; sin embargo, tanto por la mayoría numérica de los hermanos sobre los sacerdotes, cuanto por el estilo seglar del género de vida dedicado a la docencia, la Compañía posee una fisonomía laical; y de hecho, sus miembros eran conocidos entre las gentes como *frères de Marie*. Pero entre los religiosos se daban el trato de «monsieur», incluidos los sacerdotes. La secularidad de la misión incluye el traje seglar de los marianistas que vestían redingote y sombrero de copa; además de la escasa clausura debido al trato con los alumnos y sus familiares y con las autoridades civiles y académicas del lugar.

Las congregaciones del siglo XIX nacieron sin votos solemnes, pues el nuevo estado liberal no reconocía el valor público de tales compromisos y, por lo tanto, la Santa Sede no los concedió a los nuevos institutos. La sociedad surgida con el triunfo del liberalismo, con sus instituciones políticas concretadas en la Constitución, el Parlamentarismo y el Código civil, y con su nueva moralidad, basada en el trabajo, la producción y la utilidad social, como valores, no aceptó la anterior forma de vida religiosa monástica, considerada una *fuga mundi*. Las

⁷ Sobre el Colegio-seminario de Mussidan, cfr., VERRIER, «Jadis à Mussidan», en *L'Apôtre de Marie*, vol. 37-39, 12; Philippe PIERREL, *Sur les chemins de la mission... G. Joseph Chaminade, fondateur des Marianistes (1761-1850)* (París, 1981), 26 (n. 12); J.-C. DELAS, *Histoire des Constitutions de la Société de Marie*, en *Études Marianistes*, vol. IV (novembre-1964 Fribourg-Suiss), pp. 13-33; sobre las sociedades de vida apostólica, con votos privados ordenados a un ministerio apostólico, pero sin entrar en el estado de los religiosos, cfr. J. ÁLVAREZ, *Historia de la vida religiosa*, pp. 339-349, y Mariano J. SEDANO, «Congregación», en APARICIO y CANALS, *Diccionario teológico de la vida consagrada*, pp. 330-332.

personas ahora son ciudadanos —que no súbditos— y por lo tanto, portadores de derechos civiles y políticos no alienables. En virtud de estos principios, el Estado liberal no admite los votos solemnes por los cuales monje alienaba su condición de ciudadano. No se interesó por la vida monástica, cuyos miembros eran considerados una «mano muerta», sin utilidad pública. Pero sí reconocieron las nuevas congregaciones por su utilidad social; esto es, las hospitalarias, asistenciales y las dedicadas a la instrucción primaria de los niños de las familias campesinas. Por este motivo, fueron las congregaciones femeninas, mayoritariamente dedicadas a estas tareas asistenciales, las primeras en recibir la aprobación legal del gobierno de la Restauración en 1825.

Los hermanos y hermanas de las nuevas congregaciones, como hombres y mujeres de su siglo, darán gran importancia al trabajo como medio de ganarse el sustento, como nueva manera social de vivir el voto de pobreza. Los votos simples no reconocerán la alienación de la nuda propiedad; fincas e inmuebles son comprados a nombre del fundador o de un miembro de la institución y los hermanos o hermanas al ingresar en los nuevos institutos pondrán sus bienes patrimoniales al servicio de las obras institucionales. La Compañía de María se sostiene sobre las matrículas de los alumnos (sobre todo los internos y medio-pensionistas), los contratos económicos en las escuelas municipales y parroquiales, los bienes patrimoniales que algunos religiosos aportan al incorporarse a la congregación, y valores en bolsa. Estas prácticas se convirtieron en causa de amargos conflictos de Chaminade con las Hijas de María y con sus Asistentes, cuando alguno de los hermanos de la primera hora abandone la Compañía de María y reclamen sus bienes patrimoniales que habían cedido al Instituto.

En todo caso, las nuevas congregaciones al desempeñar su misión a través de una tarea profana —la escuela, el hospital, el taller, el orfanato o el asilo...—, donde tiene gran importancia el valor del trabajo manual, deben prestar gran atención a la gestión administrativa y a la economía, que son valores del *ethos* burgués. Pero todo esto fue vivido con un fuerte sentido de nuevo evangelismo, en tanto que exigencia de la pobreza religiosa. En efecto, la espiritualidad de los nuevos institutos considera que el trabajo en el aula o entre los enfermos constituye una forma de ayuno, una práctica de la abnegación, una vivencia de la pobreza, un sometimiento de la obediencia al entregarse a las obras del instituto por mandato del superior. La oración coral se sustituye por la hora de meditación personal.

Por esta fisonomía secular de su apostolado y por profesar votos simples, el movimiento congregacional se encontró con las trabas impuestas por el derecho canónico vigente para ser reconocido como vida religiosa plena. Pero la voluntad de los fundadores y de sus discípulos para ser reconocidos por la Santa Sede como verdadera vida religiosa condujo a un mutuo acercamiento entre las con-

gregaciones y las antiguas Órdenes. Así, a partir de 1857 se va extendiendo la convicción entre los canonistas que los votos simples que emiten las congregaciones han de ser una verdadera expresión espiritual y canónica de la total entrega a Dios; pero será, a cambio de renunciar a las formas de vida laicales de su origen y asumir prácticas regulares de la vida monástica⁸. Así, pues, los hermanos y hermanas de las nuevas congregaciones se reúnen para seguir Cristo a través del servicio de la caridad y por este camino crearon una forma de auténtica vida religiosa en el contexto cultural y jurídico de la sociedad liberal.

A este mismo talante recristianizador responde el proyecto misionero del padre Chaminade, bajo el lema de *nova bella elegit Dominus*, fórmula que expresa las nuevas formas de asociación y apostolado del laicado y de los religiosos y sus nuevos métodos e instrumentos pastorales. Chaminade recoge las notas características de la vida congregacional en los primeros artículos de las Constituciones de 1839 donde explicita que la Compañía «se propone dos objetivos principales»: 1) elevar a sus miembros a la perfección religiosa; y 2) «trabajar en el mundo por la salvación de las almas, sosteniendo y propagando, por medios adaptados a las necesidades y al espíritu de los tiempos, las enseñanzas del Evangelio...» (art. 1). Por eso, en el nuevo Instituto se juntan «las ventajas de la vida activa con las de la vida contemplativa» (art. 2). Chaminade es consciente de que la profesión religiosa que se practica en la Compañía de María no posee el valor canónico de los votos solemnes; pero entiende que es verdadera vida religiosa, «tal como ha sido practicada por los antiguos, salvo la no publicidad de los votos en el fuero externo, mientras la autoridad civil no lo permita». Pero es verdadera vida religiosa en virtud de la profesión de los tres votos ordinarios de religión (obediencia, pobreza y castidad), los ejercicios de la vida religiosa, la dirección, la regla de la vida en común y las virtudes evangélicas (art. 10).

b. *Configuración canónica*

Los nuevos Institutos tendieron a asimilarse a la observancia de las antiguas Órdenes para ser reconocidos como verdadera vida religiosa. En este sentido se habla de la «conventualización del movimiento congregacional». Aunque el movimiento congregacional tuvo bastante de proceso truncado, en su forma externa alcanzó su deseo de que los votos simples de sus miembros reciban el mismo valor canónico que los votos solemnes y públicos de las Órdenes. Dado que el ideal de vida religiosa que se tenía era la monástica con sus observancias, los votos simples fueron tolerados frente a los votos solemnes, porque respetaban la existencia civil de los hermanos y hermanas. Los «congreganistas» po-

⁸ E. SASTRE, *La vita religiosa nella storia della Chiesa e della società*, Roma, 1997, p. 862.

dían comprar y vender, abandonar su estado y contraer matrimonio y no necesitaban vivir en clausura. Esta mentalidad dominaba entre los consultores de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares⁹. En definitiva, el problema para la Santa Sede y para los mismos Institutos se planteó a la hora de definir su naturaleza canónica en la Iglesia, como verdadera vida religiosa, respetando la inspiración fundacional —organización y fines— de cada Instituto. En concreto, la naturaleza de las nuevas congregaciones se fue clarificando en el proceso de redacción de sus Constituciones para ser aprobadas por la Santa Sede.

La profesión de votos simples se encontró con un vacío canónico en el derecho de la Iglesia, que sólo conocía como vida religiosa a las antiguas Órdenes de votos solemnes. Era lógico que esta situación provocara una doble imprecisión: hacia dentro de la congregación, representaba un problema de identidad para los mismos nuevos religiosos, que se preguntan si estas formas constituían verdadera vida religiosa según se entiende en la tradición de la Iglesia; y hacia fuera del nuevo Instituto. Dado que su ministerio apostólico se hace a través de escuelas, orfanatos, talleres, hospitales..., estas obras y la misma congregación necesitan ser reconocidas por las leyes civiles del Estado para el desempeño de dicha tarea apostólica. Para ello hubieron de darse unos Estatutos civiles. Los Estatutos habían de ser muy escuetos, con pocos artículos, en donde se expresaba de forma clara la naturaleza religiosa de la nueva asociación, sus fines, derechos y obligaciones de sus miembros y funciones y competencias de las personas y órganos de gobierno. Los Estatutos eran presentados a la aprobación del Obispo de la diócesis donde residía la casa madre, única autoridad religiosa reconocida por el nuevo Estado post-napoleónico en el Concordato de 1801, y luego eran presentados a la aprobación del Gobierno. El Estado fue aprobando los nuevos Institutos religiosos en función de su utilidad pública, por la dedicación a la primera enseñanza y a la beneficencia. En el marco de favor legal y social del régimen de la Restauración, la Ordenanza de 1825 reconoció la personalidad jurídica de las nuevas congregaciones femeninas; y tras ellas, las masculinas alcanzaron el mismo favor. Pero más complejo será el proceso para la aprobación canónica; pues dependía del reconocimiento como verdadera vida religiosa de los votos simples.

Solventar estas indefiniciones originales y el vacío legal en el que nacieron, condujo al movimiento congregacional a la llamada conventualización, pues los fundadores y hermanos —y la misma Iglesia— tendieron a asimilar las congregaciones con la vida regular de las antiguas Órdenes. El proceso

⁹ C. ROBLES, *Las Hermanas del Ángel de la guarda. 1940-1970*, pp. 14 y ss., quien sigue a E. SASTRE, «Los conflictos jurídicos, económicos y de mentalidad habidos en la elaboración de la “Conditae a Christo”, junio 1897-diciembre 1900», *Claretianum*, XL (2000), pp. 301-343; T. VIÑAS, «Congregación», en APARICIO y CANALS, *Diccionario teológico de la vida consagrada*, pp. 341-342, y J. ÁLVAREZ, *Historia de la vida religiosa*, vol. III, pp. 387-394.

de asimilación a las Órdenes estaba en el deseo de los fundadores y fundadoras que buscaban ver reconocidos sus nuevos cuerpos religiosos con votos simples como verdadera vida religiosa, cuyo ideal eran los votos solemnes. En la voluntad del padre Chaminade estaba la intención de fundar una verdadera Orden religiosa cuando se asoció con la señorita de Trequelléon y con el seminarista Lalanne, para crear dos nuevos Institutos religiosos. Ello exigía darles los votos solemnes. A don Luis Rothéa le escribía el 13 de diciembre de 1830 diciéndole que en la redacción de las Constituciones se guiaba «como si los votos fuesen solemnes, (con) la intención constante de pedir a Roma una autorización auténtica, y de manifestarle al Nuncio apostólico que si se había atrasado en hacer esta petición era para no comprometer a la Santa Sede ante el gobierno francés». Y en la circular del 22 de julio de 1839, abrigaba la ilusión de que «el Soberano Pontífice nos da la esperanza de que elevará las dos Órdenes al rango supremo de la Institución canónica, de manera que los votos, de simples como son ahora, vengan a ser solemnes». En realidad, después de la Revolución, la Santa Sede no volvió a acordar a ningún nuevo Instituto la solemnidad de los votos. «Entonces, a los ojos del fundador y de la Iglesia, el único recurso que les quedaba para constituir la condición indispensable del estado religioso y para mantenerlo en todo su vigor, fue la perpetuidad de los votos»¹⁰. En este vacío canónico residen las dificultades que Chaminade encontró con los obispos de Burdeos, monseñor D'Aviau, y de Agen, Jacoupy, para reconocer y aprobar los dos Institutos religiosos por él fundados.

Pío IX en su deseo de hacer retornar a los regulares a la observancia monástica, insistió en la práctica de la vida en común. Y este fue el modelo —observante y regular— de vida religiosa que atrajo a los miembros de los nuevos Institutos. Para asegurar la observancia en la vida comunitaria, los superiores de los insistieron en la uniformidad de la vivienda, la comida y el vestido, que se transforma en un hábito que separa al religioso del laico; hasta llegar a reglamentar los mismos horarios para todas las casas del Instituto. Así, las congregaciones pasaron a identificarse con las Órdenes monásticas y conventuales y los hermanos y hermanas imitaron las formas de vida de los monjes y monjas. El deseo de vivir una genuina vida religiosa de consagración a Dios se concretó en la observancia de un reglamento, en el que se cifraba la perfección espiritual y social de un instituto religioso. La observancia del reglamento, la norma y la uniformidad está en estrecha relación con los valores burgueses del orden social. En este sentido, se dio la perfecta inculturación de la nueva vida religiosa en la sociedad liberal.

¹⁰ Sobre la voluntad de Chaminade de fundar verdaderas órdenes religiosas en *L'Esprit de notre Fondation d'après les écrits de M. Chaminade et les documents primitifs de la Société*, I, Nivelles-Belgique 1910-1916, pp. 29-50 y II, 17-28 (citaremos como EF).

Los pasos para la catalogación canónica de las nuevas congregaciones fue largo y complejo¹¹. Un paso importante para el reconocimiento de los votos simples como verdaderos votos religiosos lo dio Pío IX, con la Bula *Neminem latet*, de 19 de marzo de 1857, reconociendo carácter religioso a los votos simples que todos los miembros de las Órdenes monásticas y mendicantes habían de emitir por dos años antes de hacer los votos solemnes. Pero a principios del siglo XIX, y ante el inmenso florecimiento de congregaciones y la novedad canónica que suponía sus votos simples, la Santa Sede optó por mostrarse flexible a la hora de reconocer cada uno de los nuevos Institutos religiosos. La S. C. de Obispos y Regulares adoptó un procedimiento para la aprobación de las nuevas congregaciones: 1.º) emitía un decreto de alabanza de los estatutos y del nuevo Instituto. 2.º) Confirmada la existencia del nuevo Instituto; la Santa Sede procedía a aprobar explícitamente el Instituto y a dar unas observaciones (*animadversiones*) para la corrección de las Constituciones según el derecho de la Iglesia. 3.º) Las Constituciones corregidas han de ser experimentadas por un plazo temporal. 4.º) Al final del plazo de experimentación, y si el dicho Instituto se desarrollaba sin conflictos, recibe la aprobación definitiva de las Constituciones.

El procedimiento así descrito no estuvo tan claro en la mente de los nuevos religiosos, dado que se fue desarrollando a lo largo de los años. Por esta razón, no era infrecuente confundir el Decreto de alabanza con la aprobación del Instituto y la aprobación de éste con el de sus Constituciones. Tampoco fue fácil saber los requisitos legales, documentación a presentar, autoridades y organismos a quien dirigirse. Hasta el pontificado de León XIII no se configuró el derecho de los religiosos y se clarificó el procedimiento canónico para el reconocimiento de una nueva congregación de votos simples. No nos debe extrañar ver a los religiosos marianistas confundidos en los pasos legales a dar: el padre Chaminade creyó que el Decreto de alabanza de 1839 suponía la aprobación del Instituto de María; su sucesor, el padre Caillet no conocían el procedimiento para solicitar en la Curia vaticana la aprobación de la Compañía. El tercer General, padre Chevaux, pensó que la aprobación pontificia de los trabajos del Capítulo General de 1868, en el que se revisó la redacción de las Constituciones para su aprobación por la Santa Sede, suponía la aprobación de las mismas.

A mediados de siglo comenzaron a clarificarse los conceptos canónicos, gracias al secretario de la S. C. de Obispos y Regulares, monseñor Bizarri. El inteligente Bizzarri publicó en 1854 un *Methodus* a seguir para la aprobación de un nuevo Instituto femenino. El *Methodus* creaba la figura de la Madre general, con autoridad directa sobre todas las casas y miembros del Instituto; máxi-

¹¹ El proceso de aprobación de un nuevo Instituto en C. ROBLES, *Las Hermanas del Ángel de la guarda. 1839-1840*, pp. 341 y 345, y E. SASTRE, *El ordenamiento de los Institutos de votos simples según las Normae de la Santa Sede. 1854-1958*, Roma, 1993.

ma autoridad de una congregación femenina, sin la interposición del superior de la rama masculina ni de los obispos. La medida permitió liberar a la mujer consagrada de la tutela del varón, pues las hermanas pudieron organizar su propio Instituto religioso. Pieza canónica clave para comprender la separación entre las Hijas de María y la Compañía de María en 1866. Al *Methodus* de 1854 le siguió otro en 1862, que sin tener fuerza de ley, impuso ciertas normas comunes a todas aquellas congregaciones que deseaban ser reconocidas por la Santa Sede.

El objetivo, entonces, fue redactar unas Constituciones que siendo aprobadas por la Santa Sede, reconocieran al nuevo Instituto religioso como verdadera vida religiosa amparada por el derecho de la Iglesia. Un paso, decisivo para el reconocimiento del carácter religioso de las congregaciones con votos simples, lo efectuó la Congregación de Obispos y Regulares, por el decreto *Ecclesia catholica*, de 11 de agosto de 1889. En este decreto se calificaba a las nuevos Institutos como *verdaderas congregaciones religiosas*; y se afirma que en ellas se emite la *profesión religiosa propiamente dicha con votos públicos* recibidos por el Superior en nombre de la Iglesia. El camino estaba expedito y, así, la Compañía de María recibió la aprobación definitiva de las Constituciones por decreto de la Sagrada Congregación de 10 de julio de 1891.

Las Constituciones de las nuevas congregaciones son, más bien, unas normas jurídicas o estatutos que regulan la organización corporativa que los hermanos o hermanas se han dado en orden al cumplimiento de una actividad apostólica y de la vida en común. Las Constituciones no tiene la pretensión de definir la identidad ni la inspiración carismática de la nueva congregación. Resulta particularmente raro que las Constituciones marianistas de 1839 expliquen en los artículos 5 y 6 la inspiración mariano-apostólica que ha dado origen a la Compañía de María; igualmente en los artículos 19 y 20, donde se expresa el sentido espiritual y las obligaciones de la profesión religiosa marianista; y finalmente en el artículo 252 se da la motivación espiritual de la dedicación a la educación cristiana de los niños. Además, las exhortaciones espirituales menudean al enumerar las prácticas reglamentarias y devocionales. El mismo estilo fue imitado por el padre Simler (cuarto superior general) en las Constituciones aprobadas en 1891. Bajo la forma de la «regularidad» (centralización y uniformidad), las Constituciones marianistas vinieron a ser una suerte de pedagogía para llegar a lo esencial; en tal modo que según expresión acuñada en la época, «cumpliendo la Regla se cumplía el Evangelio», por lo que el buen religioso vino a ser el «hombre de Regla».

A León XIII se debe la declaración formal de las nuevas congregaciones como verdadera vida religiosa. Por la constitución *Conditae a Christo*, de 8 de diciembre de 1900, el Papa calificaba como *Familias religiosas* y como *religiosos* a sus miembros. Después de un siglo de búsquedas, el movimiento congre-

gacional adquiriría en el seno de la Iglesia el rango canónico de vida religiosa plena. El término religioso y religiosa fue ya una adquisición en el lenguaje canónico y en la redacción de las Constituciones a partir del documento de la Congregación de Obispos y Regulares, *Normae secundum quas* (1901) para la redacción y revisión de las Constituciones. Todas estas innovaciones fueron integradas en el Código de Derecho Canónico de 1917. La distinción, ahora, ya no es voto solemne o simple, sino votos públicos o privados. La emisión pública de los votos simples, confería a las nuevas congregaciones el valor de verdadera vida religiosa.

LA FUNDACIÓN DE UNA CONGREGACIÓN MASCULINA

a. *La recuperación institucional de la Iglesia bajo la Restauración*

Tras la caída de Napoleón, el partido realista se alzó con el poder en la primavera de 1814, elevando al trono a Luis XVIII. Se inicia, así, el período de la Restauración, en el que la Carta constitucional del 4 de junio de 1814 proclamaba el catolicismo como la religión del Estado, admitiendo a la Cámara de los Pares a diecinueve obispos y arzobispos, pero respetando la libertad de conciencia y de culto. No obstante el favor legal, la incredulidad y las ideas revolucionarias estaban establecidas en las mentes y los comportamientos de las clases dirigentes. La restauración de los Borbones abrió un período de paz, gracias a que la concesión de un sistema de representación censitario, muy favorable a la burguesía que mantuvo sus bienes y sus principios. Así, los realistas conviven con la burguesía liberal sin enfrentamientos políticos. Con treinta millones de habitantes, Francia era un país cuya estructura de población, economía y cultura poseían un fuerte predominio rural; sus fuentes de riqueza continuaban siendo la agricultura y el comercio.

La religión todavía se conserva entre la masa campesina y habitantes de pequeñas ciudades. Esta circunstancia y un trato de favor legal, permitió a la Iglesia católica la recuperación portentosa de personas e instituciones. La Iglesia se lanzó a la conquista espiritual de la sociedad francesa, pero los criterios y estrategias para esta reconquista no fueron unánimes. Una parte de los católicos se mantuvo fiel a los principios monárquicos y a las ideas galicanas de una Iglesia unida al Estado como condición para recuperar a las masas para la religión. Otros, en torno a Felicidad Roberto de Lamennais, favorecen el nacimiento de las nuevas corrientes del catolicismo liberal, de convicciones democráticas, que propusieron dirigirse a la conquista del pueblo llano, una inmensa mayoría de población rural en quien la Iglesia tiene a su mejor valedor. En esta segunda línea se situó el movimiento congregacional; si bien, el señor Chaminade (de

sentimientos monárquicos) aprovechó la legislación favorable de la Restauración para extender las obras escolares de la Compañía de María.

La base doctrinal que legitima el trato de favor del poder hacia la religión se basó en la teoría política del pensamiento tradicionalista de José de Maistre, con su obra *De Pape* (1819), y Luis de Bonald, junto a otros nombres como Chateaubriand, Lamennais antes de 1828, y el filósofo Víctor Cousin, autor de un pensamiento ecléctico entre los principios monárquicos y los valores de 1789. Dado que los horrores de los desórdenes revolucionarios y de las guerras napoleónicas habían arrojado una sombra de desconfianza sobre la fuerza de la razón, estos autores sostienen que la verdad moral y religiosa tienen su origen en una revelación primitiva, transmitida por la tradición a través del lenguaje humano a lo largo de los siglos, que ha encontrado en la Iglesia su exposición orgánica garantizada por Dios. Para los tradicionalistas los reyes tienen el deber de intervenir en la mejora de la vida de sus súbditos, según corresponde a un ideal arcaizante, patriarcalista y autoritario de familia, sociedad y Estado. El tradicionalismo atribuye al papado la máxima autoridad moral y espiritual capaz de unir a los pueblos en la convivencia y en la paz. Así, la religión es concebida como el mayor factor de cohesión social y de legitimación de todo poder; poder, que debe ponerse al servicio de la religión. Gracias al pensamiento tradicionalista se dio un renacimiento religioso en la sociedad francesa entre 1820 y 1848; así, durante la Restauración los gobiernos legislaron a favor de la Iglesia santificando las fiestas católicas y autorizando a los obispos a abrir una escuela eclesiástica en cada departamento, no sometida a la inspección de la Administración docente (*Université*).

El clero diocesano y nuevas formas de vida religiosa se prodigaron con portentosa profusión. En 1814 el clero estaba reducido a la mitad de sus efectivos de 1789: eran unos 36.000 sacerdotes seculares de los que sólo el 4% tenía menos de 40 años. Se abrieron seminarios y si en 1825 se ordenaron 1.620 nuevos sacerdotes, en 1830 fueron 2.357 las ordenaciones. El nuevo clero estaba constituido por hombres poco formados pero con enorme voluntad de trabajo y capacidad de emprendimiento, que se lanzó a la construcción de nuevos templos parroquiales; a comprar y reconstruir conventos y monasterios desamortizados para implantar en ellos escuelas o habitarlos con nuevas comunidades religiosas; a crear escuelas parroquiales; congregaciones religiosas y cofradías de seglares... Muchos de estos sacerdotes llamarán al padre Chaminade para que los Marianistas dirijan las escuelas parroquiales. En cuanto a la vida religiosa, conoció una portentosa proliferación de nuevas formas de asociaciones de hombres y mujeres, unidos por votos simples, dedicados a la enseñanza y la asistencia social entre el campesinado y clases pobres de la ciudad. Pero las congregaciones padecieron ante las autoridades civiles el mismo recelo que se tenía hacia las antiguas Órdenes; no siendo reconocida la vida religiosa por el

Concordato ni por el Código napoleónico, tampoco las nuevas congregaciones encontraron facilidad legal para ser aceptadas por el Estado de la Restauración. Si el 2 de enero de 1817 se promulgó una ley que prohibía a las Órdenes adquirir bienes, en 1824 las Cámaras rechazaron la ley de aprobación del reconocimiento jurídico de las nuevas congregaciones. Solamente cuando se solicitó este reconocimiento para las congregaciones femeninas, la ley de 24 de mayo de 1825 las reconoció y les permitió recibir donaciones. Gracias a esta nueva situación legal, las casas religiosas pasaron de 1.829 en 1815 a 2.875 en 1830 y las religiosas aumentaron de 12.400 a 25.000¹². En este contexto de recuperación social y de expansión general del catolicismo francés aconteció la fundación la Compañía de María.

b. *El proceso de la fundación*

Con sentido histórico se debe poner la fundación de la Compañía de María en continuidad con la fundación de las Hijas de María. Ambos Institutos forman un único cuerpo apostólico con sus ramas femenina y masculina animadas por la misma espiritualidad y los mismos fines. Pero dado que este trabajo se refiere a la Compañía de María, sólo hacemos una alusión a la creación de las Hijas de María y pasamos rápidamente a los Marianistas.

Chaminade supo reconocer que los deseos de fundar dos nuevas congregaciones religiosas, una femenina y otra masculina, eran desarrollos legítimos de su proyecto misionero gestado durante su exilio en Zaragoza (1797-1800). La creación de las Hijas de María fue obra conjunta del padre Chaminade con la señorita Adelaida de Batz de Trenquelléon, hija del Barón de Trenquelléon, que desde niña había manifestado un ardiente deseo de consagrarse a Dios en la vida religiosa. También exiliada con su familia en España (1797-1801), al regreso a Francia empezó a socorrer a la población campesina empobrecida de los alrededores del «chateau» familiar y reunir un grupo de amigas que le ayudaban en estas obras de misericordia con los enfermos, niños y ancianos. A partir de aquí, fue elaborando el llamado «querido proyecto», consistente en reunirse con las asociadas, profesando votos religiosos, llevando vida en común y dedicadas a remediar la miseria física y moral de la población rural del entorno de Agen. Este proyecto se hizo manifiesto con motivo de un retiro tenido en agosto de 1813, junto a las otras asociadas¹³.

¹² Cifras de clero y vida religiosa en BERTIER DE SAUVIGNY, *La Restauración*, pp. 381-396.

¹³ Las cartas de Adela de Trenquelléon a sus amigas de la Asociación en las que les comunica el «querido proyecto»: n.º 78, 22-IV-1807 a Águeda Diché; n.ºs 233 y 234 del 15-VI-1814 a Amelia de Rissan; n.º 241, 20-VII-1814 a Águeda Diché y n.º 242, 20-VII-1814 a Amelia de Rissan; estudio del proceso a la creación de una congregación religiosa por J. VERRIER, *Jalons*, III, pp. 220-230 y en IV,

El director espiritual de la asociación, padre Laumont, se aplicó a escribir un esbozo de Constituciones, pero aconseja pedir ayuda al señor Chaminade, mejor conocedor de la historia y del derecho de los religiosos. Después de diversas vicisitudes, la señorita de Trenquelléon logró reunir a sus compañeras para formar un nuevo Instituto religioso en Agen, gracias a la colaboración del padre Chaminade que les redactó las Constituciones. El 25 de mayo de 1826 se considera el día de la fundación de las Hijas de María, al bendecir Chaminade la casa del antiguo Refugio de Agen, que les había concedido monseñor Jacoupy para la nueva comunidad. La fundadora, Chaminade y Monseñor discutirán los diversos problemas prácticos y canónicos sobre la clausura, la naturaleza de los votos a profesar, el hábito, la dedicación escolar a las niñas, reglamentos, el confesor...¹⁴. Todo se irá solucionando por concesión de una y otra parte. El nuevo Instituto femenino quedó bajo la dependencia directa del Obispo de Agen, única autoridad eclesiástica reconocida por el Concordato.

La importancia de la fundación de las Hijas de María reside en que, animados por su ejemplo, un grupo de varones de la Congregación mariana de Burdeos se decidió a constituir un nuevo Instituto religioso bajo la autoridad del señor Chaminade. Había congregantes varones que habían profesado votos privados y vivían como religiosos en medio de sus trabajos profesionales formando la *Sociedad de los quince* y siguiendo un reglamento de vida. Uno de estos congregantes era Juan Bautista Felipe Augusto Lalanne, de 22 años de edad. El joven Lalanne había nacido en Burdeos y era hijo de un comandante de la Guardia Nacional durante la Revolución y luego administrador del hospital de Burdeos, buen cristiano y amigo del padre Chaminade. En 1807, a la edad de doce años, Lalanne se incorporó a la Congregación mariana¹⁵. Pronto se caracterizó por su celo apostólico. Durante la supresión de la Congregación por Napoleón, y el

21-141; también en Teresa CASTRO, «La fundación de las Hijas de María Inmaculada (F.M.I.). Una muchacha llamada Adela», en *Revista Marianista Internacional*, n.º 2 (octubre 1984), pp. 7-20; Rosario ROJO, «La gestación de un proyecto entrañable», en *RMI*, n.º 3 (abril 1985), pp. 7-18; IDEM, «La organización de un grupo generosos», en *RMI*, n.º 4 (octubre 1985), pp. 7-21.

¹⁴ Sobre el criterio de Chaminade respecto al voto de clausura, cartas a la Madre de Trenquelléon, 11-VI-1816, a Mns. d'Aviau, 3-VI-1816 y a la Madre de Trenquelléon, 6-IX-1816, en *Lettres de M. Chaminade*, I, pp. 112-116 y 125-127 (citaremos L Ch); ver explicación en Franca ZONTA, *La herencia de Adela de Batz de Trenquelléon*, Madrid, 1998, 176-177, y BENLLOCH, *En los orígenes*, pp. 175-177; sobre el origen de los votos simples después del Concilio de Trento, cfr. Jesús ÁLVAREZ, *Historia de la vida religiosa*, Madrid, 2002, III, pp. 387-393; y sobre el reconocimiento canónico de los votos simples como verdadera vida religiosa, E. SASTRE, *El ordenamiento de los Institutos de votos simples según las Normae de la Santa Sede (1854-1958)*, Roma-Madrid, 1993.

¹⁵ Sobre Lalanne, cfr. VERRIER, *Jalons*, III, pp. 163-165; Idem, IV, p. 171; biografía de Lalanne por Pierre HUMBERTCLAUDE, *Un éducateur chrétien de la Jeneusse au XIX siècle. L'Abbé J.-P.-A. Lalanne, 1795-1879*, París, 1932; relato autográfico de LALANNE, *Notice historique sur la Société de Marie de la Congregation de Bordeaux*, publicada por ALBANO, *Jean Philippe Auguste Lalanne. Notice Historique sur la Société de Marie de la Congregation de Bordeaux*. AGMAR 17.8.1-4 (Roma, 1996), p. 15.

surgimiento de grupos de congregantes con votos privados, Lalanne perteneció a uno de ellos. Cursó sus estudios en el Liceo de Burdeos y en 1812 comenzó la carrera de Medicina, que continuó en el Colegio de Francia, en París, en 1814. Pero la muerte de su padre obligó a Lalanne a regresar a Burdeos y suspender su carrera de medicina. Para ganarse la vida sentó plaza de profesor en el Internado de un miembro de la Congregación, el señor Estebenet, en el que enseñaban otros dos congregantes, don Augusto Brougnon-Perrière y don Juan Bautista Collineau. En París se había sentido atraído por el sacerdocio y en febrero de 1816 tomó la sotana para comenzar sus estudios de Teología; pero también se sentía atraído por el deseo de hacerse jesuita. Se debatía en esta duda, buscando consejo en la guía espiritual del padre Chaminade, hasta que, entre finales de abril y primeros de mayo de 1817 se presentó ante él para confesarle que «renunciaba al proyecto que se había formado de darse a la Compañía de Jesús, pues (...) no era esto lo que Dios quería de él, sino que se creía llamado a un género de vida y de obras similar a la vida y las obras del director de la Congregación»¹⁶.

Ante la apertura de su alma, el padre Chaminade se emocionó, no pudo contener sus lágrimas y lleno de alegría exclamó: «¡Esto es lo que esperaba desde hace mucho tiempo! ¡Bendito sea Dios! Su voluntad se manifiesta y ha llegado el momento de poner en práctica el designio que estoy buscando desde hace treinta años que me lo inspiró». En el pensamiento de Chaminade, la restauración del catolicismo no sería plena en Francia hasta que no se restablecieran las Órdenes religiosas; pues sólo en la profesión religiosa se da una práctica completa de la virtud cristiana. Pero se necesitaban formas nuevas de vida religiosa, impuesta por las circunstancias políticas y jurídicas de la Iglesia en Francia, cuyo Concordato con el Estado no recogía la existencia de las antiguas Órdenes, suprimidas por la Revolución. En su lugar, Chaminade pensó en un congregación de hermanos con votos simples, sin hábito ni existencia civil, hasta que cambiara la situación. Sería verdadera vida religiosa, pero bajo la apariencia de una congregación seglar¹⁷.

Lalanne salió de la entrevista emocionado. Inmediatamente se lo comunicó al también congregante Juan Bautista Collineau. Este se adhirió sin objeción. Por su parte, Augusto Brougnon-Perrière tuvo noticia por el mismo padre Chaminade e inmediatamente declaró querer dedicarse a la misma empresa religio-

¹⁶ Relato de LALANNE, en *Notice historique sur la Société de Marie*, 16, comentado por VERRIER, *Jalons*, IV, 170-171 y en ALBANO (dir.), *Guillaume-Joseph Chaminade. Écrits et Paroles, Le temps des religieux* (Casale Monferrato, 1996), V, pp. 347-348; sobre el proceso de la fundación de la Compañía de María desde el 1-V-1817 al 5-IX-1818, cfr. VERRIER, *Jalons*, IV, pp. 167-236.

¹⁷ «Le fait est certain, la date est incertaine», VERRIER, *Jalons-Notes*, IV, 46 (n. 16); la imprecisión rodea los contenidos de esta entrevista; se discuten la fecha, los términos y el significado de las palabras de Chaminade; cfr., BENLOCH, *El mensaje chaminade hoy*, 24-25. 42-45. 100-101, y VERRIER, *Jalons-Notes*, IV, 46 (n.18).

sa. El señor Augusto había nacido en Burdeos en 1790. Provenía de la Congregación mariana. Con 27 años poseía una buena experiencia docente en la *Pension Estebenet*, donde había hecho sus estudios clásicos; dotado de gran sentido práctico, poseía un patrimonio familiar y unos modestos recursos económicos. Por su parte, Juan Bautista Collineau pertenecía a una acomodada familia bordelésa, donde había nacido el 26 de mayo de 1796. Había estudiado en la *Pension Estebenet* y ahora era profesor. Orientado hacia el sacerdocio, poseía brillantes dotes oratorias. Desde aquel momento el padre Chaminade comenzó a proponer esta nueva obra a los congregantes que conocía entregados a Dios y que podían disponer libremente de sus personas. Dos jóvenes comerciantes de 28 años de edad, aceptaron inmediatamente: el bordelés Luis (o Bruno) Daguzan, y el más joven de los hermanos Clouzet, Domingo.

Estos cinco hombres pidieron al padre Chaminade que les predicara un retiro de discernimiento que tendría lugar en la finca de San Lorenzo (una casa de labor con viñedo, propiedad del padre Chaminade, a las afueras de la ciudad) a finales de septiembre. En el año que transcurre desde este retiro y hasta el retiro siguiente, en cuya clausura del 5 septiembre de 1818 se emitieron los votos perpetuos y temporales, se produce el acontecimiento de la fundación de la Compañía de María. Pues de hecho, a estos jóvenes retirados en la finca de San Lorenzo, Chaminade les explicó que constituirían un Instituto religioso dedicado a la Virgen María¹⁸.

El último día del retiro, 2 de octubre de 1817 declararon su firme decisión de abrazar la vida religiosa en el nuevo instituto que se proponían fundar; y se pusieron a disposición del padre Chaminade. Acordaron, entonces, reunirse cada ocho días; fruto de estas reuniones fue el acuerdo de los principios constitutivos del nuevo Instituto que concretaron en cinco puntos: 1) será un verdadero cuerpo religioso con todo el fervor de los tiempos primitivos; 2) será mixto, es decir, formado por sacerdotes y laicos; 3) que tendrá por obra principal la educación de los jóvenes de clase media, las misiones, los retiros y la fundación y dirección de Congregaciones marianas; 4) de momento no se mostrarían al descubierto sino que tomarían las precauciones que imponían las circunstancias; 5) sobre todo, que se ponían bajo la protección y como propiedad de la Santísima Virgen»¹⁹.

Al volver a Burdeos, después del retiro de San Lorenzo, se incorporaron al grupo dos congregantes, de profesión toneleros, Juan Bautista Bidon y Antonio Cantau. Con estos dos, el grupo inicial se elevó a siete miembros: Lalanne y

¹⁸ Recogidos en ALBANO (dir.), *Écrits et Paroles*, V, pp. 349-354 (autógrafo de CHAMINADE) y 355-360 (notas de LALANNE); también por Leo PAUELS, *Notas de Retiros predicados por G. José Chaminade* (Madrid, 1967), I, pp. 65-74; resumen de los hechos de este primer año fundacional, en BENLLOCH, *En los orígenes de la Familia Marianista*, pp. 186-192.

¹⁹ Acta en Archivo Generale Marianista (AGMAR): 17.1.1, p. 1.

Collineau era seminaristas estudiantes de Teología; los otros cinco eran seglares, de los que Augusto Brougnon-Perrière, Clouzet y Daguzan eran hombres con estudios (*lettrés*) y Bidon y Cantau, obreros. Composición social y eclesiástica que configurará la futura condición mixta de la Compañía de María. A Lalanne se le encomendó redactar un reglamento provisional, extraído del *Reglamento de los congregantes religiosos en el mundo*, que fue adoptado el 13 de noviembre de 1817. En el reglamento acordaban hacer votos temporales de pobreza, castidad y obediencia, con las modificaciones que exigían las diversas situaciones familiares y profesionales de cada uno de ellos; se comprometían a recibir la comunión semanal y a practicar en común la meditación y el examen de conciencia diarios.

Se convino que don Augusto Brougnon-Perrière buscase una casa en la que se reunirían inmediatamente los que se encontrasen libres de sus compromisos personales. A tal efecto, Brougnon-Perrière encontró una pequeña casa en el callejón de Ségur, n.º 14. Alquilada el 24 de noviembre de 1817, fue bendecida al día siguiente, 25, en que el señor Augusto vino a habitarla. Los demás se irán reuniendo para vivir en comunidad tan pronto como se lo permitan sus compromisos familiares y profesionales; mientras tanto, emplean la casa —a la que denominaron Nazaret— como lugar de las reuniones de los miércoles y viernes para hacer juntos la meditación. Inmediatamente, el señor Chaminade se apresó a organizar la naciente comunidad; nombró superior al señor Augusto; Juan Bautista Lalanne, que sin tener todavía órdenes sagradas era el único que llevaba hábito talar, fue establecido como director espiritual y encargado de redactar los reglamentos y formularios de oraciones; Collineau fue nombrado jefe de Instrucción y Canteau, responsable de Trabajo. El grupo de fundadores continúa en su voluntad de constituir un nuevo Instituto religioso y el siguiente 11 de diciembre, en la octava de la Inmaculada Concepción, en la sacristía de la iglesia de la Magdalena (centro de reunión de la Congregación mariana) pronunciaron en las manos del padre Chaminade los primeros votos temporales, válidos hasta la fecha de la Anunciación del año siguiente. Cada uno de ellos continuó, sin embargo, ejerciendo sus trabajos civiles. El padre Chaminade mantiene puntualmente informados a los obispos de Agen y Burdeos, monseñor Jacoupy y monseñor d'Aviau; así, repitiendo otra de las características del movimiento congregacional, gracias al amparo legal del episcopado —única autoridad eclesiástica reconocida por el Concordato— nació y prosperó el nuevo Instituto religioso.

A principios de enero de 1818 vino Clouzet; a mitad de la cuaresma se incorporó Daguzan; en Pentecostés, Lalanne; y a mitad de agosto Collineau acompañado por Bernardo Laugeay, que era un congregante de 22 años, con la voluntad de iniciar un discernimiento vocacional. También se incorporaron los dos obreros, Bidon y Canteau. Todo el grupo deseó que Chaminade se hubiese

trasladado a vivir con ellos; pero él declinó la petición, porque debía atender a la dirección de la Congregación mariana, las religiosas Hijas de María en Agen y ayudar a la señorita de Lamourous en la dirección de La Misericordia. Pero sí presidía los Consejos semanales de la naciente comunidad. Cuando la madre María de la Concepción (señorita de Trenquelléon) tuvo noticia del nuevo Instituto religioso, escribió así a su amiga Lolotte de Lachapelle, el 2 de junio de 1818: «Nuestro Buen Padre (Chaminade) ha formado en Burdeos, con la autorización del señor arzobispo, una pequeña comunidad de religiosos de nuestra Orden. Son todavía muy pocos, pero muy edificantes; se les llama «la Compañía de María». No lo divulgan, porque es un secreto. Se visten de seglar... y el mundo ignora que son religiosos. Una orden de varones en nuestro tiempo presenta muchas más dificultades que una de mujeres.»

Chaminade estaba muy interesado en proveerles de unas Constituciones. Tarea que encomendó a su secretario personal, don David Monier, a la sazón, también interesado en ingresar en el naciente Instituto religioso. Chaminade le encargó redactar de modo provisional, un resumen adaptado del *Petit Institut*, o Constituciones de las Hijas de María. La adaptación de Monier se llamó *Instituto de María*. Chaminade envió el texto a monseñor d'Aviau el 27 de agosto de 1818 para su examen y aprobación provisional, pues a finales de mes se comenzaría un retiro en cuya clausura habrían de profesar sus votos de religión los primeros marianistas²⁰.

En efecto, el retiro previsto había sido preparado con todo cuidado y se tendría entre el lunes 31 de agosto y el sábado 5 de septiembre en la propiedad del padre Chaminade de San Lorenzo. A él asistieron 16 personas, con el predicador²¹. Estos fueron, Juan Bautista Lalanne, Augusto Brougnon-Perrière, Luis Daguzan, Antonio Cantau y Juan Bautista Bidon, que emitieron votos perpetuos pues ya tenían los votos temporales; Juan Bautista Collineau y Domingo Clouzet que emitieron votos trienales; David Monier, que se ofreció de por vida (si bien hizo la profesión definitiva el 22 de octubre de 1821); José Mouran y Pedro Laumont, dos sacerdotes de Agen que fueron recibidos como afiliados de la naciente Compañía de María; Bernardo Laugeay, Juan Armenaud, Juan Neuvielle y Pedro Bousquet, jóvenes congregantes invitados en calidad de postulantes de la Compañía; y el señor León Lapause, banquero y amigo que les ayudaba económicamente. Sin ningún tipo de comodidades, durante seis días

²⁰ Sobre el Instituto de María, cfr., DELAS, *Histoire des Constitutions de la Société de Marie*, pp. 36-43; VERRIER, *Jalons*, V, pp. 189-193; documento en ALBANO (dir.), *Écrits et Paroles*, V, pp. 487-499; sobre el Grand Institut y el Petit Institut de las Hijas de María, *Écrits et Paroles*, V, pp. 69-82 y 101-189.

²¹ Estudio minucioso del retiro por VERRIER, *Jalons*, IV, pp. 195-237; notas de los participantes, Lalanne, Collineau y las Conferencias de iniciación a la vida religiosa, en *Écrits et Paroles*, V, 439-487 (las notas de Lalanne y Collineau, en PAUELS, *Notas de Retiros*, I, pp. 75-127).

aquellos hombres vivieron en un clima de intenso fervor espiritual. «Así nació un día la pequeña Compañía de María, sin ruido y sin alharacas, en una atmósfera sobrenatural de fe, de generosidad y de devoción marial, un sábado como otro cualquiera, 5 de septiembre de 1818»²². En aquel mismo día, el padre Chaminade enviaba una carta a monseñor d'Aviau para comunicarle que «hemos terminado hoy nuestro retiro solitario. Dieciséis personas de diferentes edades y de diferentes estados lo han seguido. Si el buen espíritu, que anima a nuestros ejercitantes persevera, todos podrán ser vistos como fundadores del Instituto de María. Todos parecen totalmente decididos a su sostenimiento de por vida, aunque no todos se hayan comprometido con votos. Todos deseáramos gustosos vuestra bendición.»

c. *Identidad mariana de la vida y misión marianista*

Por las mismas fechas en que se fundaba la Compañía de María de Chaminade, surgía en Lyon otra Compañía de María, debida a la iniciativa del padre Collin, y otras congregaciones similares: los Oblatos de María Inmaculada de monseñor Mazenod, los Pequeños Hermanos de María del padre Marcelino Champagnat y los Hijos de María Inmaculada del padre Baudouin. Todos ellos marcados por una neta identidad mariana inmaculista en un siglo en el que el papa Pío IX definirá el dogma de la Concepción Inmaculada de la Virgen María en 1854, como afirmación del sobrenatural cristiano ante el pensamiento inmanentista moderno y en defensa de la libertad de actuación de la Iglesia, obligada por los parlamentos liberales a buscar su nuevo lugar social. A este movimiento eclesial de recristianización de la sociedad liberal posrevolucionaria, bajo la inspiración carismático-simbólica de la Inmaculada Concepción de María, pertenece el surgimiento y expansión de la Compañía de María.

La Compañía de María, como todas las obras apostólicas del padre Chaminade, posee desde su origen una clara identidad mariana, que configura la vida y la misión del Instituto. Esta mística aparece claramente en los ejercicios predicados por Chaminade en octubre de 1819 a los religiosos marianistas, al presentarles las características del nuevo Instituto. Chaminade afirmó que el «estado religioso es de institución divina»; «es una alianza muy íntima con Dios»; y en «el Instituto de María, verdadero estado religioso, (...) se añade a la alianza íntima con Dios, la más íntima alianza con María». Los marianistas unían a los tres votos religiosos el voto de estabilidad. Este voto no añadía nuevos contenidos teológicos a la consagración; sino que por él, el profeso se obliga a perseverar en este Instituto religioso y a permanecer lealmente sometido a la dirección del Superior General para trabajar en las obras del Instituto; de ahí que el voto

²² VERRIER, *Jalons*, IV, p. 234.

de estabilidad se emitía tanto en la profesión definitiva como en la temporal. Chaminade añadía este voto a los tres de religión, en la espera de obtener para la Compañía los votos solemnes, negados por la legislación civil y, por ello, no otorgados por Roma a los nuevos Institutos religiosos. Pero en su significado espiritual, el voto de estabilidad suplía la finalidad de los votos solemnes, al pretender que el profeso marianista perseverase en esta Compañía, trabajando en su misión bajo la protección y al servicio de la Virgen María, por ser una congregación religiosa radical y esencialmente mariana. Por esto, en aquellos ejercicios de 1819 afirmaba Chaminade que «el fin del Instituto de María (es) alcanzar la perfección y trabajar por la salvación de los otros (...), bajo la protección de la Santa Virgen (...). Este fin no se alcanzará nada más que por una protección especial de la Santa Virgen»; y de modo conciso resume, en los ejercicios predicados en octubre de 1821 en San Lorenzo, que «el voto de estabilidad se hace sólo para la gloria de María; para esto se hace el voto: para ser, durante la vida entera de María, de un modo irrevocable»²³.

Así, la inspiración carismática mariana transmite a la Compañía de María el sentido del proyecto misionero del padre Chaminade para combatir la indiferencia religiosa acontecida en la Modernidad. De esta manera se expresa en la 18.^a meditación de los ejercicios de octubre de 1821 a los religiosos marianistas. «Estamos firmemente persuadidos de que Dios mismo es quien ha suscitado el establecimiento del Instituto de María; pero si tenemos presente en qué tiempo lo ha hecho nacer, cuál es el fin que quiere que nos propongamos, entonces descubriremos miras muy amplias. Echemos una mirada sobre nuestro siglo. ¡Dios mío! ¡Qué profundas tinieblas, qué espantosa depravación, qué desoladora indiferencia en relación con la salvación eterna! En los siglos anteriores, la corrupción no se había introducido más que en el corazón; en cambio, hoy día, tanto la inteligencia como el corazón tienen la gangrena, siendo el mal del espíritu incomparablemente más peligroso e incurable que el del corazón. Pues bien, en este estado de cosas, en estos tiempos de desolación y cuando la generación que acaba de nacer amenaza con verse devorada, junto con las que le sucederán, por la irreligión y la impiedad, en estos tiempos Dios ha fundado el Instituto de María (...). El Espíritu del Instituto es el espíritu de María; esto lo explica todo. Si sois hijos de María imitad a María»²⁴.

²³ Ver el estudio sobre el voto de estabilidad de Joseph VERRIER, «L'État religieux marianiste», *RMI*, 12.3 (octubre 1991), pp. 77-82; IDEM, «Stabilité marianiste», en ALBANO (dir.), *Dictionnaire de la Règle de Vie Marianiste* (Roma, 1988), pp. 821-829; ARMBRUSTER, *L'État religieux marianiste. Étude et commentaire de la Lettre du 24 août 1839* (París, 1989), 325-337; citas retiros del 14 al 22-X-1819 en *Écrits et Paroles*, V, pp. 529 y 536, y retiros del 15-X-1821 en PAUELS, *Notas de Retiros*, I, p. 313.

²⁴ Recogido por PAUELS, *Notas de retiros*, I, p. 261; sobre el proyecto misionero de Chaminade frente al pensamiento secular de la Modernidad, cfr. A. GASCÓN, *Defender y proponer la fe en la enseñanza de Guillermo José Chaminade*, Madrid, 1998.

ORIENTACIÓN DOCENTE

La fundación del nuevo Instituto religioso exigía concretar con la máxima urgencia en qué tipo de actuación social debía proyectar sus obras apostólicas como expresión de su carisma misionero. Pues de esta decisión dependía la organización de la vida cotidiana de las comunidades, la formación inicial de los hermanos, las fuentes de financiación para sostener las obras, conseguir el necesario reconocimiento legal por las autoridades civiles para poder ejercer legalmente la misión apostólica y con todo ello alcanzar la aprobación canónica del nuevo Instituto religioso. Es cierto que las Congregaciones no fueron las únicas fuerzas sociales en acción para la mejora moral y material de la sociedad; hubo también iniciativas privadas, confesionales o no, surgidas por doquier, tanto en el campo de la enseñanza como en el de la sanidad. Instrucción y sanidad, vinieron a ser objeto de un gran debate de la sociedad francesa. En el siglo XIX florecen los primeros tratados de higiene y salud y sobre pedagogía y enseñanza. Incluso el Estado participa legislando sobre estas materias. De esta forma, la orientación docente de la Compañía y el desarrollo de sus primeras obras escolares, al mismo tiempo que incorporan a los nuevos religiosos en el gran debate nacional por la enseñanza, condicionaron el desenvolvimiento de las demás dimensiones constitutivas del nuevo Instituto religioso.

Se debe hacer notar que por la dedicación a la enseñanza —mayoritariamente en las escuelas municipales de primaria— los hermanos marianistas participaron en la empresa del catolicismo francés para moralizar, instruir y recristianizar a la gran masa empobrecida de las gentes del campo, integrándolas en el nuevo contexto político-cultural de la sociedad liberal. Esta fue la gran aportación del movimiento congregacional surgido en el siglo XIX y por el cual, los nuevos religiosos y religiosas practicaron el catolicismo de las obras, en tanto que forma evangélica de la caridad, y que acredita la fe católica y a la Iglesia ante el pensamiento moderno por su utilidad social. De esta manera, la entrada de la Compañía de María en el apostolado de la enseñanza le proporcionó la inserción en la cultura burguesa moderna, al mismo tiempo que le dio un ámbito socialmente institucionalizado a través del cual propagar con eficacia la fe católica a las nuevas generaciones.

a. *La enseñanza en el proyecto misionero del padre Chaminade*

En sentido estricto, la Compañía de María no es una congregación docente; sino que ella, como el conjunto de obras apostólicas que suscitó el padre Guillermo José Chaminade, nació para anunciar y sostener la fe católica con el fin de contrarrestar el nuevo fenómeno social de la pérdida masiva de la religión, en el marco cultura de la Modernidad; pero esta misión se podía ejercer por

toda clase de medios y de tareas. De hecho, al principio de la fundación, el padre Chaminade pensó que la mejor forma para propagar el conocimiento y la práctica de la doctrina y de la moral católicas en una sociedad amenazada por la secularización era hacer que sus religiosas y religiosos alentasen la obra de la Congregación mariana de seglares. La madre Adela de Trenquelléon se lo expone a Emilia de Rodat, fundadora de la Sagrada Familia de Villefranche, en los estos términos: «Nuestra obra principal es la formación y mantenimiento de las congregaciones (marianas). No se puede imaginar usted todo el bien que hacen»²⁵. Todos los primeros marianistas eran miembros de la Congregación mariana de Burdeos y en el curso 1818-1819 Collineau fue Prefecto de la misma.

La elección de la educación de la juventud se debió a un doble proceso convergente: por un lado, se correspondió a un momento cultural y social de Francia, por el cual se sentaba el principio que era necesaria la escolarización de la población si se deseaba avanzar en el progreso moral, político y económico de la sociedad moderna. Hay una fuerte demanda escolar por parte de las instituciones políticas y de la sociedad. Pero, por otro lado, la orientación escolar no se debió, solamente, a una necesidad histórica, sino que se arraiga en la entraña misionera del carisma fundacional marianista para formar en la fe católica a las nuevas generaciones. En efecto, desde el primer momento de vida de la Compañía de María, los nuevos religiosos, además de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, profesaban el voto de «trabajar en la enseñanza de las costumbres cristianas y de la fe católica». En este último voto se expresaba la identidad misionera de la nueva congregación. Pero, ¿con qué medios? Pronto verá el grupo fundador que el medio más idóneo para aquel momento será la enseñanza escolar de la infancia y juventud. En esta orientación influyeron notablemente los criterios de don David Monier y de los seminaristas Collineau y Lalanne, éstos dos últimos empleados en la *Pension Estebenet*. Pero también, el mismo Chaminade, sin cuya aceptación no se hubiese podido tomar esta importantísima decisión institucional²⁶.

El padre Chaminade comprendió que la joven Compañía de María debía orientar su actividad pastoral a la enseñanza de las clases medias y a las escuelas gratuitas de primaria para la clase del pueblo, abandonadas por las instituciones políticas y bajo la influencia de la propaganda de las ideas deístas y libe-

²⁵ Adela de Trenquelléon a Emilia de Rodat, Agen, 21-VI-1819, en *Lettres Adèle*, II, p. 45.

²⁶ Sobre la enseñanza de la fe del carisma marianista y la orientación escolar de la misma, cfr. ARMBRUSTER, *L'État religieux marianiste...*, pp. 386-403; GASCÓN, *Defender y proponer la fe*, 47-50 y Juan Manuel RUEDA, *Chaminade y el pensamiento moderno*, Madrid, 2002, pp. 260-265; sobre la entrada de la Compañía de María en la educación: SIMLER, *Chaminade*, 476-481; «Les Oeuvres de la Société», *L'esprit de notre Fondation (EF)*, III, pp. 3-18, 305-308; HUMBERTCLAUDE, *Un éducateur chrétien*, pp. 22-43; Paul HOFFER, *Pédagogie marianiste*, París, 1857, pp. 25-83; Joseph H. LACKNER, *William Joseph Chaminade His Apostolic Intent and His Engagement with Schools, Instruction, and Education. An Historical Portrait*, Dayton-Ohio, 1999.

rales. En los Liceos y en las escuelas municipales, los profesores y maestros educaban a los jóvenes en un pensamiento irreligioso, cuando no, contrario a la doctrina y virtudes cristianas. «El espíritu filosófico se introduce hasta los humildes, corrompe todas las edades, todas las condiciones y sexos, empleando muy diestramente toda suerte de medios», escribía el 11 de junio de 1824 al Rector del Seminario de Besançon, padre Breuillot²⁷. También en la súplica del 16 de septiembre de 1838 al papa Gregorio XVI, solicitando la aprobación de las Constituciones, Chaminade desvela al Papa que «la filosofía y el protestantismo, favorecidos en Francia por el gobierno, se han apoderado de la opinión pública y de las escuelas». Por este motivo, «he creído ante Dios (...), que era necesario fundar dos nuevas Órdenes, una de mujeres y otra de hombres que (...) disputasen a la propaganda (...) el terreno de las escuelas, abriendo clases de todos los grados y de todas las materias, especialmente a la gente del pueblo, que es la más numerosa y la más abandonada».

Ante esta situación, el padre Chaminade consideró la urgencia por la educación cristiana de la juventud como explicitación de su proyecto misionero para recristianizar Francia. Así se expresó en junio de 1822 en carta al párroco de Colroy explicándole que «las escuelas cristianas, dirigidas según el plan del Instituto de María y conducidas por los religiosos que ella destina a esta buena obra, son un poderoso medio para reformar al pueblo. Los niños hacen rápidos progresos y se convierten en dóciles cristianos que llevan el buen olor de la virtud y de la religión a sus familias. Los niños vienen a ser como los apóstoles de sus padres y su apostolado produce algunos buenos frutos; esto es lo que me lleva a decir que las Escuelas son un medio de reforma del pueblo»²⁸.

Este pensamiento, fue resumido por Chaminade en las Constituciones de la Compañía de 1839: «¡Cuántas conquistas ha hecho el filosofismo moderno en el reino de Cristo! La fe se ha debilitado (...). ¡Cuánto puede en este campo la educación cristiana! La nueva generación ¡qué pocos maestros encuentra que se comprometan a formar los espíritus y el corazón en el cristianismo! (art. 339). Y sigue, «entre los medios que el Espíritu del Señor, en su misericordia, ha dado a los hombres para detener los progresos de la impiedad y del libertinaje, se ha dignado inspirar una asociación compuesta de todos los talentos y todos los estados, sacerdotes y laicos, cuya principal finalidad es formar la infancia y la juventud de toda clase social: ésta es la Compañía de María.» (art 340). De tal modo que, en estas Constituciones define la obra de «la educación cristiana»

²⁷ Chaminade al Rector del Seminario de Besançon, Burdeos, 11-VI-1824, en *L Ch*, I, 580; en carta al P. Cailliet, 28-VI-1825: «Monseñor D'Amecort entiende que esta obra de las Escuelas normales está en oposición directa al camino trazado por d'Alembert, para introducir por los maestros de escuela el filosofismo hasta en las campiñas más alejadas de las ciudades», cfr. *L Ch*, II, 69.

²⁸ Carta al párroco de Colroy, 18-VI-1822, en *L Ch*, I, 348; ver un elenco de citas en sus cartas en LACKNER, *Chaminade His Apostolic Intent*, 32 (n. 130).

(Título II), como uno de «los medios por los cuales se puede insinuar la religión en la inteligencia y en el corazón de los hombres y llevarlos así, desde la tierna infancia hasta la edad más avanzada, a la profesión ferviente y fiel de un verdadero cristianismo» (art 251). Chaminade concluye en el artículo 254: «La Compañía de María declara en los Estatutos civiles que se dedica a la enseñanza primaria. Sus obras principales, en efecto, se refieren a la enseñanza. Acepta escuelas primarias gratuitas, escuelas primarias preparatorias, escuelas especiales, escuelas normales y escuelas de artes y oficios». Pero deja bien claro en el artículo 256 que «la Compañía de María no enseña sino para educar cristianamente; por ello hemos incluido todas las obras de la enseñanza bajo el título de educación cristiana. Nadie debe dejarse engañar por ello.»

b. *Escuela y modernización en las sociedades occidentales*

La orientación escolar que recibió el carisma misionero de la Compañía de María, aconteció durante el primer tercio del siglo XIX francés en el que tanto el Estado como la sociedad y la Iglesia se manifestaron muy interesados en la educación escolar como medio para favorecer el progreso moral de los ciudadanos, cohesionar la nación —campesinos, menestrales y obreros de la ciudad— en torno a las instituciones liberales y propiciar el desarrollo material del país. También la Iglesia compitió por el dominio de la escuela. A través de la educación de las nuevas generaciones se pretende hacer que el catolicismo sea el factor de cohesión social de la nueva sociedad liberal y el agente de la elevación moral de los individuos. Se busca, así, impedir el proceso de secularización de la cultura que impone la visión racionalista y materialista del pensamiento liberal. Numerosas congregaciones masculinas y femeninas nacieron para la instrucción escolar de los niños y niñas. Los obispos las alentaron y protegieron y ellos mismos fundaron escuelas en sus diócesis. Al participar en esta empresa social, los gobiernos liberales de la primera mitad del siglo XIX consideraron a la Iglesia su aliada. Pero a partir de la segunda mitad del siglo la vieron como una rival en el dominio de la cultura y de la sociedad²⁹.

«Los niveles de alfabetización están íntimamente relacionados con la estructura social, el proceso político y la formación de la política económica» de las sociedades occidentales modernas. La escolarización fue un elemento básico en el conjunto de mutaciones culturales y económicas del siglo XIX. Esto explica el interés del nuevo Estado liberal por mantenerla bajo su control, haciéndose uno de los puntos conflictivos entre la Iglesia y el Estado y uno de los criterios para valorar si la política de un gobierno era conservadora o radical. En Francia, como en otros muchos países europeos, en los Estados Unidos y Japón el

²⁹ Perspectiva de C. ROBLES, *Las Hermanas del Ángel de la guarda. 1839-1890*, Madrid, 1989.

sistema educativo jugó un papel vital en la transición de una sociedad agraria a una sociedad industrial³⁰. La formación del sistema docente francés, desde la Revolución hasta el final de la Monarquía (1840) ofrece las pautas de comprensión de la rápida expansión de la Compañía en Francia, merced a sus obras escolares.

La burguesía radical protagonista de la Revolución francesa creyó necesario implantar un sistema escolar público, para lo cual era preciso suprimir las instituciones docentes del Antiguo Régimen, en su gran mayoría en manos de instituciones eclesiásticas, a las que veían como los centros transmisores de los privilegios de la sociedad estamental. Con este presupuesto, los revolucionarios desmantelaron toda la red educativa preexistente y proclamaron que debía ser el nuevo Estado quien asumiera la responsabilidad de enseñar y educar a los ciudadanos en las nuevas virtudes cívicas. Las primeras medidas legales para ordenar el sistema escolar del Estado revolucionario se tomaron durante la fase radical de la Convención girondina (1773-1774). Se fundaron los primeros centros de enseñanza superior —la Escuela Normal, la Escuela Central de Trabajos Públicos (Politécnica) y el Conservatorio de Arte y Oficios— y los centros públicos de primera y segunda enseñanza. Lakanal creó las escuelas centrales de enseñanza secundaria y superior y Daunou, por la ley del 25 de octubre de 1795, estableció el plan de la primera enseñanza. Estas primeras medidas pecaron de utópicas y poco prácticas y, en consecuencia, durante el decenio revolucionario (de 1789 hasta el Consulado en 1799) escuelas y centros de segunda enseñanza conocieron una vida efímera y la gran masa de la población quedó abandonada en el analfabetismo.

Como en tantas otras herencias revolucionarias, Napoleón se encargó de ordenar la educación, mediante un sistema escolar jerárquicamente centralizado en la *Université*, transformado a los profesores en funcionarios del Estado. La ley de Fourcroy de 1.º de mayo de 1802 organizó los dos primeros niveles docentes; se suprimieron las escuelas centrales de segunda enseñanza y se crearon los Liceos. Pero los maestros de primaria continuaron en pésimas condiciones económicas y la enseñanza pública permaneció en un deplorable estado. Ante esta situación, el Gobierno hubo de legalizar a los Hermanos de la Doctrina Cristiana, con la finalidad de que se hicieran cargo de parte de este primer nivel de la enseñanza, bien en establecimientos propios, bien de propiedad munici-

³⁰ Tesis de Rondo CAMERON, «¿Por qué fue tan desigual la industrialización europea», en AA.VV., *La industrialización europea. Estudios y tipos*, Barcelona, 1981, pp. 312-317; también A. LÉON, «De la Revolución Francesa a los inicios de la Tercera República», en AA.VV., *Historia de la Pedagogía*, Barcelona, 1974, II, p. 127; la misma tesis sigue Cristóbal ROBLES en *Las Hermanas del Ángel de la Guarda*, T. I, pp. 15-18; la misma tesis para las obras del P. Chaminade: todo proyecto de evangelización implica un modelo de reconstrucción moral y social de la persona y de la sociedad, Andrew L. SEEBOLD, *Social-Moral Reconstruction According to the Writings and Works of William Joseph Chaminade*, Washington, 1946.

pal. Por decreto del 17 de marzo de 1808, Napoleón creaba la *Université Impériale*; órgano administrativo docente, a través del cual se imponía en toda Francia una enseñanza uniforme. La *Université* fue el organismo encargado de supervisar todos los centros escolares y única autoridad con capacidad legal para otorgar títulos y grados académicos, asegurando el monopolio docente estatal.

El decreto napoleónico del 10 de diciembre de 1802 distinguía las Facultades, los Liceos estatales y los Colegios que podían ser regentados por los ayuntamientos o por particulares. Al lado de estos establecimientos públicos fueron creados los de carácter privado, llamados desde 1809 *Pensions* (colegio-internado) y las *Institutions*. *Pensions* e *Institutions* se distinguían entre sí porque aquellas ofrecían un programa de estudios menos fuertes que estas últimas. Ninguno de estos centros docentes podían impartir clases sin la autorización de la *Université* y sus profesores no podían ejercer la docencia sin un diploma (Brevet) otorgado por el Gran Maestre de la *Université* por un espacio de diez años renovables. Antes de ser publicados, los programas de estudios de los centros privados debían ser aprobados por el Rector de la *Université*.

En cuanto a la situación pedagógica y las condiciones materiales de la primera y segunda enseñanza, en los Liceos, controlados por el monopolio universitario y «liberados del fanatismo de la fe», se formaban los hijos de la nueva clase social, la burguesía. Sólo estos centros oficiales estaban legalmente capacitados para examinar a sus alumnos y dar el título de segunda enseñanza. Los centros dirigidos por personas privadas no podían dar el último curso del bachillerato (las materias de Retórica, Filosofía y Latín), ni examinar a sus alumnos; sino que debían presentarlos a los tribunales oficiales para recibir el título oficial de bachillerato. El monopolio estatal de la enseñanza era un gran problema para la Iglesia y la Restauración buscó devolver al menos la enseñanza primaria a la vigilancia de la Iglesia. La situación no cambiará hasta la libertad de enseñanza dada por la Ley Falloux en 1850. El régimen de la Restauración borbónica no alteró la ordenación docente secundaria para no atraerse la oposición política de los liberales. Los gobiernos monárquicos, sin cambiar las instituciones ni las leyes, optaron por la estrategia de sustituir a los liberales por eclesiásticos y católicos significados al frente del sistema docente francés. Por este camino en 1822 se nombró a monseñor Frayssinous Gran Maestre de la *Université* y, en 1824, también se le dio la dirección del Ministerio de Asuntos Eclesiásticos y de Instrucción Pública. Es así como el clero recibió la inspección de la enseñanza pública.

Luis XVIII, por la Ordenanza de 27 de febrero de 1821, ofreció la esperanza de impartir las asignaturas del último curso de la enseñanza media a aquellos centros sostenidos por particulares «que hubiesen merecido la confianza de las familias, tanto por su orientación religiosa y moral como por la calidad de sus estudios»; siempre que sus profesores poseyeran los grados académicos neces-

rios; pero no podían recibir alumnos externos si en la ciudad donde se hallaba el centro ya existía un Colegio real. Cumpliendo estos requisitos los centros propiedad de particulares podían ser convertidos por el Consejo real en Colegios de «pleno ejercicio»³¹.

Durante la Restauración, la Ordenanza de 29 de febrero de 1816 obligó a los municipios a fundar una escuela donde instruir a los niños del lugar. Los niños de familias pobres recibirían enseñanza gratuita. En cada cantón debía haber un comité gratuito y de caridad constituido por los notables locales y presidido por el párroco; pero la autorización para enseñar proviene del Rector a todo aquel docente provisto del brevet. Los conservadores protestaron y por otra Ordenanza de 8 de abril de 1824 se puso la escuela bajo la vigilancia del Obispo, a quien compete dar el permiso para ejercer la docencia. Con estas dos Ordenanzas, la Restauración no cambió la suerte de la enseñanza primaria; pero entregaba las escuelas a la dirección de las congregaciones religiosas docentes, en especial a los hermanos de las Escuelas Cristianas, puestos bajo la supervisión de la *Université*. Así, la enseñanza elemental quedó bajo el control de la Iglesia. En 1821, estando en el poder un gobierno de derechas, por la Ordenanza de 27 de febrero, se pone «la religión, la monarquía, la Carta (constitucional) y la legitimidad (monárquica de los Borbones)» como bases de la educación. En consecuencia, los obispos recibieron el derecho de inspección y por efecto de la Ordenanza de 8 de abril de 1824, en 1829 los eclesiásticos llegaron a ocupar un tercio de los puestos dependientes de la Administración docente (*Université*).

El tradicionalismo fue un cuerpo doctrinal, cohesionado en torno al catolicismo, que tuvo en Francia a sus máximos exponentes. Pese a las deficiencias de su pensamiento, los tradicionalistas comparten con el pensar ilustrado la necesidad de crear programas de reforma moral de una sociedad campesina, que es la inmensa mayoría del pueblo francés. Pues en 1826 Francia contaba 32.000.000 de habitantes, de los que 22 millones se dedicaban a la agricultura, encontrándose la mitad del suelo en manos de grandes propietarios. La masa campesina vivía bajo la cultura de la pobreza; esto es, dominada por una «mauvaise moralité», caracterizada por una brutal rusticidad, espíritu pendenciero, marginación de la vida política y social del país —manifestado en la falta de contribución al ejército y a la hacienda pública— y escasa circulación monetaria. La vida se basaba sobre una economía de subsistencia, dependiente de la bondad de las cosechas; la natalidad era muy alta y también la mortandad. El campesinado se encontraba aislado en sus núcleos rurales, sin integración en la vida nacional: sin periódicos, ni escuelas, ni voto político, constituyendo una mayoría analfabeta anclada en sus seculares costumbres. Frente a esta situa-

³¹ Sobre el Decreto de organización de la Universidad, del 17-III-1808 y la Ordenanza del Gobierno de la Restauración del 27-II-1821 sobre los Colegios de pleno ejercicio, en *L Ch*, II, 358 (n. 1); sobre el monopolio universitario, Humbertclaude, *Un éducateur chrétien*, pp. 106-107.

ción, los reformadores sociales esperaban que por la moralización del campesinado, a través de la escuela, aconteciera el desarrollo social y económico del país³². Los católicos, además de la moralización, esperaban que la escuela sirviera para la recristianización a la población campesina, aún no contaminada por las ideas liberales y secularizadoras. La escuela se sumaba a la catequesis, que eran los únicos medios de acceso a la cultura que tenían los niños de las clases populares de la ciudad y del medio rural. De esta manera, la Iglesia estaba convencida del papel crucial que tenía la enseñanza en el proyecto de la reconquista de la sociedad.

Perdida para la Iglesia las instituciones del Estado, al catolicismo no le quedaba más apoyo social que el pueblo, constituido por la gran masa de campesinos pobres. Era necesario ir hacia el pueblo. Es así como se evolucionó hacia el catolicismo social, en el que militaron los católicos defensores de la libertad de enseñanza en torno a Lamennais y Lacordaire —grupo en el que militó al padre Lalanne—. Las congregaciones se integraron en el movimiento católico de acercamiento al pueblo en las escuelas rurales y en las obras de misericordia a favor de la mujer, ancianos, enfermos... De estas tareas a favor de los pobres recibieron las congregaciones su primera identidad y el reconocimiento social. Por este motivo, sus primeros Estatutos civiles, cuando aún no existía reglamentación canónica para su reconocimiento por la Iglesia, recogían expresamente su dedicación a las escuelas de primera enseñanza para los pobres. Es así, cómo los Ayuntamientos recurrieron a las hermanas y hermanos de las nuevas congregaciones y cómo los fundadores ofrecieron sus instituciones religiosas a las ediles locales para las escuelas municipales.

La Monarquía restaurada se sirvió de las congregaciones para sostener las escuelas públicas de primera enseñanza. Con este fin daban al joven profeso en una congregación reconocida por el Gobierno la exención del servicio militar a cambio de comprometerse con votos religiosos por un período de diez años, para dedicarse a la enseñanza en las obras de la congregación. También aquí la práctica se remontaba al gobierno de Napoleón en 1802 cuando se dispuso del servicio militar a los religiosos de las Escuelas Cristianas. El Gobierno de la Restauración continuó con esta práctica y por la Ley del 10 de marzo de 1818. Es más, en 1819 los Hermanos de las Escuelas Cristianas fueron incorporados a la *Université* y eximidos de la obtención del *Brevet*, siempre que mostraran la obediencia religiosa o carta de envío del Superior general. Era evidente que los mismos derechos y obligaciones fueron reclamados por las demás congregaciones religiosas. Con el fin de socorrer el primer escalón del sistema docente, una circular del Director de Instrucción Pública, Courville, de 31 de octubre de 1825, extendía la dispensa militar de los novicios de toda congregación dedica-

³² Berthier DE SAUVIGNY, *La Restauración*, pp. 256-267 y 334.

da a la instrucción primaria que estuviera autorizada por el Gobierno; entre las que se debe contar la Compañía de María³³.

Merced a este beneficio legal, y no estando muy clara la legislación canónica sobre los votos simples en las nuevas congregaciones, los jóvenes marianistas hacían sus primeros votos por un amplio período de tres a diez años, aunque se renovaran anualmente. Este doble asunto de la enseñanza primaria y de la dispensa militar fue uno de los factores más importantes para que el Estado reconociera valor civil a los votos religiosos profesados en una congregación docente autorizada, según las reglas de las sociedades universales previstas en el Código Civil, y uno de los motivos para que el padre Chaminade —contra su idea inicial— acabara solicitando al Gobierno el reconocimiento legal de la Compañía de María. En los Estatutos legales, reconocidos el 16 de noviembre de 1825, los votos vinculaban por tres años con la Compañía de María, en virtud de un contrato entre el «socio» y el Superior General. Posteriormente, por la Instrucción ministerial de 9 de julio de 1831, el Gobierno proliberal de la Monarquía orleanista reiteró la validez civil de los votos religiosos, por ser la Compañía una congregación dedicada a la primera enseñanza. Así, los diez años de servicio militar eran conmutados por el mismo tiempo de dedicación a la enseñanza en las obras escolares de la Compañía. Pero el beneficio duró poco; lo que tardó el ministro Guizot en organizar la primera enseñanza por la ley de 1833. Así, por la Ley de 21 de marzo de 1832 sólo se otorgaba la exención a los miembros de la enseñanza pública y a los hermanos de las Escuelas Cristianas; por lo que los miembros de las otras congregaciones docentes pasaron a padecer el sorteo y a buscar el modo de librarse de la vida cuartelera³⁴.

Además de la disputa por el servicio militar, la inserción de las congregaciones docentes en la escuela pública provocó un contencioso administrativo-legal con la *Université*, en torno a la titulación de los religiosos para enseñar. La polémica se sustentaba en si un hermano o hermana de una congregación docen-

³³ En 1830 el Gobierno había autorizado las siguientes congregaciones religiosas: los Hermanos de las Escuelas Cristianas (7-III-1808), los Hermanos de la Instrucción Cristiana de Ploërmel o de Juan Maria Lamennais (1-VI-1822); Hermanos de la Doctrina Cristiana de Sion-Vaaudemont, cerca de Nancy (17-VII-1822); Hermanos de la Institución Cristiana de Saint Paul-Trois-Châteaux, Drome, que más tarde se unieron con los Pequeños Hermanos de María, de Marcelino Champagnat (11-VI-1823); Hermanos de San Antonio, en París, una comunidad jansenista (23-VI-1823); Hermanos de la Santa Cruz, llamados de San José, en Neuilly (25-VI-1823); Hermanos del Santo Espíritu, llamados de San Gabriel de Grignon de Monfort y del padre Deshayes, en St. Laurente sur Sevres (11-IX-1823); Hermanos de San José de San Lucien, Somme (3-XII-1823); Hermanos de la Instrucción Cristiana, llamados del Sagrado Corazón, de Paradis cerca de Le Puy (10-III-1825); Compañía de María de Burdeos (16-XI-1825); Hermanos o Clérigos de San Viator (10-VI-1830), en *Lettres Chaminade* (4-III-1830), 442 (n.1), cit. por LACKNER, *Chaminade His Apostolic Intent*, p. 26 (n.105).

³⁴ Sobre las leyes militares cfr., AGMAR: 82.2.1-4; un ejemplo de votos como contrato por 10 años entre don Jorge Loetsch y el P. Chaminade, el 19-XI-1830, en el dossier del religioso en AGMAR: RSM-4.

te necesitaba poseer el «brevet» obtenido ante tribunal oficial o bastaba con la «carta de obediencia» entregada por el Superior General para ejercer la docencia en una de las escuelas de la congregación. Desde 1816, la apertura de una escuela estaba subordinada a la obtención de un brevet o diploma de capacitación entregado por la *Université*. Pero los Hermanos de las Escuelas Cristianas rechazaron solicitar permiso legal para abrir escuelas y continuaron ejerciendo la docencia sin el brevet de capacitación. Los Superiores temían que los religiosos titulados abandonasen el Instituto. Pero, sobre todo, acogiendo al viejo principio de la exención eclesiástica, se sostiene que el religioso enseña bajo la obediencia religiosa, por la cual el Superior le asigna a cada uno su puesto, y no por la autorización del Estado. El contencioso fue salvado en 1819, mediante el principio de enviar el brevet al Superior General y éste se lo comunica al religioso al entregarle la carta de obediencia que le destina a ejercer la docencia en un determinado puesto escolar. En caso de que el religioso abandone la congregación, el Superior le retira la titulación oficial. La pretensión de exención provocó entre los elementos liberales la hostilidad hacia los Hermanos de las Escuelas Cristianas, a los que denigraron como «hermanos ignorantes», al mismo tiempo que se considera la «obediencia religiosas» como «brevet de ignorancia».

El Estado de la Restauración no renunció a establecer las condiciones necesarias para impartir docencia. La Ordenanza del 21 de abril de 1828 estipulaba que sólo el Rector de cada Academia poseía la autoridad de conceder el brevet de capacitación docente. Los candidatos debían pasar un examen y poseer un certificado de buena conducta. A cambio, el Rector remitía el brevet a los hermanos, tras la presentación de la carta de obediencia dada por el superior de la congregación; y es sólo competencia del Rector conceder el puesto escolar al que el religioso es enviado, tras la correspondiente petición de su superior. Posteriormente, la Monarquía de Julio reforzó la *potestas* jurídica del Estado: por la Ordenanza del 18 de abril de 1831, obligaba a los hermanos de las congregaciones a poseer el brevet de capacitación. A todas estas obligaciones legales se sometieron las congregaciones; pues, no obstante el debate ideológico, todos reconocían la conveniencia de ceder al principio de la legalidad³⁵.

En el desenvolvimiento jurídico de la legislación escolar, hasta el año 1825, en que fue reconocida la Compañía de María por el Estado francés, los hermanos debían pasar un examen ante las autoridades académicas para poseer el brevet que les capacitara legalmente para ejercer en las escuelas de primera enseñanza (tal como hizo don Bernardo Laugeay, en 1821 para enseñar en la escuela municipal de Agen). Tras el reconocimiento legal de la Compañía, a los

³⁵ SCHELKER, *La Société de Marie en Alsace* (Mémoire de maîtrise d'histoire contemporaine, en la Université Marc Bloch de Strasburgo), pp. 110-111. 132-133 y 137-138.

hermanos les bastó presentar la carta de obediencia del superior religioso, según beneficio legal de la Ordenanza de 1819. Pero la Ordenanza de 18 de abril de 1831 obligó, de nuevo a los hermanos a someterse a la formalidad del brevet de capacitación (por ejemplo, don Juan Bautista Hoffmann, profesor en la escuela municipal de Ribeauvillé, que se hubo de presentar a examen para obtener el brevet de capacitación para la enseñanza primaria y que recibió el 16 de diciembre de 1831 del Rector de la Academia de Estrasburgo).

En este contexto, también la Compañía de María se alistó en el ejército de congregaciones docentes que en la primera mitad del siglo XIX se dedicaron a socorrer las inmensas necesidades de escolarización de la sociedad francesa, entonces mayoritariamente rural. De este modo, la tarea escolar se convirtió en el medio de reconstrucción moral y de evangelización de la clase del pueblo y de las familias burguesas de pensamiento conservador, cuyas creencias católicas estaban amenazadas de secularización por el pensamiento liberal.

c. *El método pedagógico marianista*

Desde el primer momento de su entrada en el apostolado de la enseñanza, tanto secundaria como primaria, en las escuelas de artes y oficios y en la formación de maestros, la Compañía de María fue elaborando una teoría pedagógica y sucesivos métodos pedagógicos adecuados a los diversos tipos de escuelas y a las diferentes asignaturas. Chaminade y Lalanne se aplicaron a esta tarea; pero fue la práctica escolar la fuente principal para escribir los diversos métodos escolares y definir un sistema escolar común para los establecimientos puestos bajo la dirección marianista.

En sentido general, la pedagogía y el método docente marianista deben ser contados dentro del conjunto de esfuerzos, tanto en campo laico como eclesiástico, que durante el siglo XIX revolucionaron la enseñanza bajo la denominación de «la nueva pedagogía»³⁶. Los nuevos pedagogos, muchos de ellos filósofos y médicos —también algunos clérigos— animados por ideales filantrópicos para mejorar al ser humano y reformar la sociedad, propugnan una educación experimental en la que son importantes los ejercicios prácticos para el aprendizaje del alumno y para la enseñanza de los aspirantes al magisterio. El presupuesto que animó a los pedagogos del siglo XIX consistió en el convencimiento de que más allá de mera la instrucción, la educación tiene como finalidad la formación moral de la persona. Para ello, los nuevos pedagogos, inspirados en la filosofía de la Ilustración e interesados en la psicología infantil y juvenil, se

³⁶ A. LÉON, «De la Revolución Francesa a los inicios de la Tercera República», en SNYDERS, LÉON y VIAL, *Historia de la Pedagogía*, II, pp. 117-126.

propusieron la eliminación del memorismo y de los castigos, y en su lugar implantaron métodos nuevos de aprendizaje activo-experimental que atendía a todos los ámbitos del desarrollo del educando: la atención, el juicio, la memoria..., buscando formar la personalidad del niño y su futura inserción en la vida pública y profesional. Para estos fines, los nuevos maestros procuraron técnicas de aprendizaje nuevas, basadas sobre métodos activos, en los que se da gran importancia al juego, al canto, las charlas y las relaciones afectuosas del profesor con sus alumnos. Basados en un optimismo pedagógico, la enseñanza debe seguir una metodología rigurosa; además, refuerzan la motivación y el comportamiento del educando con un sistema de sanciones y premios que estimulan al alumno.

Esta pedagogía no olvida las condiciones higiénicas del inmueble escolar, el material a emplear por alumnos y profesores —libros, cuadernos, explicaciones ilustradas con gráficos, cuadros, dibujos en la pizarra—; además, se pone mucho interés en educar al niño en las buenas maneras sociales de la cortesía burguesa, en el orden, el trabajo, y la disciplina. Pero mientras que los pedagogos laicos buscarán educar en la virtud para hacer de los jóvenes buenos ciudadanos y hombres felices, los educadores cristianos, reteniendo este objetivo, entienden que la persona se logra en plenitud cuando tiende a imitar el modelo antropológico de la persona de Jesucristo; en este sentido, la escuela, además de ciudadanos virtuosos y felices, hace cristianos. Este es el principio rector de la escuela marianista que aparece definido en el artículo 256 de las Constituciones de 1839 al sostener que «la Compañía de María no enseña sino para educar cristianamente». A este concepto moderno de la enseñanza responde el programa de estudios ideado por el padre Lalanne para el primer colegio de la Compañía en Burdeos —*La Pension Estebent* de Burdeos—. En él se enseñaba lenguas modernas, comercio, geografía e historia y francés; restringía los castigos que eran sustituidos por la emulación; y a profesores y alumnos les era exigido el uso del usted y de las normas de cortesía.

Cada disciplina recibió sus propios programas y metodologías, bajo la convicción de que un buen método podía conducir a los jóvenes a la virtud misma; así se lo manifestaba el padre Chaminade al padre Lalanne al afirmar que «nuestros profesores son enviados como misioneros a las nuevas generaciones; para ello, es necesario que ilustren y desarrollen sus débiles inteligencias y formen su jóvenes corazones en la virtud: el Método debe conducir necesariamente a este fin sin que se advierta»³⁷.

³⁷ Chaminade a Lalanne, Agen, 5 y 7-VI-1831, en *L Ch*, III, pp. 38-39; Sobre los métodos pedagógicos marianistas ver, *EF*, III, pp. 308-336; HUMBERTCLAUDE, *Un éducateur chrétien*, cap. III y VI; HOFFER, *Pedagogie marianiste*, 49-55; LACKNER, *Chaminade. His Apostolic Intent*, pp. 42 y s.; SCHELLER, *La Société de Marie en Alsace*, pp. 162-164.

La búsqueda de un método pedagógico propio aconteció en medio de una intensa polémica en la sociedad francesa a favor o en contra de la *enseñanza mutua*, método importado de Inglaterra y que en Francia fue seguido y propugnado por los liberales³⁸. La carencia de maestros y de locales obligó a adoptar el método denominado *enseñanza mutua*, creado en torno a 1811 y 1814 por los discípulos de dos filántropos ingleses, el ministro anglicano Andrés Bell y el cuáquero José Lancaster. El método era muy útil para instruir a grupos muy numerosos de niños con un solo maestro y consistía en distribuir a los alumnos en grupos dirigidos por los niños más aventajados que hacían de monitores y a quienes, previamente, el maestro les había instruido en la actividad escolar a transmitir a sus compañeros. Con este método, un solo maestro podía instruir a la vez a grupos de más de cien alumnos por aula. Por eso, a principios de la Restauración, el método mutualista, se divulgó por toda Francia apoyado por los liberales. Entre 1815 y 1820 se difundieron multitud de sociedades mutualistas y se levantaron más de 1.000 escuelas mutuas, agrupando a unos 150.000 alumnos, mientras que los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que practicaban el método simultáneo, no contaban más que con 50.000 niños.

El *método simultáneo* era el empleado en la enseñanza superior y secundaria; consistía en que el profesor se dirigía a la vez a todos los alumnos. Su aplicación a la primera enseñanza se remonta a san Juan Bautista de la Salle (1651-1718), fundador de las Hermanos de las Escuelas Cristianas. Para ello, divide a los niños de la escuela en tres secciones sucesivas según las edades, confiando cada sección a un maestro. Con esta manera, superaba el antiguo *método individual* practicado en las escuelas primarias, consistente en que los alumnos se acercan por grupos reducidos a la mesa del profesor que les da la lección, mientras los demás niños de la clase están abandonados al ocio.

En 1830 el método individual era el más extendido en las escuelas. Pero la dificultad de contar con buenos monitores entre los alumnos y la mayor eficacia docente propiciada por la división de los niños de una escuela en tres clases atendidas cada una por su maestro fue desplazando el método mutuo a favor del simultáneo. Sin embargo, la victoria del método lasalliano sobre el lancasteriano se debió a un intenso debate ideológico-político en la sociedad francesa de la Restauración, que tomó como campo de batalla el método pedagógico a practicar. Los liberales presentaban el método mutuo como la expresión pedagógica del liberalismo y de la monarquía constitucional; y denigraron el método simultáneo practicado en las escuelas de los Hermanos como una educación transmisora de los principios de la monarquía absoluta, representada en la autoridad in-

³⁸ Sobre la enseñanza mutua cfr. LÉON, «De la Revolución Francesa a los inicios de la Tercera República», en SNYDERS, LÉON y VIAL, *Historia de la Pedagogía*, II: el origen religioso y filantrópico del método mutuo en Inglaterra en p. 129 y el conflicto suscitado en Francia en pp. 92-94; HUMBERTCLAUDE, *Un éducateur chrétien*, 75-77, y SCHELKER, *La Société de Marie en Alsace*, 157-161.

discutida del maestro y en la sumisión de los alumnos, a los que no se les confía ninguna iniciativa. Entonces, los partidos conservadores, ultrarrealistas y los miembros del clero —católicos y protestantes— reaccionaron con encendidas críticas contra la enseñanza mutualista. Primordialmente, por oposición política a los liberales propugnadores del método y, además, por prejuicio hacia él, dado su origen en miembros de la Iglesia anglicana; y en campo pedagógico porque la relación directa del maestro con los alumnos era menos intensa que en el método simultáneo, por lo que se pierde la educación a favor de la mera instrucción. De esta manera, acusan al método mutuo de reproducir en la escuela la falta de autoridad y de orden de una república. La Monarquía liberal de Julio abandonó el método lancasteriano cuando el ministro Guizot y sus colaboradores favorecen el método simultáneo de los Hermanos.

En este contexto polémico, también los religiosos marianistas se vieron implicados en el debate escolar. Las escuelas rurales encomendadas a la Compañía estaban sostenidas por un número muy reducido de religiosos (abundaban las fundaciones con tres o cuatro religiosos). En esta situación era frecuente que cada profesor marianista tuviera en su aula unos cien alumnos. Según las necesidades de cada asignatura y para mantener una relación directa con los niños, el profesor empleaba el método individual, el mutuo o el simultáneo, con preponderancia de este último, pues era peligroso aparecer como una institución defensora del método mutuo. Por este motivo, en la súplica de 7 de abril de 1825 al Rey, el padre Chaminade le confía que «nuestros métodos de enseñanza se diferencian poco de los de los Hermanos (de las Escuelas Cristianas); enemigos tanto de innovaciones imprudentes cuanto de rutinas ciegas, nos hemos aprovechado de las nociones adquiridas por los modernos, sin separarnos de los principios consagrados por la experiencia»³⁹; y a don Domingo Clouzet, le explica que «la enseñanza en la Compañía de María es, en el fondo, enseñanza simultánea; pero se le podría, mejor, llamar mixta, tal como la ha llamado el señor Lalanne; porque si usted observa, tiene algo de los tres géneros de enseñanza; es decir, de la enseñanza individual, de la enseñanza simultánea y de la enseñanza mutua. Pero sería peligroso nombrarlos en el Prospecto (de la Escuela Normal de Saint-Remy) y sobre todo, decir que allí también se forma en el método mutuo»⁴⁰. Es decir, por motivos prácticos y por prudencia política, la Compañía de María adoptó una vía media; según la cual, los hermanos completaron el método simultáneo, como base de su enseñanza, con algunos elementos tomados del método mutuo; de ahí el nombre de *método mixto* o *simultáneo-mutuo*. Así se asegura la influencia directa del maestro sobre cada uno de sus alumnos, asegurando la instrucción y la educación. Por esta razón, las escuelas mantenidas por los Marianistas estaban divididas en clases, según

³⁹ Chaminade al rey Carlos X, Burdeos, 7-IV-1825, en *L Ch*, II, p. 10.

⁴⁰ Chaminade a Clouzet, Burdeos, 26-III-1829, en *L Ch*, II, pp. 350-351.

las edades de los niños. Normalmente, el método mutuo era practicado con los alumnos menores, donde las clases eran más numerosas y sólo se necesitaba instruir a los niños en los rudimentos de la lectura, escritura y cálculo. Pero en la medida en que se sube de edad, se imponía el método simultáneo.

La síntesis didáctica del *método mixto o simultáneo-mutuo* se remonta a las reuniones de profesores marianistas durante las vacaciones de 1820 para discutir las corrientes pedagógicas del momento y las prácticas docentes en las escuelas dirigidas por la Compañía. De aquí salieron varios bocetos de métodos que fueron llevados a la práctica y revisados y corregidos para su publicación. La estrategia de reunir a los religiosos para revisar y perfeccionar los métodos didácticos practicados en las escuelas marianistas quedó consagrada en las Constituciones de 1839, cuyo artículo 267 pedía al Superior general convocar «a intervalos más o menos largos (...) a los directores de las escuelas primarias y a algunos religiosos experimentados en la enseñanza para revisar los métodos y perfeccionarlos».

Adquirida por la Compañía la *Pension Estebenet* de Burdeos, Chaminade con el equipo director, Brougnon-Perrière, Lalanne y Rothéa, al que se añadió por su profesión de abogado a don David Monier, se emplearon en la redacción de los *Reglamentos* de estudio⁴¹. En el *Reglamento para el orden y mantenimiento del Colegio o Institución clásica de la Pequeña Compañía establecida en Burdeos* se afirma que los religiosos al frente del colegio tenderán a la perfección evangélica y a mantener a los alumnos en las buenas costumbres y en la doctrina cristiana, cuidando de defenderlos y de evitar el contagio del pecado. El *Reglamento General* del colegio incluía un *Reglamento de los Religiosos de María*. Según este Reglamento, el director marianista tiene una autoridad centralizada y paternal; a él le corresponde la guía de todo el conjunto escolar, los fines y orientación pedagógica del centro; ejerce su función de manera inmediata mediante el contacto directo con sus profesores, alumnos y padres, a los que dedica todo su tiempo. Aunque este Reglamento es obra del padre Lalanne, es evidente la influencia del padre Chaminade en su redacción. El padre Chaminade estaba al corriente de la legislación escolar; conservaba libros de pedagogía en su biblioteca y analizaba los diversos métodos de enseñanza existentes en la época en Francia; él era el primer interesado en la elaboración de un método propio marianista y en su circular del 20 de agosto de 1842 afirmaba que «una congregación docente, no tendrá más que un éxito a medias, en tanto la enseñanza no sea dada en sus escuelas según un método practicado por todos los maestros: la unidad del método es una condición absoluta de porvenir para

⁴¹ WELTZ, «Les premières oeuvres apostoliques de la Société de Marie (1818-1821)», *RMI*, 6 (octubre 1986), pp. 26-27; el Reglamento aludido en carta del 16-II-1820 al señor Augusto, en *L Ch*, I, p. 235, se conserva en AGMAR: 116.3.1162-68 y 1156-58; el Reglamento de los religiosos está publicado en *L Ch*, I, pp. 224-226.

nuestros establecimientos». Movido por este principio hizo redactar sucesivos métodos pedagógicos, con el fin de definir un método marianista. El primero de todos, compuesto en 1824, *Méthode d'enseignement à l'usage des écoles primaires de la Société de Marie* (manuscrito), fue denominado *Antiguo Método*, y su redacción fue obra de don Bernardo Laugeay. El señor Laugeay aunó el método simultáneo y el mutualista.

Este llamado *Antiguo Método* fue revisado en las vacaciones de Navidad de 1830. El padre Chaminade llamó a don Juan María Mémain, director de Agen, y a don Bernardo Gaussens y les pidió que redactaran sus experiencias pedagógicas; a partir de ellas, encomendó la revisión y redacción final a su íntimo amigo, congregante y afiliado a la Compañía, el señor José Justino Lacoste, hombre cultísimo, miembro de la Sociedad de Ciencias, Letras y Artes de Agen, Caballero de la Legión de Honor, antiguo profesor de historia de la Escuela Central de Lot-et-Garonne y antiguo consejero de la prefectura de Agen. El señor Lacoste se encargó de la publicación en 1831 del *Règlement general des écoles de la Société de Marie* (manuscrito), llamado *Nuevo Método*, puesto en práctica en las escuelas marianistas del sur de Francia. El *Nuevo Método* superaba al anterior porque no se limitaba a indicar los procedimientos para enseñar la lectura, la aritmética, la ortografía o el medio para obtener la disciplina, sino que se interesaba por la formación del espíritu y del corazón de los alumnos. En 1841 don Bernardo Gaussens redactó un nuevo texto titulado *Méthode d'enseignement mixte à l'usage des écoles primaires de la Société de Marie* (manuscrito), ordinariamente designado como *Método mixto*. Este no añade nada al *Nuevo Método*, sino que recoge una mayor experiencia de la enseñanza y muestra una tendencia a eliminar los métodos mutualistas⁴².

Los religiosos marianistas también se interesaron por la educación profesional para los niños que por falta de medios económicos no podían dar continuidad a sus estudios primarios. Pensando en ellos se desarrolló la llamada «enseñanza especial», o «media» y también «intermedia», que consistía en enseñar a los jóvenes un oficio con el que ganarse honradamente la vida. Chaminade las denominaba «escuelas conjuntas» pues sus programas de estudios profesionales, bastante elementales, se impartían en conjunción con los programas de la enseñanza primaria⁴³. También para este género de enseñanza se llegó a componer, en 1841, un *Método especial* en el que se preveían cursos de literatura, geografía e historia de Francia, contabilidad, agrimensura, física e historia natural. Los oficios que se enseñaban eran los de agricultura, industria y comercio,

⁴² Chaminade a D. Luis Rothéa, Burdeos, 3-XII-1830, en *L Ch*, II, 553; y a Lalanne, Agen, 7 y 9-VIII-1831, en *L Ch*, III, p. 58; el «Antiguo Método» en AGMAR: 5.1. 1-6; el «Nuevo Método», en AGMAR: 5.2.1-4; el «Método Mixto», en AGMAR: 5.5.1-8.

⁴³ HOFFER, *Pédagogie marianiste*, pp. 71-76, que recoge las fuentes en *L'Ésprit de Notre Fondation*, III, pp. 26-32, y en *Lettres Chaminade*.

y los anexos a estas actividades; así, en los talleres de la escuela agrícola de Saint-Remy, se enseñaban los oficios de carpintería y herrería para el mantenimiento de los aperos agrícolas. Pero también se enseñaron los oficios de tejedor, zapatero y sastre que los hermanos obreros desempeñaban para el sostenimiento económico de las comunidades. También a los huérfanos del Orfanato de Santiago, en Besançon, se les enseñaron diversos oficios. Con estos principios, el éxito de las «escuelas conjuntas» sobrepasó todas las esperanzas; aunque la única escuela profesional bien mantenida fuese la de Saint-Remy.

El éxito de la Escuela Normal de Saint-Remy animó al padre Chaminade a pedirle al padre Lalanne la confección de un programa de estudios⁴⁴. Chaminade advierte a su discípulo que «vivimos en un siglo en que se hace razonar, o más bien desrazonar, hasta a los campesinos, y a menudo a las sirvientas de las ciudades. Es preciso que todos vuestros candidatos de las escuelas normales lleguen a estar versados en la lógica, o incluso en ser un poco metafísicos; es preciso que conozcan todas las fuentes de la certeza humana»⁴⁵. Por ello, la religión había de ser una de las materias más importantes del programa académico. Pero el breve experimento de las Escuelas Normales impidió que se llegara a redactar métodos para este tipo de enseñanza. En su lugar, nos quedan los *Prospectos* que el padre Lalanne compuso, bajo la guía de Chaminade⁴⁶. En ellos Lalanne establece un plan de estudios trienal en el que además de las disciplinas escolares —caligrafía, gramática francesa, ortografía y aritmética, escritura, dibujo lineal, geografía y geometría— se enseñaba contabilidad, teoría general de agricultura, geometría aplicada, historia natural, comercio, física y meteorología, botánica, dibujo artístico y música instrumental y canto; y no se descuida la forma de dirigir una clase y de mantener la disciplina, el orden interior y exterior, los modos de alentar la emulación, de ejercer la vigilancia en la clase, en el recreo y en la iglesia, y en general todo cuanto se refiere a una buena educación social. Además, Chaminade pedía que junto a las Normales se abriera una escuela aneja, de alumnos gratuitos, para que los futuros maestros fueran instruidos en la práctica docente bajo el ejemplo de expertos profesores marianistas.

Finalmente, es preciso anotar que desde sus comienzos en la enseñanza la Compañía se preocupó de que los religiosos más aptos compusieran libros de texto para uso de los alumnos. Entre los libros de mayor empleo se pueden señalar los *Tableaux de lecture française* para las clases de los principiantes, el *Méthode de lecture* de Colmar (hacia 1838), el *Cours de calligraphie* de don Juan Coustou (director de Colmar, en 1840), el *Manuel d'Arithmétique* de don

⁴⁴ HOFFER, *Pédagogie marianiste*, pp. 69-76.

⁴⁵ Chaminade a Lalanne, Burdeos, 22-II-1830, en *L Ch*, II, p. 424.

⁴⁶ Discusión sobre los Prospectos y programas en Chaminade a Lalanne, Burdeos, 31-III-1830, en *L Ch*, II, pp. 453-456; uno de estos Prospectos en *Idem*, pp. 456-459.

Francisco Boby (director en Salins, en 1841), las *Premières lectures* de don Bernardo Gaussens (hacia 1840) y los *Exercices d'arithmétique* de don Juan Bautista Enderlin. Estos manuales recibían el nombre «los clásicos de la Compañía de María»⁴⁷.

En fin, a principios de la década 1830-1840 estaba configurada la práctica pedagógica de los Hermanos de María. En las grandes escuelas, un solo maestro tenía a su cargo a unos cien o ciento cincuenta alumnos. Si el aula es cuadrada, los bancos se ponían en hemiciclo; en el centro, el estrado del maestro. Si la sala era rectangular, los bancos estaban alineados en paralelo en el eje longitudinal, de frente a la mesa del profesor. Los alumnos menos dotados ocupaban los puestos cercanos al profesor. En las paredes del aula había un crucifijo, una imagen de la Virgen y murales con muestras de caligrafía, con las conjugaciones verbales, así como carteles con máximas piadosas. La clase de la mañana comenzaba siempre con la misa en la iglesia parroquial, a las 7,30 h. a donde se dirigían los alumnos en filas de a dos en perfecto silencio. De regreso a clase se recitaba la oración de la mañana y por la tarde, al terminar, la oración final. El maestro se hacía ayudar por algunos alumnos más aventajados, para recitar la lección, hacer las cuentas en la pizarra, mostrar los lugares en los mapas, mostrar las faltas de los dictados de sus compañeros, sobre los cuadernos ya corregidos por el maestro. Pero éste lo controla todo y un silencio religioso reina en la clase.

Es así cómo por vía experimental la Compañía de María creó un método pedagógico sólido y eficaz que le atrajo la alabanza de los padres de familia y el prestigio entre las autoridades civiles y académicas. Sin embargo, Zind sostiene que «no se puede hablar de una verdadera originalidad pedagógica en tal o cual congregación docente, sino constatar una mayor y más amplia iniciativa general»⁴⁸.

Por importante que sea fijar un método pedagógico, este no es el único interés de la Compañía de María. El padre Chaminade sostiene en las Constituciones de 1839, en el artículo 256, que «la Compañía de María no enseña sino para educar cristianamente; por ello hemos incluido todas las obras de la enseñanza bajo el título de educación cristiana. Nadie debe dejarse engañar por ello». En la escuela marianista son importantes las prácticas religiosas: la asistencia a la santa Misa, la confesión, el examen de conciencia, el rezo del Ángelus... De entre todas estas prácticas, la más estimada entre los religiosos y alumnos era la pertenencia a la Congregación mariana. Ya desde el primer centro educativo

⁴⁷ Cfr. EF, III, 331 (n. 4); el *Tableau de lectures*, en AGMAR: 169.3.26-38; el *Manuel d'Arithmétique*, de BOBY, en AGMAR: 511.20.

⁴⁸ P. ZIND, *Les nouvelles congrégations de frères enseignants*, 380, citado por SCHELKER, *La Société de Marie en Alsace*, p. 177.

marianista, en la *Pension Stebenet*, se creó la Congregación de alumnos y, a partir de aquí, los religiosos intentaron establecer una Congregación juvenil en sus escuelas y colegios; tal como el mismo padre Chaminade alienta tras su visita a las obras del Nordeste, en 1826 y 1827, en que «por todas partes fue creando Congregaciones (marianas) entre los alumnos niños y jóvenes, destinadas a completar la labor que hace la escuela»⁴⁹.

d. *La escuela y el maestro marianista*

La creación de un método pedagógico eficaz y característico de la Compañía de María, debía ir acompañado por el interés en formar religiosos docentes capaces de practicarlos y obtener buenos resultados. Los esfuerzos de los Superiores y formadores para mejorar las cualidades docentes de los maestros marianistas, se deben sumar a los esfuerzos generales de la sociedad francesa por mejorar la formación del profesorado y elevar su prestigio social.

Entre 1820 y 1870 Francia hizo un gran esfuerzo por mejorar la formación del profesorado, como condición para elevar su estatuto social; aunque durante la primera parte del siglo XIX, su estatuto continuó siendo muy precario, debido a la escasa retribución económica que el maestro recibía del Ayuntamiento, y que le obligaba a desempeñar otras tareas, poco respetables, como las de sacristán, organista, peluquero... y, en el mejor de los casos, secretario municipal. Durante el Segundo Imperio el maestro vio mejorar su situación económica. Pero no recibe un salario mayor que el de un obrero. No obstante su imagen social se mejoró y el reclutamiento fue más fácil. A ello contribuyó la formación del maestro laico que se hizo en las Escuelas Normales. La primera fue la de Estrasburgo, creada en 1810. En régimen de internado, austero y frugal, los futuros maestros eran educados en el orden, la modestia y la obediencia, en una vida sencilla, compendio de todas las virtudes a inculcar a los niños. El programa académico se desplegaba en dos años: durante el primero se enseñaban los rudimentos de la lectura, escritura y las cuatro reglas, para la obtención del brevet simple; en el segundo año, se estudiaban las disciplinas necesarias para el brevet superior. En virtud de este esfuerzo, hubo un modesto aumento del número de maestros titulados y formados en sus deberes profesionales.

En paralelo con los esfuerzos del Estado, también las congregaciones docentes femeninas y masculinas se esforzaron por mejorar la formación de sus miembros. Provisto de una formación académica muy elemental, el hermano docente supera los logros del maestro laico en virtud de una más intensa dedicación a sus alumnos, motivada por la mística religiosa que la sustenta, y gra-

⁴⁹ SIMLER, *Chaminade*, p. 581.

cias a la fuerza institucional de la congregación que permite subsanar los defectos de las personas⁵⁰.

El nivel cultural de la persona viene marcado por su origen social. Si esto es así, en 1846 los novicios de la Provincia de Alsacia provienen de familias campesinas y de trabajadores manuales (panaderos, toneleros, tejedores, carpinteros, zapateros...); muchas de estas familias son llamadas genéricamente «pobres» y otras «familia honrada» y «familia media»; calificativos con los que parece aludirse a la clase media de la sociedad, es decir la clase baja formada por menestrales. En la década de 1860 a 1870, la mitad de los novicios provienen de las villas y burgos donde existe una escuela dirigida por los Hermanos y de los pueblos cercanos. No son infrecuentes las dinastías familiares en las que la influencia del tío marianista atrae a los sobrinos al Noviciado de la congregación⁵¹. Las Constituciones de 1839 mandaban a los religiosos detectar a los niños con vocación religiosa y dirigirlos al Noviciado de la Compañía. Esta misión era celosamente practicada por los directores de los establecimientos.

Para la formación de estos adolescentes y jóvenes la Compañía había organizado desde el origen de la fundación un sistema de formación, que fue completando con el paso del tiempo y las exigencias del Derecho Canónico. En tanto que congregación religiosa docente, los superiores intentaron formar en la vida espiritual del estado religioso y proporcionar los necesarios estudios académicos que permitan a los futuros docentes obtener el título de magisterio y el dominio de las materias que deben explicar. En las Constituciones de 1839 (art. 299) se fijaba en dos años el tiempo de duración del Noviciado; aunque en rigor canónico su tiempo era de un año. Los sacerdotes seguían otro régimen pues el tiempo de estudios teológicos en el Seminario de la Compañía les valía de Noviciado. Pero en la revisión de las Constituciones, la Santa Sede impuso en 1865 un Noviciado único para las tres clases de hermanos (sacerdotes, docentes y obreros) por el tiempo canónico de un año, completamente dedicado al estudio de la vocación; tal como quedó recogido en las Constituciones revisadas de 1867, art. 303.

Así pues, el *iter* formativo de un maestro marianista comenzaba en el Postulante. Atendiendo al campo de la formación académica, el postulante cursaba los estudios primarios. A la edad de 16 años, pasaba al Noviciado, que al principio duraba dos años: el primer año estaba entregado al cultivo de la vida espiritual y en el segundo, la formación estaba orientada a los estudios profanos que debía preparar al futuro religioso a la consecución del brevet simple (razón por la que el padre Chaminade se refería a los novicios llamándoles «alumnos»). Al

⁵⁰ SCHELKER, *La Société de Marie en Alsace*, pp. 179-198.

⁵¹ Noviciado de Ebersmunster, origen social y geográfico de los novicios en AGMAR: 85.4.833-834 y 870-878, en SCHELKER, *La Société de Marie en Alsace*, pp. 180-181.

final del Noviciado el candidato hacía su primera profesión de votos, perpetuos o temporales, y éstos últimos por tres o diez años, según concesión del Superior General. Emitidos los primeros votos, el nuevo religioso era destinado a una comunidad dedicada a la tarea escolar, donde aprendía el arte docente por experiencia y con las orientaciones de los demás hermanos, sobre todo del director, quien tenía la obligación de iniciar a los jóvenes en el método pedagógico de la Compañía. Mientras trabajaba, el religioso estudiaba las materias de examen para obtener la titulación del brevet simple y superior.

No era nada fácil adquirir la maestría en el dominio de la clase y en la enseñanza de las diversas asignaturas. Los jóvenes religiosos carecían de la suficiente destreza para enseñar a sus alumnos y los lamentos de los directores eran constantes. El trabajo del hermano docente con los alumnos era muy exigente; pues, tanto en el interior de la comunidad como en la escuela, la vida estaba rígidamente ordenada según un rígido reglamento horario que configuraba la vida religiosa bajo el principio burgués del orden. Los niños llegaban a la escuela a las ocho de la mañana y el maestro estaba con ellos en todas las actividades, en la clase y en el recreo, hasta las cinco de la tarde en que los alumnos marchaban a sus casas. Pero el maestro continuaba trabajando en la corrección de cuadernos y tareas. Los domingos recibía a los alumnos a las nueve de la mañana para la instrucción religiosa y acompañarlos a la misa parroquial. La vida del hermano docente es austera y sometida a un estricto reglamento horario, donde el trabajo escolar ocupa todo el tiempo y energías mentales; a veces, en detrimento de los ejercicios religiosos y de la salud física. Pero el reconocimiento público que reciben por su trabajo y los resultados obtenidos, hacía que entre los religiosos reinase un buen espíritu de caridad fraterna. No en vano, en virtud de la motivación espiritual dada a sus vidas y a sus tareas, los hermanos entendían la escuela como una misión religiosa entre los jóvenes.

Los Ayuntamientos prefieren encomendar sus escuelas a los hermanos, no porque estuviesen mejor preparados que los maestros laicos, sino por la plena dedicación del religioso a la tarea escolar, que es la causa de los mejores resultados académicos de sus alumnos. Así, en Kaysersberg (Alsacia), la poca dedicación a los alumnos del pobre maestro, que tenía que compaginar la escuela con otros trabajos de sacristán y organista, obligó al Ayuntamiento a recurrir a don Luis Rothéa para que se hiciera cargo de la escuela municipal en 1839. Un caso semejante ocurrió con la escuela municipal de Saint-Hippolyte, cuyo maestro faltaba con frecuencia a clase porque frecuentaba los cabarets, hasta caer en un pésimo estado de salud. El cura y el alcalde recurrieron a los hermanos de María y en 1848 la Compañía tomó a su cargo la escuela. Alcaldes y párrocos quieren que el maestro de la escuela local lleve una vida intachable. El maestro debe ser el ejemplo de buen ciudadano y buen cristiano donde se miren sus alumnos. Esto no quiere decir que no se dieran escándalos entre los hermanos.

Hombres frágiles como son, tienen que dejar la Compañía o ser cambiados de comunidad cuando suceden estas situaciones. Don Juan Bautista Coustou abandonó la congregación en 1845 por mantener escandalosas relaciones con madres y hermanas de sus alumnos de Colmar, donde era el director. Muy conocido fue el caso del padre Roussel, homosexual activo, a quien el padre Chaminade tuvo que retirar de la dirección del Colegio de Saint-Hippolyte y traerlo a Burdeos como secretario personal. Notoria fue la hostilidad de la población de Sainte-Marie-aux-Mines, en 1830, contra don Bernardo Leugeay, acusado de abusos deshonestos a un alumno de la escuela de donde era director; el asunto fue hábilmente explotado por la prensa liberal para denigrar a las congregaciones docentes, pero la policía no pudo esclarecer el asunto, que no pasó de ser su suceso de crónica local. Otros religiosos deben ser sustituidos por sus enfrentamientos con el párroco o con las autoridades civiles y académicas.

¿Eran más competentes los religiosos docentes que los maestros laicos? Las cartas de los marianistas directores a los Asistentes generales y Provinciales están repletas de quejas por las deficiencias de sus maestros. «El personal no está a la altura. Cuando hay un buen profesor se le quita para darle la dirección de una escuela en otro lugar. (...) Se les destina a dar clases muy jóvenes; incluso, ¡sin haber terminado su noviciado!. El párroco y el alcalde, al verlos, exclaman, ¡todavía más niño! Siempre niños; ¿cómo va a dominar una clase de 140 alumnos?», escribía don Bernardo Gaussens, director de Colmar de 1840 a 1856. Los inspectores del Ministerio de Instrucción repiten: «joven poco capaz y sin método» (en Saint-Hippolyte en 1864); «joven poco valioso; da muy mal la clase» (en Ammerschwhir en 1869). Pero también hay buenos maestros como «Bader Thiébault. Joven hermano que debuta en la enseñanza; no da mal la clase» (Ammerschwiher en 1860); y «Sigrist Joseph, agregado, sin brevet. Joven bueno y bien situado en su pequeña clase: es a la vez amable y firme y sabe dirigir perfectamente a sus pequeños alumnos» (Sainte-Marie-aux-Mines, en 1868).

Schelker saca las conclusiones para Alsacia de que había una notable diferencia entre enseñar en una clase muy numerosa de alumnos pequeños, a otra de mayores con pocos alumnos en el aula. La clase superior (10 a 12 años), dirigida por el hermano director, presentaba bastantes buenos resultados. Pero lo más frecuente era encomendar a los religiosos noveles la clase de los pequeños (6 a 8 años), constituida por más de cien alumnos.

Los religiosos cuidaban las condiciones materiales de los inmuebles escolares. Los inspectores oficiales constataban la disciplina de los alumnos y el buen estado de las instalaciones. Por regla general, los maestros veteranos y experimentados prestaban buenos servicios; aunque tendían a la rutina y se resistían a renovar sus métodos. Por eso, el inspector provincial recordaba a sus religiosos la necesidad de renovarse, cumplir con sus obligaciones, estudiar y presentarse

a los exámenes para obtener los diplomas docentes exigidos por la ley, que aseguraba un nivel de conocimientos respetable. Pero todavía en 1869 el señor Inspector de la Provincia de Alsacia, en su visita al establecimiento de Guebwiller anotaba que «muchos hermanos no tienen el brevet, aunque estudian para obtenerlo».

En esta situación, el nivel escolar del centro dependía en gran medida de la actuación de su director. Cuando un director no estimulaba la acción de sus profesores, el Inspector provincial lo reemplazaba por otro religioso más celoso. En 1862 el señor Freymann maldirigía la escuela de Ammerschwihr. Ante las quejas del inspector oficial, fue sustituido al curso siguiente por don José Radat; la escuela mejoró inmediatamente. «Entonces, ¿qué concluir?» —se pregunta Schelker en su estudio para Alsacia—: «La situación de una escuela (de religiosos) es a menudo idéntica a otra (de maestros laicos). Los religiosos de la Compañía de María, no eran necesariamente más competentes que otros maestros. Pero en punto a instrucción y a disciplina, el cuerpo social que constituye una congregación religiosa viene a paliar las carencias de tal o cual individuo. Más aún, en virtud de su estado celibatario, los hermanos pueden consagrarse totalmente a su misión docente. Esta es toda la clave del éxito cierto sobre tantos alumnos». El informe del inspector oficial, de 1835 a la *Institution* de Saint-Hippolyte, dirigida entonces por el poco ordenado padre Carlos Rothéa, confirma esta afirmación: «Un resultado tan admirable no es debido a cualidades superiores en los maestros que dirigen el establecimiento. (...) Parecen maestros muy corrientes; incluso, algunos son un poco flojos, sobre todo en la enseñanza de las ciencias matemáticas. Sin embargo, la prosperidad del establecimiento y el éxito reconocido que obtiene tanto en la enseñanza como en la educación, son debidos incontestablemente (...) al celo de los maestros, a la confianza recíproca (entre alumno y profesor), a su íntima unión y su completa subordinación, que convierte a esta decena de colaboradores en un cuerpo animado por un mismo espíritu que tiene como interés único el bien de los alumnos que les han sido confiados.(...) A los ojos de los alumnos (la acción de todos los religiosos de la casa) gira en torno al trabajo y a la disciplina»⁵².

CONSTITUCIÓN LEGAL DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA

Era una necesidad urgente para la Compañía de María recibir el reconocimiento legal del gobierno francés, para poder ejercer la tarea docente bien en sus propios colegios propios, bien en las escuelas municipales y para recibir el beneficio legal de la exención militar de los jóvenes religiosos. Ambas necesi-

⁵² Informe del inspector oficial, del 2-VII-1835, citado por SCHELKER, *La Société de Marie en Alsace*, p. 198.

dades provocarán el proceso de constitución legal y canónica del nuevo cuerpo religioso fundado por el señor Chaminade.

El reconocimiento legal de la Compañía de María, por Ordenanza real del 16 de noviembre de 1825, significó el punto de partida para un nuevo crecimiento del número de sus hombres y de sus obras. Asistimos, entonces, a un lustro de expansión de las obras y del personal religioso de la Compañía, en el que Chaminade llegó a soñar que todos sus proyectos apostólicos de recristianizar la población francesa a través de la escolarización de los niños y adolescentes se cumplirían; hasta que la Revolución de Julio de 1830 le hizo comprender que la penetración social de las ideas y de la fuerza política de los grupos liberales estaban más vivas de lo que el sueño de restauración monárquica y católica había hecho pensar.

Las nuevas congregaciones religiosas necesitaron la aprobación civil para desempeñar su tarea pastoral a través de una escuela, hospital, orfanato..., según las leyes del Estado; y la aprobación de la Iglesia —del Obispo donde residía la casa fundacional y luego de la Santa Sede— para ser reconocidos como verdadera vida religiosa. Para ello necesitaron darse Estatutos civiles y Constituciones canónicas, al mismo tiempo que organizaban su vida interna.

El mismo proceso de institucionalización habrá de recorrer la Compañía de María, ya en vida de su fundador. Recuérdese cómo al inicio de las fundaciones de las Hijas de María y de la Compañía de María, el padre Chaminade era partidario de agruparse en asociaciones religiosas sin reconocimiento de las autoridades civiles, con profesión de votos privados, sin más aprobación que la del arzobispo de Burdeos, sin hábito talar, conservando los religiosos sus propiedades familiares... Pero la necesidad de negociar con las autoridades académicas y municipales la dirección de escuelas, la organización de los rezos comunitarios, el sostenimiento y formación de los novicios, la recepción legal de donaciones y legados... —además de afirmar la condición de verdaderos religiosos con las exigencias morales y canónicas de los votos— fue obligándole a elaborar reglamentos y a negociar con el Estado el reconocimiento legal de la Compañía de María, al menos como asociación religiosa de la Iglesia católica dedicada a la enseñanza primaria. Previo al reconocimiento del Estado, el nuevo Instituto debía contar con la aprobación del obispo en cuya diócesis residiera la casa madre, única autoridad religiosa reconocida por el Concordato. Finalmente, todas las dimensiones de la vida pública y privada de la nueva congregación debían estar recogidas en unas Constituciones aprobadas por la Iglesia.

Las bases del ordenamiento institucional de la Compañía de María se pusieron en los diez primeros años de su vida y su resultado fue la aprobación civil del nuevo Instituto religioso por Ordenanza real del 16 de noviembre de 1825. Pero la aprobación canónica de la Compañía necesitó de un largo proceso de

más de cincuenta años: desde las Constituciones de 1839, obra del padre Chaminade; pasando por la aprobación canónica de la Compañía por la Santa Sede, en 1865, hasta la aprobación definitiva de las Constituciones, en 1891. En este apartado presentamos los pasos legales para la aprobación civil de la Compañía de María por el gobierno francés.

a. *El reconocimiento legal de la Compañía de María*

La pronta dedicación de Chaminade y sus religiosos a las obras escolares de propiedad municipal les obligó a tener que solicitar al Gobierno el reconocimiento legal del Instituto de María, que resultaba imprescindible para recibir los necesarios contratos jurídico-administrativos con las autoridades civiles y los permisos legales de enseñanza de las autoridades académicas; de ahí que fuesen las mismas autoridades civiles las que reclamaban a Chaminade el reconocimiento legal del Instituto en tanto que asociación docente y congregación religiosa. Otro factor para solicitar la legalización era evitar que los jóvenes religiosos fuesen militarizados, según los beneficios de la ley del 10 de marzo de 1818 que eximía del servicio militar a todo aquel que se dedicara a la enseñanza por diez años. Otros pequeños beneficios se esperan obtener de la legalización, tales como la exención de ciertas tasas e impuestos que una Ley de 1824 concedía a las Comunidades y Sociedades religiosas.

El clima favorable al catolicismo durante los reinados de Luis XVIII y Carlos X ayudó al desarrollo de las congregaciones, que entre 1819 y 1829 pudieron afianzar sus posiciones, recibir muchas vocaciones y permitir la renovación de la vida religiosa. El paso para el reconocimiento legal de las congregaciones se dio, en primer lugar, a favor de la mujer consagrada, por los servicios caritativos y docentes que prestaban entre los campesinos y clases pobres. De esta manera, fueron reconocidas por el Estatuto real del 24 de mayo de 1825⁵³.

El Estado posrevolucionario, tanto napoleónico como de la Restauración, miró con sospechas la recomposición de la vida religiosa; si bien, el gobierno monárquico se mostró tolerante para que las congregaciones pudieran ejercer libremente su actividad docente. Pero los liberales temieron que la recuperación de las antiguas Órdenes monásticas y el surgimiento de las nuevas congregaciones resucitaran el fantasma de la «mano muerta»; además de la incompatibilidad ideológica de los votos solemnes con los derechos naturales del hombre a disponer libremente de sus bienes y de su voluntad y a cambiar de estado civil. Pero dada la utilidad pública de las obras escolares dirigidas por las congrega-

⁵³ Bertier DE SAUVIGNY, «La Restauración», en ROGIER y AUBERT, *Nueva Historia de la Iglesia IV*, pp. 293-294 y LANGLOIS, *Le catholicisme au féminin*, pp. 628-629.

ciones, se hizo necesario incorporar al sistema legal estas nuevas instituciones religiosas; para lo cual el gobierno recurrió a la promulgación de dos Ordenanzas reales: la primera, muy restrictiva, el 29 de febrero de 1816 y la segunda, de gran amplitud legal para mujeres, del 24 de mayo de 1825, (aunque anteriormente a 1817, ya se habían autorizado cuatro congregaciones de varones: el 2 de marzo de 1815, las Misiones Extranjeras y el 3 de febrero de 1816 los Lazaristas, los Padres del Espíritu Santo y los Sacerdotes de San Sulpicio⁵⁴.

La primera autorización legal dada a una congregación para ejercer la enseñanza fue dada por la Ordenanza real de 29 de febrero de 1816. Esta Ordenanza permitía la existencia de congregaciones docentes de varones y se fundaba en el Decreto-ley de 17 de marzo de 1808 por el que los Hermanos de las Escuelas Cristianas fueron incorporados a la *Université*. La actual Ordenanza extendía el mismo derecho a todas las asociaciones religiosas o caritativas dedicadas a la enseñanza elemental, permitiéndoles proporcionar maestros a las escuelas municipales a condición de haber sido previamente autorizadas para ejercer la docencia por una ordenanza del gobierno y cuyos reglamentos y métodos hubiesen sido aprobados por la Comisión de Instrucción pública. Seguidamente, las normas concretas de autorización de una congregación fueron fijadas por las Ordenanzas de 1 de mayo de 1822 y 17 de septiembre de 1823. Dichas normas exigían a los profesores obtener el diploma de enseñanza (brevet) firmado por el Rector de la Academia del departamento en donde iban a ejercer su función docente, previa presentación de la carta de obediencia del superior religioso. Las Ordenanzas aceptaban que, con el consentimiento previo del Consejo de Estado, las congregaciones podían recibir legados y donaciones a favor de las escuelas y de la propia asociación. Finalmente, para logra la autorización era necesario consignar los departamentos donde la congregación había recibido permiso para desarrollar su actividad.

Además de la autorización legal para ejercer la enseñanza, las congregaciones procuraron ser reconocidas o aprobadas por el Estado en cuanto que instituciones religiosas, según procedimiento legal que se remontaba a 1809. La congregación debía presentar al Consejo de Estado un informe de la misma junto con los Estatutos. El Consejo de Estado daba un decreto de reconocimiento oficial. Hasta 1825 sólo se aprobaron las congregaciones hospitalarias o caritativas. Después de la Ordenanza de 1825, todas las congregaciones existentes. Durante el II Imperio (a partir de 1852) el reconocimiento se ex-

⁵⁴ SIMLER, *Chaminade*, cap. XXX; DELAS, *Histoire des Constitutions*, pp. 43-48; ver las tres necesidades para la aprobación legal, en cartas de Chaminade: por necesidad de las obras y subvenciones económicas, a Caillet, 26-VII-1825 y a Rothéa, 5-VII-1825; por el servicio militar, a Caillet, 24-V-1825; y por exenciones fiscales, a Caillet, 21-VII-1825, todas en *L Ch*, II, pp. 104 y 75, 51 y 97; Paul NOURRISSON, *Histoire légale des congrégations religieuses en France depuis 1789* (París, 1928), T. I, pp. 119-130.

tendió a toda nueva congregación, con la condición de que estuviera en activo. Desde 1869 sólo eran aprobadas las congregaciones que poseyeran como mínimo rango diocesano: la aprobación era dada a la casa madre y a las sucursales por derivación de aquella; imprecisión jurídica que causó enormes problemas con las leyes laicistas de la Tercera República, porque muchas casas no tenían una aprobación explícita. La ventaja de la aprobación consistía en que la congregación recibía personalidad jurídica que le permitía vender, recibir donativos y legados; esto es, inmuebles y fincas donde erigir escuelas, orfanatos, hospitales y en donde reunir y formar a los novicios y candidatos a la congregación⁵⁵.

La benevolencia interesada de los liberales hacia la vida religiosa femenina se concretó en la ley de autorización de las comunidades religiosas de mujeres de 24 de mayo de 1825. Pronto, las comunidades de varones solicitaron el mismo favor; sólo había que demostrar la utilidad social del apostolado docente de las congregaciones de hermanos. Justamente la dedicación a la enseñanza de los pobres fue la razón para que las congregaciones recibieran su primera identidad legal en virtud de la aprobación de sus estatutos civiles, cuando aún no disponían de estatutos canónicos para su reconocimiento por la Iglesia. De esta forma, las obras escolares obligaron a la Compañía de María a obtener los permisos legales para poder realizar esta tarea social.

Además, el aumento del número de religiosos y de obras y la expectativa de seguir creciendo, urgía al señor Chaminade, ayudado por su secretario Monier, a dar un ordenamiento constitucional y legal al Instituto de María. La Compañía de María se constituyó en el curso 1818-1819 con 8 religiosos (2 de ellos seminaristas) y una casa (la *Pension Stebenet*; de primera y segunda enseñanza, en Burdeos). Al curso siguiente eran 13 religiosos, en octubre de 1820 eran 18 miembros (1 sacerdote) y habían incorporado a las obras una escuela privada en Agen (Lot-et-Garonne), atendida por 4 hermanos. Un año después, hay un hermano más (19 de los que 3 son sacerdotes). La congregación se extiende por el valle del Garona, en torno a la ciudad de Burdeos y en el curso 1822-1823 el personal se eleva a 26 miembros (4 sacerdotes) y las casas ascienden a 5, al recibirse la dirección de la escuela municipal de Villeneuve-sur-Lot; y organizarse la formación inicial con un Noviciado exento en la propiedad de San Lorenzo y una comunidad para la formación de jóvenes profesos en el oratorio de la Magdalena. La joven Compañía continúa su expansión y al curso siguiente, 1823-1824, casi se dobla el personal, con 42 hermanos. En cuanto a las obras, se recibe la dirección de la escuela municipal de Villeneuve-sur-Lot y la Compañía sale por primera vez de la región de Burdeos para extenderse en el Franco

⁵⁵ LANGLOIS, *Le catholicisme au féminin*, pp. 50-51; y ROBLES, *Las Hermanas del Ángel de la guarda*, I, pp. 13, 108, 112 y ss.

Condado con la apertura de un *Pensionat* de primera y segunda enseñanza, con una granja agropecuaria y una escuela Normal de verano, en la finca y mansión de Saint-Remy, en el departamento del Alto Saona.

Al comenzar el curso 1824-1825, sus religiosos se encontraban asentados en dos núcleos geográficos: en el sudoeste, donde poseían en la ciudad de Burdeos la *Pension Auguste* y los noviciados de San Lorenzo y de la Magdalena; en Agen la escuela privada de primera enseñanza; en Villeneuve-sur-Lot atendía la escuela municipal y el padre Collineau dirigía el Colegio municipal. El otro núcleo, al noreste del país, en el Franco Condado, se estaban desarrollando con éxito todas las obras de Saint-Remy: Postulantado, Noviciado, el Internado, la Escuela de magisterio y retiros a maestros y la explotación agrícola; además, se envía una comunidad a Alsacia para dirigía la escuela municipal de Colmar. En total, la Compañía de María contaba con 45 miembros, de los que 4 son sacerdotes⁵⁶.

Con todas estas premisas, Chaminade se decidió a tramitar con el Gobierno de París la autorización docente y el reconocimiento legal del Instituto de María (incluidas las Hijas de María). Requisito previo era contar con unos Estatutos aprobados por el Obispo de la diócesis donde residía la casa-madre.

Uno de los fines de don David Monier para recibir del Ayuntamiento de Villeneuve-sur-Lot la dirección de la escuela municipal fue obtener la legalización de la Compañía de María, pues las autoridades municipales querían confiar sus centros educativos a una congregación religiosa que estuviera reconocida por el Gobierno. Este mismo fin estuvo latente en la búsqueda de ayudas económicas oficiales para el funcionamiento en Saint-Remy de una Escuela de magisterio, pues el ministro del Interior suprimió una subvención de tres mil francos a esta Escuela, aprobada por el Consejo General del Alto Saona, porque el Instituto de María no estaba reconocido por el Estado. Tales requisitos acabaron por desechar los temores del padre Chaminade que se había mostrado reacio a pedir a las autoridades civiles y escolares el reconocimiento de la nueva asociación religiosa por temor al «interés que parecían tener algunos personajes a las peticiones de aprobación que se les hacían; que no era tanto para favorecer a las diversas Instituciones, cuanto para controlarles sus movimientos, someterlas o al menos dirigirlas en lo que pudieran según sus propios puntos de vista. Esto es lo que, como usted sabe, me ha detenido durante tanto tiempo para hacer aprobar la Compañía de María. (Pero ahora) un impulso interior y, también, porque el horizonte político parecía abrirse un poco, por la elevación de Monseñor de Hermópolis al Ministerio de Asuntos Eclesiásticos y de Instrucción Pública, que con algo de reparos hemos, por fin, presentado nuestra

⁵⁶ WELTZ, «Early Personnels of the Society», en Lawrence CADA, *Early Members of the Society of Mary* (Dayton-Ohio, 1999), p. 263.

súplica al Rey»⁵⁷. En efecto, el marco político-legal de la Restauración favorecerá las negociaciones en París para que el Instituto de María sea reconocido por el Estado de la monarquía borbónica. Las circunstancias se tornaron favorables a partir de 1822 en que Monseñor Frayssinous, Primer Capellán Real y Obispo de Hermópolis, fue nombrado Gran Maestre de la *Université* y, sobre todo, cuando en 1824 fue nombrado para dirigir el Ministerio de Asuntos Eclesiásticos e Instrucción Pública.

Antes de estas fechas Chaminade pensaba que no actuando contra las leyes civiles, el Instituto de María no tenía por qué ser molestado por el Estado; y bastaría con que las escuelas de su propiedad o dirigidas por él tuvieran la aprobación civil para poder ejercer su apostolado docente; pero no veía necesario solicitar el reconocimiento legal del nuevo Instituto religioso, en tanto que asociación religiosa, por precauciones políticas. Esto explica que durante las negociaciones con el Ayuntamiento de Villeneuve-sur-Lot, en abril de 1822 encargase a su secretario don David Monier, redactar unos Estatutos de la *Institución de las escuelas gratuitas*, cuya sede se encontraba en Agen y la dirección en Burdeos⁵⁸. Inmediatamente, en 1823, cambiaron las condiciones políticas, que ahora se volvieron muy favorables a las congregaciones de hermanos docentes; Chaminade, percatándose de esta circunstancia, el 10 de julio de 1823 se dirigió a su secretario, señor Monier: «Me parece que en estos momentos debe usted encontrar más facilidad para obtener lo que pedimos. Es una época que puede ser única en su especie, donde el Gobierno ve con agrado todas las instituciones útiles». Don David se apresuró en terminar la redacción de los Estatutos del Instituto de María, compuestos por 49 artículos. Los Estatutos, ajustándose a las condiciones de la Ordenanza de febrero de 1816, definía la nueva Institución como una «Asociación religiosa» y se enumeraban todos los niveles de la enseñanza, primaria, secundaria, de artes y oficios y de Magisterio, que hacían ser al Instituto de María tan «ventajoso a la religión» como «útil y necesario al Estado»⁵⁹. Inmediatamente, Chaminade presentó los *Estatutos* a monseñor d'Aviau. Con fecha del 6 de octubre de 1823, el Arzobispo de Burdeos daba su aprobación para «solicitar de la bondad del Rey la autorización legal y la soberanía (de esta sociedad dedicada) a la enseñanza primaria»⁶⁰.

⁵⁷ Chaminade a Caillet, Burdeos, 26-VII-1825, en *L Ch*, II, p. 102; frente a este criterio, Simler defiende que Chaminade quiso una Compañía de María sin reconocimiento civil tanto cuanto fuera posible, hasta que la necesidad de las obras le obligó a buscar el reconocimiento legal de la asociación religiosa, cfr. SIMLER, *Chaminade*, pp. 543-544.

⁵⁸ Chaminade a Monier, Burdeos, 16-IV-1822, y otra del 12-XI-1822, en *L Ch*, I, p. 321 y 382; más tarde, 4-III-1823, en Idem, I, p. 398.

⁵⁹ Chaminade a Monier, Agen, 10-VI-1823, en *L Ch*, I, p. 433; ZIND, *Les nouvelles congrégations de frères enseignants*, p. 341.

⁶⁰ Carta de aprobación recogida en *L Ch*, I, pp. 487-488.

Los Estatutos presentaban la Compañía de María según las condiciones jurídicas de una *société universelle de biens*, prevista por el Código civil napoleónico. En consecuencia, exponían la recepción de nuevos miembros y su despidido, así como los reglamentos de la nueva asociación y su forma de gobierno; también, aludían a los sacerdotes como encargados de la dirección de las casas; a los maestros al frente de las escuelas municipales; a las escuelas de primera enseñanza y a las de artes; y se exponía el talante pedagógico que preside todas las escuelas. Se debe notar que por la mención expresa de los sacerdotes, como elemento constitutivo de la asociación, Chaminade no pretende disimular el verdadero carácter religioso ni la finalidad misionera de su congregación, que no se reduce a una simple sociedad pedagógica.

El siguiente paso era acudir a París. El 7 de abril de 1825 Chaminade encargó al padre Caillet de pasar por París para negociar en el Ministerio de Instrucción y de Asuntos Eclesiásticos el reconocimiento legal del Instituto de María. En virtud de la Ordenanza del 29 de febrero de 1816 el Gobierno no aprobaba ninguna asociación religiosa masculina que no fuera manifiestamente útil a la sociedad por su dedicación a la enseñanza primaria. Ateniéndose a esta Ordenanza, el 7 de abril de 1825 Chaminade redactaba la súplica al Rey, así como sendas cartas de recomendación, al Ministro de Instrucción Pública y de Asuntos Eclesiásticos, Monseñor Frayssinous, y al duque de Montmorency, antiguo congregante. Chaminade apoyaba su petición al Rey sobre los buenos resultados de las escuelas primarias de Villeneuve y Colmar, en las que se escolarizaban a «más de mil niños de las clases trabajadoras (que) reciben una instrucción suficiente para sus necesidades y, lo que es más importante, eminentemente cristiana. (...) Por todas partes, las Escuelas han producido un bien inmenso. En torno a ellas, los niños, instruidos en sus deberes, vueltos a las mejores costumbres, sometidos por medios persuasivos a una disciplina exacta, ha consolado a las familias, edificado a todos y el cambio más feliz en la moralidad del pueblo ha atraído a las Escuelas la protección de las autoridades civiles y la estima de todas las clases sociales. Los Consejos generales de los Departamentos han votado fondos; los Rectores de las Academias han aprobado los Métodos de enseñanza».

Provisto de estos documentos y de una carta de procuración el padre Caillet viajó a París llevando consigo los 49 artículos de los *Status de la Société de Marie*, aprobados por el Arzobispo de Burdeos⁶¹. Caillet permaneció en París des-

⁶¹ Sobre la tramitación legal de la Compañía, SIMLER, *Chaminade*, 544-553, y SCHELKER, *La Société de Marie en Alsace*, 51-53, donde sigue a ZIND, *Les nouvelles congrégations de frères enseignants*, 341-350; las cartas de Chaminade a Caillet, 7 de abril de 1825 en *L Ch*, II, 7-9 y otra del 14 de mayo en *Idem*, 40-44; al rey Carlos X, a Mns. Frayssinous y al conde de Montmorency del 7-IV-1825 en *Idem*, 9-14; la primera redacción de los *Status de la Société de Marie*, en 49 artículos, en *L Ch*, II, 21-25; con fecha del 20-VIII-1824, Mns. Jacoupy emitió una Ordenanza de aprobación de los 48 artículos de las Constituciones del Instituto de Hijas de María, a fin de solicitar su reconocimiento civil, cfr. ZONTA, *La herencia de Adela*, 33-34; sobre O'Lombel, cfr. *L Ch*, I, 515 (n. 1).

de el mes de abril hasta agosto de 1825. Gracias a la influencia del duque de Montmorency y a la colaboración del representante del padre Chaminade, señor O'Lombel, irlandés de origen, hombre de negocios, muy religioso y simpatizante del partido monárquico, se entrevistó con el ministro de Instrucción y de Cultos, monseñor Frayssinous. El señor Obispo le explicó que los consejeros de Instrucción y del Consejo de Estado, movidos por ideas liberales y galicanas, sólo estaban interesados en promover asociaciones dedicadas a la enseñanza primaria; pero no en promover congregaciones religiosas ni dedicadas a la segunda enseñanza. Por consiguiente, le recomendó eliminar de los Estatutos todos los artículos que no eran esenciales para exponer la dedicación docente de la nueva sociedad religiosa a la enseñanza primaria; y le remitió al padre de La Chapelle, director de la sección de Asuntos Eclesiásticos, dependiente del Ministerio de Instrucción Pública. La Chapelle examinó los Estatutos y dio al padre Caillet un informe en el que manifestaba tres objeciones: 1) movido por un cierto espíritu galicano, le señalaba que no estaba suficientemente afirmada la dependencia de los Hermanos de María del obispo diocesano; 2) el Gobierno sólo estaba interesado en que las congregaciones religiosas se ocuparan de escolarizar a la gran masa de niños en las escuelas primarias, pues la enseñanza media y universitaria estaban celosamente dirigida por la *Université*; y 3) también la referencia a las «Congregaciones de seglares» a promover entre los alumnos debía ser suprimida de los Estatutos, pues no era competencia del Gobierno —e incluso resultaba peligroso— dar el reconocimiento legal a las asociaciones piadosas. Chaminade se aplicó a rehacer la redacción de los Estatutos. Una vez terminada, todo parecía que la tramitación se resolvería con prontitud; pero la estancia en París se prolongó debido a la paralización de la Corte a causa de los actos de consagración de Carlos X en Reims, desde el 29 de mayo, hasta su entrada en París el 6 de junio.

El recorte más importante de los artículos de estos «Estatutos ya tan descarnados», en expresión de Chaminade, provino del Consejo real de Instrucción pública, donde los Estatutos fueron presentados el 5 de julio de 1825. El Consejo mandaba suprimir los artículos referentes a los sacerdotes; no se debe hablar de retiros pedagógicos a los maestros; tampoco, de una casa de formación clerical, pues se teme que detrás de las obras escolares de la Compañía de María se camuflasen Seminarios menores. A continuación, los Estatutos pasaron a ser examinados por el Consejo de Estado. Por el decreto de 2 de enero de 1817 era necesario un acto legislativo expreso para reconocer a un establecimiento religioso capacidad civil. En consecuencia, los Consejeros denegaron a los hermanos de María constituirse en una sociedad universal de bienes. En su lugar, se pedía a la Compañía formar un sociedad de ganancias; es decir, a sus miembros no se les reconocía el derecho a poner en común sus posesiones anteriores a su ingreso, sino solamente los beneficios posteriores a su entrada en la Compañía. Los consejeros sospechan que bajo el título de «Compañía de María», la nueva

asociación religiosa fuera una máscara legal de los Jesuitas, para actuar a través de sus Congregaciones marianas. En consecuencia, el Presidente del Consejo, el barón Cuvier, reenvió el informe al ministro de Asuntos eclesiásticos y de Instrucción pública para que desbaratase esta artimaña. Esta última dificultad causó la indignación del padre Chaminade que reclama el derecho que asiste a todo francés a constituirse en asociación pública y califica de «pueriles» las sospechas de relaciones ocultas con las Congregaciones de los Jesuitas y manda al padre Caillet no dar su consentimiento. En fin, a finales de julio Cuvier recibió al padre Caillet para hacerle una serie de preguntas con la intención de conocer con exactitud la naturaleza y fines de la Compañía de María en cuanto que congregación religiosa, así como su organización y disciplina interna. Chaminade comprende ahora que más que desconfianza el Consejo de Instrucción desconoce lo que es la Compañía de María y admite que desee cerciorarse de la utilidad pública de esta institución religiosa docente⁶².

Finalmente el 3 de agosto de 1825, el Consejo de Estado estudió la última redacción del proyecto de Estatutos y los aprobó con ciertas modificaciones: en el primer artículo mandó suprimir el término «especialmente» al afirmar que «la Compañía de María está dedicada a la enseñanza primaria». En el segundo artículo se afirmaba que «el objeto esencial de sus trabajos es el de extender y conservar en la infancia y en la juventud los principios de la fe católica, de la moral evangélica y de una sincera vinculación a la monarquía». Se admite que el Superior general sea un sacerdote nombrado por la Compañía, lo que implica que la Compañía esta compuesta por sacerdotes y laicos. Respecto a las obras, no se excluyeron las de orientación específicamente religiosa, como eran las Congregaciones marianas de seglares, y respecto a los establecimientos de segunda enseñanza, se acordó no hacer mención de ellos⁶³.

Después de haberse asesorado por algunos abogados amigos, el padre Chaminade se dio por satisfecho al comprobar que el único interés del Estado era el de no dar otra aprobación formal que no fuera nada más que para la enseñanza primaria y cerciorarse de que no se reproducía el modelo de vida religiosa de las antiguas Órdenes monásticas. Además, Chaminade se contentaba de que el reconocimiento de la condición sacerdotal del Superior general aceptaba implícitamente la composición mixta de miembros laicos y miembros sacerdotes. Respecto a los otros grados de la enseñanza media, como no se

⁶² Respuesta indignada de Chaminade en *L Ch*, II, pp. 107-109, Chaminade a Caillet, 8-VIII-1825, con el cuestionario de Cuvier a Caillet, en *L Ch*, II, pp. 117-119.

⁶³ Sobre las sucesivas redacciones de los Estatutos civiles, cartas de Chaminade a Caillet, Burdeos, 2-V-1825, otra del 14-V-1825 y otra del 21-VII-1825; Carta de Chaminade a Caillet, Burdeos, 21-VII-1825, donde se recogen la cuarta y quinta redacción de los Estatutos, en *L Ch*, II, 90-98; otras de Chaminade a Caillet, 11-VIII-1825, en *L Ch*, II, pp. 121-126; redacción definitiva en *L Ch*, II, pp. 29-32.

prohibían expresamente, se entendía que podían seguir siendo practicados y Chaminade no tuvo nada que objetar a los Estatutos definitivos, reducidos a diecinueve artículos.

La Ordenanza real, que daba autorización legal a la Compañía de María «como Asociación caritativa a favor de la Instrucción primaria», fue firmada por Carlos X el 16 de noviembre de 1825 y publicado el siguiente día 18⁶⁴. De esta manera la Compañía de María recibía personalidad jurídica civil que por el artículo 13 de los Estatutos le permitía pasar actas de adquisición y venta, si bien, para la recepción de legados y donaciones estaba restringida a una autorización especial del Gobierno. Aunque la Ordenanza reconocía explícitamente la dedicación de la Compañía a la enseñanza primaria, no se oponía a ninguna de las demás obras escolares, como se vio con la posterior aprobación gubernamental de las Escuelas Normales de Saint-Remy y Courtefontaine, la *Institution* Santa María de Besançon y demás centros elevados a rango de *Institution*. La real Ordenanza reconocía la composición mixta de la Compañía y el Consejo del Superior General. Obligaba a obtener del Obispo diocesano y del Rector de la Academia de cada departamento los permisos para abrir un centro escolar, así como la necesidad de poseer el Brevet de capacitación docente; si bien, este sería dado a cada religioso al mostrar la carta de obediencia entregada por el Superior General. Implícitamente, la Compañía estaba autorizada para extender su acción docente a todo el territorio francés. Con tales condiciones, el padre Chaminade se dio por satisfecho y reconoce que «en su totalidad, se ha llegado a donde Dios ha querido; debemos estar satisfechos y glorificarle sin fin para lo que él se quiera servir de nosotros para las disposiciones que están en sus manos; (...) esta Ordenanza es nuestra Ley. Sólo se podrá juzgar correctamente en su ejecución»⁶⁵. Los Estatutos Civiles proporcionaban a la Compañía de María la suficiente base jurídica para desempeñar su misión evangelizadora por medio de la tarea escolar; por lo que Chaminade entendía que «aunque la Ordenanza real sea bastante insuficiente y nos pone hasta un cierto punto bajo la dependencia del Gobierno e incluso de la *Université*, no puedo verla como desventajosa; al contrario, prefiero verla como un favor que Dios hace a la religión en nuestra desventurada patria; (...). Por otra parte, los Estatutos, por más modificados que hayan quedado, no ofrecen ningún obstáculo a todo cuanto se nos pueda pedir a partir de ahora, sea en el orden civil, sea en el orden eclesiástico»⁶⁶.

⁶⁴ «Statuts de la Société de Marie» (firmados por Chaminade el 26-X-1825 en Burdeos y Ordenanza real de aprobación, en AGMAR: 28.1.1) *L Ch*, II, pp. 161-163; están firmados por el rey Carlos X, por el ministro Secretario de Estado para el Departamento de Asuntos Eclesiásticos y de Instrucción Pública, Obispo de Hermópolis (Frayssinous) y por el Director de Instrucción Pública, conde Courville y registrado el 18-XI-1825 con el n.º 2156.

⁶⁵ Chaminade a O'Lombel, Burdeos, 6-XII-1825, *L Ch*, II, pp. 150-151.

⁶⁶ Chaminade a Monier, Burdeos, 9-I-1826, en *L Ch*, II, p. 165.

Es a partir de estos *Estatutos* aprobados por el Estado cuando aparece el nombre definitivo de *Société de Marie* para designar a la congregación religiosa en la que el padre Guillermo José Chaminade figuraba como «Fundador y Superior actual» (art 17).

A partir de que la Ordenanza real del 16 de noviembre de 1825 aprobara los *Estatutos de la Compañía de María*, ésta iniciará un proceso de institucionalización interna, para someterse a la organización que los artículos de los *Estatutos* señalaban; en especial el n.º 12, que obligaba a constituir el Consejo de administración general compuesto por tres Asistentes. A estos efectos, Chaminade tomó el título de Superior general y constituyó su Consejo con los padres Collineau (director del Colegio municipal de Villeneuve) y Lalanne (director en el Colegio municipal de Gray) y don Augusto Brougnon-Perrière (director de la *Institution* Santa María de Burdeos), con los títulos respectivos de jefes de celo, de instrucción y de trabajo; de esta forma quedó constituido el Consejo General⁶⁷.

La expansión de las obras de la Compañía conllevaba toda suerte de dificultades inherentes al crecimiento institucional. Dificultades financieras, siempre en aumento a medida que los establecimientos se multiplicaban; falta de personal religioso y con suficiente formación; y mayor complejidad en la organización del gobierno de la Compañía. Era lógico que ya desde 1824 se sintieran entre los religiosos voces de prevención, e incluso descontentos que obligarán al fundador a buscar el modo de financiar las obras, formar a los religiosos y a darle a todo el Instituto una mejor organización administrativa y de gobierno⁶⁸.

En el momento del reconocimiento legal, la Compañía de María tenía por Constituciones el *Instituto de María*, con la idea de escribir en su día unas Constituciones definitivas. La primera parte del Instituto de María, donde se recogían el objeto y fines, había sido aprobada provisionalmente por monseñor d'Aviau en agosto de 1818. Además de este ámbito de reconocimiento diocesano, Chaminade había buscado la bendición apostólica de Pío VII para la Congregación mariana, las Hijas de María y el Instituto de María. Así pues, con fecha 11 de enero de 1819 envió a Roma tres súplicas a favor de la Congregación, de las Hijas de María y del Instituto de María, en cuya carta de presentación, monseñor d'Aviau había añadido unas palabras de recomendación⁶⁹. Pío VII respondía con el Breve del 25 de mayo de 1819, *Ad augendam fidelium religio-*

⁶⁷ Chaminade a Monier, Burdeos, 9-I-1826, en *L Ch*, II, pp. 164-165 y correspondencia con Clouzet (director en Saint-Remy) a partir del 14-II-1827, en *Idem*, pp. 262 y ss.

⁶⁸ Sobre la escasa organización de gobierno de la Compañía hay una carta de don Augusto Brougnon-Perrière y del P. Lalanne a Chaminade del 1.º-VIII-1824 y la respuesta de éste, del 3-VIII-1824, en *L Ch*, I, pp. 604-607.

⁶⁹ Chaminade a Pío VII, Burdeos, 18-I-1819, en *L Ch*, I, 197; *Écrits et Paroles*, V, pp. 507-517; seguimos a DELAS, *Histoire des Constitutions*, pp. 43-48; *L'Esprit de Notre Fondation*, II, pp. 401-417.

nem, en el que el Papa consideraba el Instituto de María como una «piadosa asociación», con votos simples, y no como una Orden religiosa con votos solemnes, que Roma no daba.

Los Estatutos civiles era todo el soporte legal de la joven Compañía de María; el Consejo General, por su sesión del 6 de febrero de 1828, decidió revisar los Estatutos y los Reglamentos, a fin de redactar unas Constituciones que fuesen aprobadas por la Santa Sede; y en su primera Circular del siguiente 20 de febrero, el Buen Padre Chaminade anunció este proyecto a todos los religiosos⁷⁰. En esta tarea, el fundador se asoció al padre Lalanne. En 1829, Chaminade hizo un primer esbozo de Constituciones, tanto del Instituto de las Hijas de María cuanto de la Compañía de María, que dio a leer a todos los directores de las casas marianistas; no gustaron al padre Collineau ni a don Augusto Brougnon-Perrière; aquel porque entendía que la dedicación de la Compañía a todas las obras de apostolado no concretaba un obra apostólica específica y éste porque el proyecto de Constituciones tendía a clericalizar la Compañía; los dos no estaban de acuerdo con la concentración docente en la primera enseñanza⁷¹.

Chaminade, entonces, retomó la tarea de redacción de un nuevo boceto de Constituciones y otros Reglamentos sobre el Noviciado y el Maestro de novicios. Pero los acontecimientos revolucionarios de julio de 1830 le obligaron a refugiarse en la comunidad de Agen y este trabajo se paró momentáneamente.

b. Vitalidad espiritual

Un signo de la vitalidad de la joven Compañía de María en estos años fueron las numerosas peticiones que recibió el padre Chaminade provenientes de otras Congregaciones religiosas, para unirse a la Compañía de María y a las Hijas de María. El motivo de estas peticiones era llegar a constituir una suerte de asociación entre las nuevas congregaciones dedicadas a la enseñanza con el fin de ayudarse mutuamente en la formación espiritual de los novicios, buscar apoyo ante las dificultades que experimentaban en la organización y administración interna de las obras y en la orientación espiritual y profesional de los religiosos. Por consiguiente, los fundadores de estas congregaciones recurrían a Chaminade como un medio para reforzar sus Institutos y ofrecer un frente común educativo católico⁷².

⁷⁰ Circular al Instituto, Burdeos, 20-II-1828, *L Ch*, II, pp. 308-309.

⁷¹ Ver la división del proyecto de Constituciones 1829 en DELAS, *Histoire des Constitutions*, p. 46 (n. 44) y el debate suscitado entre los religiosos en *Idem*, pp. 49-52; existen tres copias de estas Constituciones de 1829 en AGMAR: dossier Constitutions, n. 61 (d) y 61 (e) (Constitutions à l'usage du P. Chevaux).

⁷² Zind escribe que: «todos estos intentos demuestran la existencia de un plan de unificación de ámbito nacional», citado por SCHELCKER, *La Société de Marie en Alsace*, 30, n. 29.

La propuesta más fuerte de unión provino del padre Ignacio Mertian, Superior de los Hermanos de la Doctrina Cristiana de Estrasburgo y de las Hijas de la Providencia de Ribeauvillé, Institutos dedicados a la enseñanza de los niños y niñas en las escuelas municipales de Alsacia. En 1821, Mertian concibió la idea de unificar Las Hijas de la Providencia con las Hijas de María y al año siguiente unir las ramas masculinas de ambos Institutos, como paso previo para la creación de una congregación nacional de «Petits Frères». Mertian esperaba que otras congregaciones se les unirían —como la del padre José Fréchal, párroco de Colroy, que había fundado una congregación masculina docente—, hasta formar una única sociedad religiosa docente que tendrían a su cargo la dirección de las escuelas comunales de todas las poblaciones rurales de Francia. El 6 de febrero de 1822 presentó los estatutos al padre Chaminade, que recibiría la dirección general de esta sociedad, se encargaría de formar a los maestros de novicios y superiores de las casas y visitantes y de gestionar las relaciones con los obispos. Pero Chaminade no aceptó porque ve dificultades para una administración común, debido a la diversa intuición espiritual fundacional de cada congregación que generaba diferencias sustanciales en la organización y en la misión de cada Instituto. Así, el ambicioso plan de Mertian no prosperó y las negociaciones con Mertian y Fréchal no llegaron a ningún punto de acuerdo. Finalmente, el obispo de Estrasburgo, príncipe de Croÿ, rompió las negociaciones y decidió que los Hermanos del padre Mertian quedasen en su diócesis.

Mientras tanto, el padre Mertian había comprado la mansión palaciega de Saint-Hippolyte, en los confines entre los departamentos del Alto y Bajo Rin, para trasladar a ella el Noviciado de los Hermanos de la Doctrina Cristiana. Sin embargo, la situación de esta congregación era tan crítica que sólo contaba con una veintena de religiosos. Como último recurso, en la tarde del 11 de enero de 1824 Mertian se entrevistó con don Luis Rothéa —a la sazón director en Colmar— para manifestarle que se encontraba muy fatigado por los permanentes problemas que esta congregación le proporcionaba y que estaban pensando en disolverla o, bien, en entregarla al padre Chaminade. El proyecto de cesión interesó a Chaminade, por el bien que reportaba para los niños tomar a su cargo las escuelas que Mertian dirigía en Alsacia. Entonces, a finales de marzo encargó al padre Caillet esta negociación en la que monseñor Tharin haría de árbitro. Finalmente, el acta de fusión se firmó en Estrasburgo, el 13 julio de 1826. Los firmantes fueron el padre Mertian, Caillet en su condición de mandatario del señor Chaminade, y monseñor Tharin. Mertian cedía a la Compañía de María la propiedad de la mansión de Saint-Hippolyte y la dirección de diez escuelas municipales, con los acuerdos firmados con los Ayuntamientos y autorizaciones del Consejo real de Instrucción Pública. El acuerdo de fusión dejaba los hermanos de la Doctrina Cristiana la libertad de abrazar la nueva regla o retirarse. De los casi cuarenta hermanos, más los novicios, sólo tres se unieron a la Compañía.

ña. El motivo de la defeción se debió a que de los diez establecimientos cedidos por Mertian, sólo se pudieron conservar la mansión de Saint-Hippolyte y la escuela municipal de Ammerschwir. Las otras escuelas fueron recuperadas por sus Ayuntamientos y los antiguos religiosos prefirieron permanecer en ellas como maestros seculares⁷³.

La correspondencia del padre Chaminade con los fundadores de estos otros Institutos que recurren a él y, a veces, con los obispos intermediarios en las diócesis donde se le pide una comunidad, le obligará a definir su proyecto misionero y le servirá para perfilar los rasgos propios de la naciente Compañía de María. En todo caso, la recepción de petición de ayuda de otros fundadores dirigida al padre Chaminade, era síntoma de la vitalidad espiritual y de la salud institucional de la Compañía; pues a los diez años de su fundación, en el curso 1827-1828 la Compañía de María alcanzaba la cifra de 103 religiosos.

LAS OBRAS ESCOLARES

En el curso 1826-27, inmediatamente posterior al reconocimiento legal, la Compañía de María conoció una notable expansión de sus obras y del personal: de 57 religiosos a principios del curso 1825-1826 se pasó a 85 al comienzo del año 1826-1827. Al aumento del personal acompañó el del número de obras, pues los Marianistas fueron llamados por la administración del Orfanato de Santiago, en Besançon (Franco Condado), para ocuparse de la formación escolar de los huérfanos, y en la población de Gray se recibió la dirección del Colegio municipal. En Alsacia se aceptaron las escuelas municipales de Ammerschwir y Saint-Marie-aux-Mines y en Saint-Hippolyte se abrió un *Pensionat* de primera y segunda enseñanza e, incluso, una explotación agrícola en Marast. Y en el sur se aceptó en Moissac la dirección de una escuela libre de primera enseñanza con internado; de tal modo que el número de religiosos se elevó a un total de 103 en el siguiente curso 1827-28, en que se abrió una escuela privada en Lauzerte (Tarn-et-Garonne); se recibió la dirección de la escuela municipal de Orgelet (en el Jura, región de Franco Condado) y en Alsacia la dirección de la escuela municipal de Ribauvillé (Alto Rhin). A los diez años de su fundación, la Compañía había superado la simbólica cifra de cien hermanos y sus 13 establecimientos estaban distribuidos en tres áreas territoriales: en el sudeste, en torno a Burdeos, en el Franco Condado y Alsacia. Sus obras se clasificaban

⁷³ SIMLER, *Chaminade*, pp. 556-567; cartas de Chaminade al P. Mertian, Burdeos, 7-XII-1821, y del 8-VI-1822, en *L Ch*, I, pp. 312-314 y 345-347, y al P. FRÉCHARD, en *Idem*, 347-349; carta de Chaminade al P. Mertian, Burdeos, 9-II-1826; al P. Caillet para encomendarle las negociaciones, Burdeos, 28-III-1826, a Mons. Tharin, Burdeos, 23-VI-1826 y al Vicario de Estrasburgo, P. Liebermann, Colmar, 15-IX-1826, en *L Ch*, II, pp. 169-170. 184-185. 218-220. 229-231; todo el asunto expuesto por SCHELCKER, *La Société de Marie en Alsace*, pp. 33-34.

en 6 escuelas municipales, 3 escuelas privadas, 1 colegio municipal, 1 *Institution*, 2 *Pensionats*, 1 orfanato, 1 Noviciado y 1 Escolasticado. El padre Chaminade y sus religiosos habían sabido aprovechar la coyuntura favorable de la Restauración para consolidar la Compañía de María.

La expansión de la Compañía en el nordeste estaba pidiendo la visita del padre Chaminade a aquellas casas tan apartadas del núcleo inicial de Burdeos. El primer viaje al nordeste lo emprendió el 24 de agosto de 1826, acompañado por el padre Lalanne que fue a tomar la dirección del Colegio de Gray. En su recorrido por las poblaciones de Alsacia se quedó impresionado por el arraigado sentido católico de la vida que poseían sus gentes y por la intensa devoción mariana de este catolicismo. Al mismo tiempo pudo ver las necesidades escolares y el anhelo manifestado por las autoridades civiles, el clero y la población por contar con la presencia de comunidades religiosas al frente de las escuelas municipales y colegios privados. Todos estos factores favorables le convencieron de las posibilidades de la expansión en Alsacia y Franco Condado.

Un rápido repaso por las obras más significativas nos da noción del ambiente político-pedagógico en la Restauración favorable a la expansión de la obra docente de las congregaciones.

a. *Dirección del Colegio municipal de Gray*

Las autoridades de la Restauración, para combatir el influjo de las doctrinas liberales en la enseñanza media y superior, toleraban la incursión de particulares y asociaciones religiosas en estos niveles docentes, además de poner a clérigos o católicos destacados al frente de obras docentes estatales. El padre Collienneau, fue llamado a dirigir el Colegio municipal de Villeneuve-sur-Lot y por el mismo motivo el padre Juan Bautista Lalanne será pedido por el Ministro de Instrucción Pública, monseñor Frayssinous, para dirigir el Colegio municipal de Gray (Franco Condado). El 4 de agosto de 1826, el padre Lalanne fue designado oficialmente director provisional del Colegio de Gray; puesto que ostentó a partir del curso 1826-27, en compañía de don Antonio Marres y del novicio Sebastián Mülhaupt⁷⁴.

Sabemos por una carta de Chaminade al padre Maimbour, de junio de 1822, en un caso similar de petición de director para el Colegio de Colmar, que Chaminade aceptaría si la Administración docente (*Université*) correría con todo el sostenimiento económico del centro, concedía al director el diploma docente y

⁷⁴ SIMLER, *Chaminade*, pp. 583-585; HUMBERTCLAUDE, *Un éducateur chrétien*, cap. V; la designación del 4-VIII-1826 en AGMAR: 13.4.54; sobre su estancia en Gray, AGMAR: 13.2.59-62 y en 131.2.1-9.

siempre que otorgara «¡libertad y plena libertad!» de acción para el director marianista⁷⁵. Estas fueron las condiciones acordadas con el Ayuntamiento de Gray y sólo así el padre Lalanne aceptó la dirección. Las autoridades académicas de Besançon y las municipales de Gray le recibieron con deferencia y el genio expansivo de Lalanne se ganó la simpatía de sus alumnos y de toda la población.

El Colegio contaba unos sesenta alumnos, la mayoría de la ciudad y algunos de fuera que vivían en pensiones o acogidos por familias, causa de innumerables problemas de indisciplina y deficiente rendimiento escolar. Lalanne comenzó por suprimir el hospedaje de los alumnos en casas particulares; impuso un internado en el Colegio y elaboró un reglamento disciplinario aprobado por el Consejo municipal. Gracias a las subvenciones abiertas entre la población y, no sin dificultades legales y políticas, el Ayuntamiento votó créditos para emprender las obras de mejoras. Lalanne obtuvo el derecho a nombrar a sus propios colaboradores y, así, renovó el claustro. Creó la octava y séptima clase, anteriores a la enseñanza media; instauró el departamento de filosofía e instituyó un titular para cada clase de latinidad. Además, introdujo las materias de geografía, historia, matemáticas y las ciencias naturales. A los alumnos les impuso un estricto reglamento horario, las horas de recreo estaban vigiladas y los días festivos del jueves y domingo era obligatoria la asistencia a los actos religiosos y escolares. Con estas medidas, Lalanne mantuvo a los alumnos el mayor tiempo posible vigilados en el colegio por sus profesores y pronto la disciplina y el rendimiento académico reinaron en la casa.

Lalanne implantó las notas diarias y mensuales leídas por el director y entregadas a los padres, Academia literaria, actos festivos académicos con asistencia de las autoridades civiles y de los padres de los alumnos, cuadros de honor, premios de buena escritura, buena presentación de los trabajos, buenos modales... Los resultados se reflejaron en el inmediato crecimiento matrículas, hasta 120 alumnos al año siguiente de tomar su dirección. El Colegio se transformó en una institución floreciente y renombrada. Pero Lalanne manifestaba sus reparos ante su permanencia en este cargo, pues difícilmente la *Université* entregaría el Colegio a la Compañía de María, como hubiese sido su deseo. La mayor dificultad surgió en 1828: el 16 de junio, Carlos X firmaba una Ordenanza contra los Jesuitas y las Congregaciones marianas y monseñor Frayssinous era relevado al frente del Ministerio de Instrucción; en esta tesitura política, Lalanne perdía a su principal valedor ante las autoridades académicas. Entonces, presentó su dimisión en 1829 y el Consejo general de la Compañía retiró al padre Lalanne de su cargo, abandonando la dirección del Colegio municipal de Gray al terminar el curso 1829-1830⁷⁶.

⁷⁵ Chaminade a Maimbourg, Burdeos, 18-VI-1822, en *L Ch*, I, p. 350.

⁷⁶ Sobre la retirada de Gray, cartas de Chaminade a Lalanne, VI-1828; 22-XII-1828, en *L Ch*, II, pp. 328-329. 337-341.

b. *El Orfanato de Besançon y la enseñanza profesional*

Se debe a Napoleón la creación de escuelas de artes y oficios; pero en la mayoría de las ocasiones, las fundaciones de escuelas profesionales provienen de la iniciativa privada de empresarios, sociedades filantrópicas, sociedades de obreros y de congregaciones religiosas, con la finalidad de formar jefes de taller y buenos obreros. La legislación de esta clase especial de enseñanza en el nivel primario no tendrá lugar hasta la década de los años cuarenta⁷⁷.

Fue a partir de 1840 cuando se extendió por toda la Iglesia francesa una fuerte sensibilidad social. Si bien esta corriente no puso en tela de juicio las desigualdades sociales y sus causas estructurales, al menos tuvo la virtud de movilizar al sector dirigente del laicado para atenuar las consecuencias de la pobreza, mediante la fundación de numerosas obras sociales y patronatos. Una de las iniciativas más representativas fue la apertura de orfanatos, con el objetivo de socorrer a la multitud de niños abandonados en deplorable estado de miseria, muchos de ellos caídos en la delincuencia. El ideario pedagógico de estos centros buscaba inculcarles el amor al trabajo, la elevación moral y la instrucción profesional, cultivar el espíritu de familia y la solidaridad mutua. Se quería hacer de estos jóvenes hombres responsables, que aprendieran a obedecer para ser ciudadanos honrados.

También este campo de la educación social atrajo el interés del señor Chaminade y sus discípulos. Así, cuando se compró la finca y la mansión de Saint-Remy el padre Chaminade pensó en instalar una escuela profesional destinada a la enseñanza de los trabajos agrícolas, al lado de la Normal, capaz de preparar, a profesores para las *escuelas conjuntas*⁷⁸. Entonces se erigió una escuela profesional de agricultura. La granja-escuela fue enriquecida con numerosos talleres y fue un centro de investigación y desarrollo agrícola para la región hasta la expulsión de la Compañía de María de Francia en 1903. El éxito de estas escuelas conjuntas sobrepasó todas las esperanzas y en 1825 Chaminade redactó un primer estatuto, que sometió a la aprobación del Gobierno⁷⁹.

Un esbozo de escuelas de artes y oficios se pudo ofrecer en el *Orfanato de Santiago de Besançon*, en el que se pensó que la mejor enseñanza para los huérfanos allí acogidos sería el aprendizaje de un oficio con el que ganarse la vida. El Orfanato era un antiguo hospicio, creado en 1685 e incorporado en 1703 al Hospital de Santiago de Besançon. El Hospital estaba bajo la dirección de las Hermanas Hospitalarias, que confiaban la instrucción escolar de los huérfanos a

⁷⁷ LÉON, «De la Revolución Francesa a los inicios de la Tercera República», en SNYDERS, LÉON y VIAL, *Historia de la Pedagogía*, II, pp. 99-103.

⁷⁸ Ver el plan en carta de Chaminade a Monier, Agen, 10-VI-1823 y otra en Burdeos, 23 y 25-IV-1823, en *L Ch*, I, pp. 433 y 415 respectivamente.

⁷⁹ Recogido en el *EF*, III, pp. 27-28.

maestros seglares. Los métodos represivos de éstos para atajar la indisciplina de los muchachos había llevado el establecimiento a un inmenso desorden. Así es que la Superiora del Hospital, tuvo la idea de recurrir a los hermanos de Saint-Remy de los que era notoria su dedicación a la enseñanza y su fervor religioso. Chaminade entrevió la ocasión para poner en práctica su ideal de escuelas de oficios para la educación y evangelización de los niños abandonados a todo tipo de degradaciones morales y aceptó la dirección del Orfanato⁸⁰.

En octubre de 1826 fueron enviados dos religiosos a Besançon para tomar en sus manos el Orfanato, donde se mantenía en condiciones materiales y morales degradantes a los niños, tratados como presidiarios por los cuidadores seglares que no sabían hacer de otra manera para corregirles sus insubordinaciones, peleas, robos, blasfemias, palabrotas y actos deshonestos. Don Juan Nicolás Troffer, director, y don Agustín Perrigüey estaban bajo la dirección de la Superiora, que poseía toda la autoridad sobre el Hospital y Orfanato. Esta situación legal y académica exigía mucho tacto por ambas partes. Los inicios fueron descorazonadores y estuvieron a punto de abandonar. Pero, gracias a un comportamiento bondadoso y apelando a los sentimientos cristianos, al deber y al honor, los religiosos se ganaron a los niños, muchos de ellos delincuentes. Se pensó que la mejor educación que se les podía dar era proporcionarles un oficio para que pudiesen vivir de su trabajo. Se establecieron entonces diversos talleres de zapatería, carpintería, sombrerería y sastrería. Desde 1840, a consecuencia de un incendio que devoró parte del Hospital reduciendo a cenizas las habitaciones de los hospicianos, el Orfanato fue transferido a Ecole, cerca de Besançon, en un edificio perteneciente a las Misioneras de Beaupré. En este inmueble permaneció el Orfanato transformado en escuela de agricultura, con los religiosos marianistas encargados de la dirección académica hasta 1898⁸¹.

También en este punto la revolución liberal de 1830 cortó el plan de implantación de clases o escuelas de oficios, adjuntas a las escuelas de primera enseñanza. No obstante, también este tipo de enseñanza pasó a formar parte de la acción cristianizadora de los Marianistas y por ello fue reconocida en las Constituciones de 1839, en el artículo 254 entre las escuelas primarias gratuitas, primarias preparatorias, especiales, normales y escuelas de artes y oficios.

c. *La mansión de Saint-Hippolyte y las escuelas de Ammerschwihr, Moissac y Lauzerte*

La antigua mansión de caza de Saint-Hippolyte, perteneciente a los duques de Lorena, estaba ubicada en los confines entre los departamentos del Alto y

⁸⁰ Chaminade a Clouzet, Burdeos, 6-XI-1826, *L Ch*, II, pp. 237-238.

⁸¹ Sobre el Orfanato de Saint-Jacques, ver, *L'Apôtre de Marie*, 223 (marzo 1930), pp. 375-380.

Bajo Rin. Comprada por el padre Ignacio Mertian para Noviciado de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, en 1826 vino a ser propiedad de la Compañía de María a consecuencia de la fusión de aquella congregación con la del padre Chaminade. Pero ante la negativa de los Hermanos de unirse a la Compañía de María, ésta sólo retuvo la escuela municipal de Ammerschwhir (1826) y en 1827 recuperó la dirección de Ribeauvillé. El 13 de julio de 1826, en Estrasburgo, se firmó el acto de cesión entre el padre Ignacio Mertian y el padre Jorge Caillet y la Ordenanza real de 15 de julio de 1829 sancionó la donación del padre Mertian a la Compañía de María. Con estas propiedades se abrían grandes posibilidades de expansión para la Compañía en Alsacia, donde no había congregaciones docentes masculinas. En el nuevo curso 1826-1827 la escuela de Ammerschwhir contaba con una comunidad de tres religiosos marianistas y un postulante, de los que era superior don José Enderlin, antiguo Hermano de las Doctrina Cristianas.

También Saint-Hippolyte se abrió en el curso 1826-1827 como *Pensionnat* de primaria y secundaria, con dos clases de Francés y después una de Latín; pues en la intención del padre Chaminade, Saint-Hippolyte era esencialmente una «Escuela normal interna de enseñanza primaria»; es decir, una casa de formación para los candidatos a la vida religiosa marianista. La casa estaba asistida por una comunidad de cuatro religiosos dirigidos por don Luis Rothéa, con el padre Juan Bautista Romain de capellán. Al comenzar el curso 1829-1830, el padre Chaminade confió la dirección al padre Carlos Rothéa, que era un buen formador de religiosos, pero un pésimo administrador, por lo que dejó la dirección en 1843⁸².

El 20 de julio de 1826 Chaminade dejaba Burdeos para cursar visita a las casas de los religiosos y de las religiosas en el sudeste. El 26 de julio se detuvo en Moissac donde se entrevistó con el arcipreste de la iglesia de San Pedro, padre Imbert. El padre Imbert era un viejo conocido de su exilio en Zaragoza y ofrecía su propia casa para establecer una escuela privada de primaria. La escuela se abrió el 2 de noviembre de 1826, y estuvo dirigida por cuatro religiosos al frente de los cuales se encontraba don Pedro Olive⁸³. A esta escuela siguió otra similar en el pueblecito de Lauzerte, cerca de Moissac. Ambas poblaciones pertenecían a la diócesis de Montauban, cuya sede pastoreaba monseñor Luis Dubourg, bordelés, amigo personal de Chaminade y gran admirador de la Congre-

⁸² Sobre Ammerschwhir, cfr. SIMLER, *Chaminade*, pp. 566-567. 581; *L Ch*, II, pp. 229-230; personal de Saint-Hippolyte, en WELTZ, «Early Personnels», en CADA, *Early Members*, p. 268; obediencia al padre Romain del 28-X-1826 en *L Ch*, II, p. 236; sobre ambas, en SCHELKER, *La Société de Marie en Alsace*, p. 45.

⁸³ En *L Ch*, II, 229; diploma de filiación del padre Imbert, 7-XI-1826, en *L Ch*, II, pp. 240-241; La Ordenanza real de 8-III-1829 autorizaba la donación del padre Imbert a la Compañía de María; personal en WELTZ, «Early Personnels» en CADA, *Early Members*, p. 267.

gación de María Inmaculada. También la escuela de Lauzerte abrió sus aulas en el curso 1827-1828 con una comunidad formada por los dos religiosos don Pedro Mazières y don Pedro Olive⁸⁴.

Durante el segundo viaje del padre Chaminade a las casas del Norte se abrieron las escuelas municipales en los pueblos de Orgelet (Franco Condado) y, Ribeauvillé y Saint-Marie-aux-Mines (Alsacia). En estas regiones, donde nacía una incipiente actividad industrial, había un gran interés por la alfabetización de las clases trabajadoras; pero el fuerte sentimiento religioso de la población favoreció que los Ayuntamientos encomendaran a congregaciones religiosas las escuelas municipales. En el curso 1826-1827 la Compañía fue llamada para dirigir las escuelas municipales de Orgelet, Ribeauvillé y Sainte-Marie-aux-Mines. La oferta de Sainte-Marie-aux-Mines procedía del párroco, padre Bader, quien tuvo la idea de unir las escuelas católicas de las dos parroquias de la villa y ofrecérselas a los Hermanos de la Doctrina Cristiana. Cuando esta congregación desapareció se dirigió a la Compañía de María. En carta del 15 de septiembre de 1825 al padre Caillet, residente en Saint-Remy, el padre Chaminade daba su aprobación a la recepción de la escuela católica de Sainte-Marie. Al comenzar el curso en 1826, tres hermanos recibieron a los niños en un ambiente muy adverso debido a que la población era muy contraria a la enseñanza de los hermanos docentes. También en Ribeauvillé hubo dificultades al principio, debido al mal ambiente que los Hermanos de la Doctrina Cristiana habían dejado entre el clero y la población. Previendo la desaparición de esta congregación, en 1826 la corporación municipal solicitó a los Marianistas tomar la dirección de la escuela municipal. La Compañía de María recibió la dirección de la escuela en 1827.

En cuanto al establecimiento de Colmar era una escuela de primaria municipal en constante expansión desde que en 1824 la Compañía de María se hiciera cargo de ella. Dirigida por don Luis Rothéa, poseía una numerosa comunidad religiosa de una decena de miembros. Tras la visita del padre Chaminade en el verano de 1827 se tuvo que añadir una escuela especial, que fue a la vez una escuela de primaria superior y una escuela conjunta de oficios industriales para los jóvenes que terminaban sus estudios primarios, pues la incipiente industrialización de la región comenzaba a necesitar mano de obra especializada. Colmar vino a ser uno de los semilleros vocacionales más fecundos de la Compañía⁸⁵.

⁸⁴ Chaminade a Clouzet, Burdeos, 7-V-1827, en *L Ch*, II, 277 (n.1); personal en WELTZ, en CADA, *Early Members*, p. 270; sobre la amistad de Mons. Dubourg con Chaminade, cfr. *L Ch*, III, p. 263 (n. 1).

⁸⁵ SIMLER, *Chaminade*, pp. 581-582; para Sainte Marie-aux-Mines y Ribeauvillé, cfr. SCHELKER, *La Société de Marie en Alsace*, pp. 45-46.

d. *Un proyecto paradigmático: las Escuelas Normales*

Una de las obras educativas más significativas del proyecto misionero del padre Chaminade fueron las Escuelas Normales. La primera de ellas se creó en la finca de Saint-Remy y a ésta siguió un segundo centro en Courtefontaine. En este campo se ha de considerar a Chaminade como un pionero, pues en aquel momento en Francia las Escuelas normales se encontraban todavía en sus inicios⁸⁶.

La Convención había votado en 1794 la creación de Escuelas normales; pero el proyecto, retomado por Napoleón en 1808 y por Luis XVIII en 1815, en tiempo de los primeros marianistas no había logrado nada más que la implantación de las Normales de Estrasburgo, en 1810, y de Heldefange (cercano a Metz) y Bar-le-Duc, ambas en 1820. Estos centros, captados por un profesorado liberal, se habían convertido en focos de difusión del liberalismo; razón por la cual no gozaban de las simpatías de los Gobiernos de la Restauración, que no los promovieron. En cuanto a la capacitación docente, la Real Ordenanza del 29 de febrero de 1816 no exigía de los maestros más que «saber suficientemente leer y contar para dar clase»; y muchos no alcanzaban este nivel; malpagados por los Ayuntamientos, muchos arrastraban una vida impropia de su tarea; tampoco existía un método ni un programa académico común en las escuelas públicas. Por todas partes se fustigaba la ignorancia de los maestros, de ahí que surgieran voces que pedían reagruparlos por departamentos para reeducarlos en los nuevos métodos y programas y hacerles pasar un examen de acreditación docente. Generalmente, las escuelas protestantes estaban mejor cuidadas que las católicas, con un maestro mejor retribuido y mejor instruido⁸⁷.

Ante esta situación, el padre Chaminade creyó firmemente que le había sido inspirado por Dios un proyecto pedagógico-evangelizador para la juventud francesa, a través de la mejora académica de los maestros de primera enseñanza; tal como se expresaba la conde Alexis de Noailles, por carta del 14 de mayo de 1830, en la que manifestaba, «Dios se dignó inspirarme, hace ya muchos años, el deseo de trabajar en el sostenimiento de la religión en nuestro desgraciado país. Para hacerlo más eficazmente, pedí las Cartas de Misionero apostólico (...). El primer medio para cumplir mi misión fue la institución o establecimiento de la Congregación (mariana). Uno de los segundos medios que Dios se ha dignado inspirarme es el establecimiento de las Escuelas Normales. Si hu-

⁸⁶ SIMLER, *Chaminade*, pp. 516-534; *EF*, III, 34-46. pp. 74-77; LEBON, «les débuts des Ecoles normales», en *L'Apôtre de Marie*, p. 163 (VIII-IX, 1924), pp. 137-144; HOFFER, *Pédagogie marianiste*, pp. 77-83; LACKNER, *Chaminade. His Apostolic Intente...*, pp. 28-30, 39-40.

⁸⁷ Según informe del abogado Bardenet (primo del misionero) del 20-VIII-1824 al Consejo General del Alto Saona, en nombre del Comité departamental de Instrucción primaria, resumido por COMPAYRÉ, *Histoire de la pédagogie*, cfr. SIMLER, *Chaminade*, pp. 518-519.

biese una por Departamento, o al menos bajo la competencia de cada Academia de la *Université*, gobernadas según el plan que tracé, podríamos renovar a las nuevas generaciones que se están formando y que pronto reemplazarán a la generación actual»⁸⁸. Chaminade pensaba que si no se podía llegar a todos los niños ni a todas las escuelas, sí se podía mejorar la formación pedagógica y cristiana de los maestros para que éstos transmitieran a sus alumnos ciencia y fe. Este ambicioso plan explica sus denodados esfuerzos para convencer a las autoridades civiles y a los obispos y vicarios para establecer estas escuelas de profesorado en los departamentos o en las diócesis.

Ya con anterioridad al proyecto de Chaminade, era práctica que los misioneros en las misiones diocesanas ofrecieran jornadas de retiros a los maestros rurales. Pero faltaban charlas de formación pedagógica, motivo por el que el padre Bardenet atrajo al padre Chaminade a la compra de Saint-Remy, donde se organizaron cursos de verano para maestros. Las autoridades civiles y universitarias del Franco Condado se mostraron interesadas por esta iniciativa y por una circular del Inspector de la *Université* de Besançon, fechada el 31 de marzo de 1824, convocaba en Saint-Remy a dos profesores por cantón para un curso de pedagogía del 27 de abril al 11 de mayo⁸⁹. El 7 de abril el padre Chaminade escribía al padre Caillet, reconociendo que «la formación de maestros es uno de los medios más sencillos, más directos y más eficaces de cooperar a la regeneración de Francia, tan pervertida en sus principios y costumbres». Así fue como el 27 de abril de 1824 se reunieron en Saint Remy cincuenta y cinco profesores, aprovechando las vacaciones de Pascua para recibir el primer cursillo para maestros. Profesores seculares, en convivencia con los marianistas, recibieron conferencias educativas y ejercicios prácticos realizadas por los padres Rothéa y Caillet y por don Domingo Clouzet y don Bernardo Gaussens.

En aquella misma Circular del Inspector del distrito universitario se anunciaba un curso de pedagogía de tres meses de verano al cual debía enviar cada distrito al alumno de más méritos. Con ayuda del Gobierno, el 4 de junio de 1824 se inauguró la Escuela Normal, con veinte alumnos, gran parte de ellos becados por el departamento de Doubs, y puestos bajo la dirección de don Bernardo Gaussens⁹⁰. El éxito de este retiro pedagógico fue tan sonado que los departamentos de Doubs y del Alto Saona votaron créditos a favor de la Escuela y

⁸⁸ El conde Alexis de Noailles (1771-1847), hijo del vizconde Luis de Noailles, fue uno de los primeros y más preeminentes miembros de la Congregación mariana de los Jesuitas en París, a través de la cual actuó en 1809 contra Napoleón para introducir en Francia la bula *Quum memoranda*; entre Noailles y Chaminade se estableció una profunda amistad; elegido diputado durante la Restauración, en 1815, puso su gran influencia al servicio de la Iglesia; trabajó de acuerdo con Chaminade para promover las Escuelas normales en los departamentos del centro, pero la Revolución de 1830 echó por tierra todo este proyecto; cfr. *L Ch*, I, pp. 82-83 y *Idem*, II, pp. 474-478.

⁸⁹ Circular en, SIMLER, *Chaminade*, p. 522 (n. 1).

⁹⁰ Este programa fue publicado en *L'Apôtre de Marie* (agosto-septiembre 1924), pp. 142 s.

de las jornadas pedagógicas en Saint-Remy que siguieron siendo convocadas anualmente. Gracias a las subvenciones oficiales, sostenidas por el entusiasmo del nuevo Rector, padre Calmels, en el verano siguiente de 1825 se matricularon a sesenta alumnos y en los retiros pedagógicos a unos doscientos maestros de escuela. Por este medio, la propiedad de Saint-Remy vino a convertirse en un foco de evangelización en la región del nordeste.

El padre Chaminade no dudaba de que el Gobierno entregaría las Normales a las congregaciones religiosas docentes. Desde 1825 intentaba llevar a la práctica el ambicioso proyecto de abrir en París una Escuela de magisterio. Con este propósito encomendó a su agente O'Lombel la adquisición del palacio Riche-lieu para establecer en él un centro donde formar maestros de escuela primaria venidos de toda Francia. Pero los doscientos mil francos que importaban la compra del palacio impidió la consecución de este plan⁹¹. Tampoco prosperó el intento ante el Arzobispo de Estrasburgo, monseñor Tharin, y el Rector de la Academia de Estrasburgo, para que el Gobierno confiara a la Compañía la Escuela Normal oficial del departamento que estaba en grave decadencia⁹². No obstante estos contratiempos, el sueño de dirigir una Escuela Normal iba a hacerse realidad, cerca de Saint-Remy, en la localidad de Courtefontaine, perteneciente a la diócesis de Saint-Claude, cuya sede ocupaba monseñor de Chamon. El prelado recurrió al padre Chaminade para que durante su viaje al norte en el próximo verano de 1827 se acercara a conocer el puesto. La Escuela Normal fue aceptada y aprobada por ordenanza del 23 de junio de 1829 y abierta en el mes de noviembre. Las autoridades departamentales la acogieron con agrado y los dos religiosos allí enviados, don Pedro Galliot y don Bernardo Gaussens, establecieron el modelo formativo de Saint-Remy con los cursos y los retiros para maestros.

Estos éxitos enardecieron el entusiasmo de Chaminade que con la llegada del católico Polignac al Ministerio de Instrucción pública y tras las circulares y ordenanzas de 19 de diciembre de 1829 y de 20 de febrero de 1830, llegó a creer que era llegada la hora de la regeneración cristiana de la juventud francesa. «He aquí mi razonamiento —escribía al padre Lalanne con fecha 15 de febrero de 1830—. La clase del pueblo constituye más de las tres cuartas partes de la población de Francia; por consiguiente, el medio capaz de dar a toda la nueva generación naciente una verdadera educación, cambiará en su mayor parte el espíritu y las costumbres de Francia. Y aquí, las Escuelas normales, tal como las entiende la Compañía de María, reforman a los maestros veteranos y forman a los nuevos, con toda propiedad para dar a todos esta educación que los niños conservan para toda su vida».

⁹¹ Ver carta de Chaminade a Caillet, Burdeos 10-VII-1825, en *L Ch*, II, pp. 80-84.

⁹² Carta al P. Caillet, Burdeos, 19-V-1825, en *L Ch*, II, p. 48.

Así pues, Chaminade, en colaboración con el padre Lalanne, puesto al frente de la obra educativa de Saint-Remy desde septiembre de 1829, aplicó sus energías a la elaboración de un programa completo de estudios pedagógicos de tres años, en el que, además de las materias tradicionales, los maestros supieran un poco de todo, incluso contabilidad y derecho, mecánica y agricultura. Apremió al padre Lalanne a redactar una memoria, que bajo el título de *Aperçu sur les Ecoles normales de la Société de Marie* estaba destinada a ser presentada al Ministro de Instrucción Pública y prospectos para los Obispos, con la intención de convencerles a que hubiese en cada distrito universitario y en cada departamento, una de estas Escuelas. A mediados de enero de 1830 el padre Chaminade envió a Lalanne a París para presentar ante los Ministerios de Asuntos Eclesiásticos y de Instrucción los métodos docentes y los servicios pedagógicos de la Compañía de María⁹³. En este año 1830 son numerosas las cartas entre Chaminade y Lalanne para perfilar un programa de estudios. Chaminade manifiesta su intención recristianizadora a través de la acción educativa de maestros cristianos. Su atención se centra en la formación religiosa de los maestros, en los que «la religión debe ser la materia más importante de la enseñanza dada en las Escuelas Normales, aun cuando no hay que descuidar las demás partes de la enseñanza», porque «¿de qué servirían todos nuestros trabajos (...) para establecer Escuelas Normales (...) si realmente estos maestros no están suficientemente instruidos en la religión, y si estando bien instruidos no la aman y no la practica?»⁹⁴.

El 14 de febrero de 1830 una Real Orden del Gobierno manifestaba la intención de crear Escuelas Normales en todos los distritos universitarios. Inmediatamente, Chaminade recibió propuestas de aperturas por parte del Obispo de Nancy, el Cardenal arzobispo de Toulouse y del conde Alexis de Noailles, que le suplicaba su concurso para encargarse de organizar las Escuelas normales en los departamentos de Lot, Dordoña y Cantal⁹⁵. El Conde mismo vino a Burdeos a entrevistarse con Chaminade; puso a su disposición todos los recursos materiales necesarios y todas sus influencias políticas en el Ministerio y en las Cámaras de diputados. Chaminade envió al señor Gaussens a inspeccionar las Normales ofrecidas y preparar todo para su pronta ejecución. La hora era propicia para combatir la difusión de la indiferencia religiosa, cuando la revolución del 29 de julio de 1830 sentó en el trono al monarca pro liberal Luis Felipe de Orleans, desbaratando de un sólo golpe este magnífico plan. Entonces, los libe-

⁹³ Carta a Lalanne, Burdeos, 15-I-1830, *L Ch*, II, pp. 409-410 y Agen, 24-VII-1830, *Idem*, II, pp. 496-501; carta al P. Lalanne, Burdeos, 15-II-1830, en *L Ch*, II, p. 420; La Memoria del P. Lalanne está reproducida en *EF*, III, pp. 80-84; sobre los esfuerzos de Chaminade y Lalanne para extender las Escuelas normales, *EF*, III, pp. 40-43, y HUMBERTCLAUDE, *Un éducateur chrétien*, cap. VII.

⁹⁴ Dos cartas de Chaminade a Lalanne, Burdeos, del 15 y del 2-II-1830, en *L Ch*, II, pp. 420 y 424.

⁹⁵ SIMLER, *Chaminade*, 594-595 y carta de Noailles a Chaminade del 5-V-1830 y respuesta de Chaminade del 14-V-1830, en *L Ch*, II, pp. 474-478.

rales en el Gobierno retiraron todo subsidio a las escuelas religiosas. La Escuela Normal de Courfontaine tuvo que cerrar en 1831 y la de Saint-Remy tuvo su último curso en 1832. El esfuerzo del ministro de Instrucción Pública, señor Guizot, para organizar un sistema completo de Escuelas Normales estatales (creó 47 en 1833, que serán 74 en 1837), asestó el golpe final a las esperanzas de Chaminade y sus religiosos⁹⁶.

Si bien el proyecto de las Escuelas Normales no sobrevivió a los acontecimientos de la Revolución de Julio, años más tarde, en el artículo 254 de las Constituciones de 1839 se seguía manteniendo entre las obras principales de la Compañía las Escuelas Normales.

e. *Organización y gobierno de las casas del Norte*

Algunos frutos se pudieron recoger de todas aquellas negociaciones con políticos y prelados para extender la acción educativa marianista; así, gracias a la amistad con el conde de Noailles fue posible la apertura de la escuela privada de Noailles, en el curso 1830-1831, en el departamento de la Corrèze⁹⁷. El señor Conde y el cura párroco del pueblo sólo deseaban un religioso para hacerse cargo de una escuela de primera enseñanza. El 28 de octubre de 1830 el padre Chaminade envió a don Juan Olivier.

Chaminade, retenido en Burdeos por sus obligaciones administrativas, se hacía representar en el gobierno de las casas del norte y este de Francia por el padre Caillet; éste seguía todos los asuntos, tanto de vida religiosa como colegial y las relaciones con las autoridades académicas, civiles y con el clero local. Un factor importante que demandaba una mejor organización administrativa de las casas del nordeste era el enorme desarrollo de todas las obras que la Compañía había iniciado en Saint-Remy, en donde don Doningo Clouzet era superior y administrador de una comunidad de 24 religiosos. Aquel complejo marianista estaba compuesto por el Postulantado, Noviciado, Escuela de magisterio y jornadas de retiros pedagógico-religiosos para maestros, el internado de primera y segunda enseñanza y toda la explotación agrícola de la finca. El deseo de que la finca produjera los máximos rendimientos agrícolas condujo a equiparla con doce yuntas de bueyes, una granja, un centro de experimentación agrícola y de aprendizaje con talleres de aperos de labranza y de transformación de productos agrícolas que hicieron de Saint-Remy una escuela práctica de agricultura y de artes y oficios. En ella aprendían un oficio muchos niños de los pueblos vecinos. También jóvenes candidatos a la Compañía de María seguían su formación

⁹⁶ SIMLER, *Chaminade*, p. 595.

⁹⁷ Chaminade a D. Pedro Olive (director de Orgelet), Burdeos, 24-IX-1830 y «obediencia» a D. Juan Olivier, desde Saint-Remy, 28-X-1830, en *L Ch*, II, pp. 516-517. 527.

inicial en este establecimiento; bien con los alumnos de la escuela secundaria, bien en la Escuela de magisterio, bien aprendiendo uno de los oficios que se practicaban en la finca. Así pues, muchos religiosos destinados al trabajo de obreros eran enviados a esta casa para aprender un oficio.

Vista, entonces, la dificultad de gobernar aquellas casas desde la lejana Burdeos, una ordenanza de Chaminade, fechada el 10 de septiembre de 1829, encomendaba a don Domingo Clouzet la misión de Visitador general de todos los establecimientos de la Compañía de María en Alsacia y Franco Condado y le encargaba de la dirección económica de toda la casa y obra de Saint-Remy. El señor Clouzet, íntimo del padre Chaminade, era considerado uno de los fundadores de la Compañía, en la que había entrado el 25 de diciembre de 1817 y profesado el 22 de octubre de 1819. Nacido en Sarremezan (Alto Garona) el 12 de septiembre de 1789 en una familia de comerciantes, poseía un carácter afable y simpático, de buen aspecto físico, reflexivo y buen religioso. Persona educada e instruida, se diplomó por la Academia Nacional Agrícola, Manufacturera y Comercial de París. En todos los asuntos económicos complicados el fundador recurría a él por sus conocimientos financieros y sus buenas relaciones con los banqueros de Burdeos y Besançon. Por su buena gestión al frente de Saint-Remy, el Consejo General de la Compañía había autorizado al padre Chaminade a nombrarlo Asistente general de Trabajo (economía), por mandato del 29 de marzo de 1826, puesto del que ya no se separó hasta su muerte el 27 de febrero de 1861⁹⁸.

Aprobados sus Estatutos Civiles por R. O. del rey Carlos X, de 16 de noviembre de 1825; habiendo superado los 100 miembros al comenzar el curso 1827-1828; implantada en las tres regiones del sudoeste con centro en Burdeos, Alsacia con centro Saint-Hippolyte, y Franco Condado con el gran establecimiento agrícola y escolar de Saint-Remy, la Compañía de María estaba en condiciones de superar la crisis de crecimiento que experimentará en los años sucesivos, pudiendo remontar los contratiempos políticos de la revolución liberal de 1830. El 12 de abril de 1839 el papa Gregorio XVI firmó el *Decreto de alabanza* del nuevo Instituto; pero siguiendo el proceso canónico se habrá de abordar la necesidad de darse unas Constituciones aprobadas por la Santa Sede. Las Constituciones fueron presentadas en la S. C. de Obispos y Regulares en diciembre de 1839 con la aprobación de los arzobispos de Auch, Burdeos y Besançon y a los obispos de Montauban, Ajaccio, Sainte-Claude, Lausana-Ginebra, Estrasburgo y Saint-Dié. Pero la Santa Sede no aprobaba directamente unas Constituciones sin aprobar antes el Instituto. En efecto, la Compañía fue

⁹⁸ Datos tomados del dossier personal en AGMAR: RSM (Clouzet, Dominique) y en AGMAR: 24.1 y 12.9.65 y Caillet, circular 59 (28-II-1861) dando noticia de su muerte el 27-II-1861); más detalles de su vida en Vincent VASEY, *Guilelmi Joseph Chaminade. Inquisitio historica* (Romae, 1970), pp. 63-72.

aprobada por Pío IX en la audiencia del 12 de mayo de 1865 y dada por Decreto de la S. C. de Obispos y Regulares de 17 de junio y Breve pontificio de 11 de agosto de 1865. La aprobación de las Constituciones fue más un proceso largo y complicado; habrá que esperar a la formación del derecho eclesiástico sobre la naturaleza religiosa de las congregaciones y estará a punto de causar la división de la Compañía en dos ramas, una laical y otra clerical. Pero todos los obstáculos se salvaron y las Constituciones fueron aprobadas por Decreto de la S.C. de OO. y RR. de 24 de julio de 1891.